



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Humanidades y Artes

Secretaría de Posgrado

Maestría en Historia Socio Cultural

TESIS DE MAESTRIA

“La Biblioteca Argentina y el desarrollo cultural de Rosario, 1912-1937”

Lic. Valeria Ana PRINCIPE

Junio de 2021

Agradecimientos

El tema de esta investigación es una deuda pendiente que tenía hace mucho tiempo; el cursado de la Maestría me permitió concretarlo y transformarlo en un producto académico. Agradezco a la Directora María Luisa Mugica, por el seguimiento de este proceso; a todo el cuerpo docente, por las herramientas y las preguntas y a los compañeros de curso, por la contención y la camaradería. También agradezco especialmente a Beatriz Davilo y Agustina Prieto, quienes dieron rumbo y forma a mis cavilaciones. A mis compañeros de la Biblioteca, especialmente a Sergio Piriz por la paciencia y la ayuda. Y por supuesto a Martín, por el aguante de tantos años.

INTRODUCCION

-La Biblioteca Argentina, un proyecto cultural de la élite rosarina del Centenario

La Argentina del Centenario ofreció un escenario propicio para los balances, la autoobservación y los planes de las élites, que debían lidiar con los efectos no deseados que habían provocado sus objetivos de modernización cosmopolita, la heterogeneidad sociocultural derivada de los flujos migratorios y los sesgos localistas surgidos en la experiencia de cada ciudad frente a las promesas de progreso del modelo agroexportador.

En este marco, en la ciudad de Rosario, algunos miembros de su élite encontraron oportuno celebrar los cien años de la Revolución de Mayo de 1810 con la creación de una biblioteca que permitiera a Rosario pasar de ser una ‘ciudad fenicia’, exclusivamente preocupada por la actividad comercial, a convertirse en una ciudad ilustrada que hiciera frente a los desafíos culturales presentados por la inmigración, el crecimiento no planificado y la fragmentación resultante de esos fenómenos. Toma forma así el proyecto de la Biblioteca Argentina, que en sus primeros veinticinco años va desplazando sus objetivos: de la cuestión de la construcción cultural de la nación del Centenario - en la que el peso cuantitativo de los inmigrantes es relevante- a la integración de los sectores populares en la década del '30.

Nuestro objetivo es recorrer y analizar el origen y desarrollo de esos 25 años, basándonos fundamentalmente en las memorias de su bibliotecario Alfredo Lovell, y a partir de allí lograr reconstruir un tramo de la historia cultural de la ciudad, desde la perspectiva de esta institución que nutrió en muchos aspectos esa historia. Este recorrido nos permite analizar el rol del estado y las actuaciones de la sociedad civil en torno a su función pedagógica y cultural, intentando elucidar en este espacio las tensiones y encuentros entre las políticas oficiales, las sucesivas gestiones y los distintos actores culturales, políticos y económicos de la ciudad en la primera mitad del siglo XX.

En este sentido, proponemos una historia de la biblioteca que trascienda lo institucional y bibliotecológico y que incorpore las variables culturales, sociales, económicas y políticas en su desarrollo. Un espacio de encuentro entre las políticas estatales, los proyectos de la elite y las prácticas de los usuarios, lectores y concurrentes a los distintos servicios y actividades que ofrecía la nueva institución.

En efecto, el peso del flujo migratorio en el momento de la creación de la Biblioteca desafiaba las posibilidades de configuración de una identidad nacional y debía ser compensado con estrategias formativas en las que escuela, libros y lectura eran pensados como soportes clave de los mecanismos de producción identitaria. Pero a medida que avanzaba el siglo, fue adquiriendo centralidad el problema de la integración de los sectores populares, en el marco del proceso de industrialización por sustitución de importaciones que estuvo acompañado por prácticas políticas fraudulentas que restringieron la participación de aquellos en la vida pública.

En este marco, nos propusimos indagar acerca de la construcción de este proyecto cultural, sus objetivos, sus resultados y su efectiva influencia en la configuración del campo cultural local, su impacto y la apropiación que de ella hicieron los habitantes de la ciudad. La biblioteca se pensó como un proyecto novedoso, inesperado y original, y sus mentores se embarcaron de lleno en la tarea de crear un público lector donde no lo había. ¿Cómo resultó? ¿Qué herramientas se utilizaron? ¿Qué público se buscaba captar? ¿Qué sustento ideológico guiaba estos proyectos? ¿Cuáles eran sus alcances y sus límites? ¿En qué modelos se inspiraba? ¿Cuál fue su particularidad? ¿Fue el intento de una clase de apropiarse del espacio cultural como legitimación propia? ¿Qué vínculo se estableció con otras instituciones similares? ¿Cómo operaron los cambios en el contexto económico, social y político? ¿Cómo se apropiaron de ella aquellos sectores desprovistos del capital intelectual necesario? Estas son las preguntas que guiaron nuestro análisis y que definieron las coordenadas para la formulación de las tesis centrales de nuestro trabajo:

La creación de la Biblioteca Argentina se inscribe en la lógica de estructuración del aparato estatal en su dimensión pedagógico-cultural, y en especial en la agenda de la educación pública garantizada por la ley 1420, pero al mismo tiempo expresa el proyecto de una porción de la élite local de transformar el perfil de Rosario, apuntando a desarticular la imagen de ‘ciudad fenicia’ y arraigar inquietudes culturales en un escenario de expansión demográfica y económica.

En este sentido, la Biblioteca se propone como un espacio que interpela a los habitantes de Rosario en calidad de ‘lectores’, entendiendo los mentores del proyecto que tienen que ‘producir’ los lectores a los que se dirigen. Sin embargo, el catálogo de libros se forja en parte de manera azarosa, en la medida en que proviene fundamentalmente de

donaciones, y por lo tanto la interpelación a los potenciales usuarios no se sostiene en la disponibilidad de títulos que puedan resultar atractivos para el público medio.

En este marco, el campo de sentidos en el que la Biblioteca se inscribe y funciona más claramente es en el de la auto-representación de esa porción de la élite, para la cual el proyecto pone en juego no sólo la imagen de Rosario, sino también su propia posición en el campo intelectual. El compromiso de ese grupo con la creación, mantenimiento y crecimiento de la Biblioteca habilita un espacio para afianzar su posición en ese campo a escala nacional, al tiempo que opera como un principio de distinción con respecto a otros sectores de la élite rosarina, que –a juzgar por la limitada respuesta que solía dar a las convocatorias a donaciones- no se sentía particularmente involucrada en el proyecto.

Así, la Biblioteca despliega su labor en la confluencia del compromiso de la élite intelectual local, que piensa a la institución como una pieza clave de la agenda cultural, en principio, ligada a los objetivos del Estado de garantizar la alfabetización como mecanismo de integración a través de la incorporación de los repertorios bibliotecológicos al dispositivo pedagógico.

-Algunas herramientas conceptuales

Para abordar la historia de una institución como la Biblioteca Argentina, que claramente trascendió los límites de su función bibliotecológica, consideramos que el marco conceptual más apropiado es el que brindan los autores incluidos dentro de la llamada historia cultural, tomando como perspectiva de análisis las herramientas desarrolladas por Roger Chartier, Pierre Bourdieu, Robert Darnton y en el ámbito local por Carlos Altamirano, Oscar Terán y Adolfo Prieto.

Carlos Altamirano, por su parte, nos ofrece herramientas de análisis útiles ya que señala algunos rasgos básicos que definen a los intelectuales latinoamericanos que lo posicionan en un rol social predeterminado. Recuperando las nociones vertidas por Ángel Rama, Altamirano sostiene que –en términos generales- la función principal de los hombres letrados del continente fue la de producir discursos de legitimación del orden social, ligados

a la herencia ilustrada. Esta “tenaz tendencia aristocrática”, sin embargo, persistió hasta las primeras décadas del siglo XX.¹

Por otro lado, Oscar Terán con sus trabajos y fundamentalmente con su *Historia de las ideas en la Argentina*, nos proporciona un marco de análisis para contextualizar las representaciones intelectuales del período. En este sentido, este marco nos permite tomar dimensión del proyecto de creación de la biblioteca, su vinculación con los debates de la época y explica el apoyo activo que recibió de una figura de la importancia política e intelectual como Joaquín V. González, preocupado por la articulación entre liberalismo y democracia y por el rol de la educación en la construcción de los ciudadanos.

Si estudiamos escenarios asociados a la lectura, es imprescindible recurrir al clásico trabajo de Adolfo Prieto, quien articula magistralmente las variables del período tales como inmigración, políticas de alfabetización, mercado lector y publicaciones. En el debate de fin de siglo sobre los beneficios de la difusión del hábito de la lectura, el autor destaca la existencia de miradas sesgadas que privilegiaban los valores consagrados de la cultura letrada, obviando el crecimiento intempestivo de lectores de literatura gauchesca así como de la prensa.²

Consideramos fundamental destacar la centralidad de la dimensión cultural en la interpretación histórica, ya que incorporar esa comprensión arroja luz sobre los mecanismos a través de los cuales se construyen las representaciones en vinculación con el contexto. Consideramos, con Clifford Geertz, que es fundamental analizar las manifestaciones culturales considerándolas como “la dimensión simbólica de la acción social”, entendiendo, además, que los objetos ya no pueden ser pensados como estáticos, universales o permanentes, sino que hay que considerarlos como definidos a partir de sus relaciones, evitando fijarlos en la forma circunstancial que toman en determinado momento.³

Las bibliotecas fueron modificando su rol a lo largo de los siglos, al ritmo de las mutaciones en la percepción de la palabra escrita; en el siglo XVII las bibliotecas - paralelamente al crecimiento de las ciudades y de la vida urbana- empezaron a dejar de ser

¹ Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, 2008, Katz Editores, p.16 y ss.

² Adolfo Prieto. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

³ Roger Chartier. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1995, pp. 42/3.

sólo un espacio de resguardo patrimonial para reorientarse hacia la lectura merced a lo cual pasaron a formar parte de variables que hicieron posible la revolución en la lectura junto a la difusión de la prensa y la edición en formatos accesibles y económicos. La obra de Roger Chartier nos proporciona un marco conceptual desde donde reflexionar acerca de nuestro objeto. Y aunque en nuestro caso no tenemos la intención de intentar abordar una historia de la lectura, ni tampoco una historia del libro, las reflexiones de Chartier y Cavallo aportan complejidad al vínculo entre texto y lector, un vínculo que está presente en toda biblioteca ya que es el escenario de las prácticas de lectura, pero que está en permanente cambio.⁴ Nos resulta particularmente valiosa la propuesta de Pierre Bourdieu y en particular sus trabajos dedicados a la economía de los bienes simbólicos, su producción, circulación y consumo. Bourdieu adaptó para ello las argumentaciones que el marxismo había restringido al mercado, y las extendió a la vida intelectual y artística de las sociedades modernas. Con este procedimiento, logró una suerte de racionalización de lo sagrado, de aquello que se esfuerza por mostrarse como naturalizado, como el buen gusto, la distinción y los *modos legítimos* de relacionarse con los bienes culturales. Las estructuras simbólicas, por su parte, fueron definidas por el autor como un elemento fundamental en el proceso de producción de legitimidad y prestigio, ya que tiene un rol clave en la construcción de la autoridad.⁵ Las nociones de *campo* y *habitus* son categorías muy adecuadas para el análisis de los espacios culturales y la disputa que los caracteriza. Tomamos de Robert Darnton la idea de que examinar el catálogo de una biblioteca nos da una idea de la mentalidad de quienes la organizaron, y no de sus lectores y sus modos de apropiarse de esos textos, de los cuales carecemos de rastros precisos, más que las estadísticas anuales.⁶ Coincidimos en que la lectura es un fenómeno social y tiene una historia por lo que sistematizarla nos abre la puerta a un universo tan complejo como la historia del pensamiento. Sin pretender acceder a esa interpretación, nuestro modesto aporte estaría dado por investigar la historia de una de las instituciones principales de la región dedicadas a su fomento.

⁴Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (directores), *Historia de la lectura en el mundo Occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

⁵ Néstor García Canclini, “La sociología de Pierre Bourdieu”, en *Sociología y cultura*, México, Editorial Grijalbo, 1990, p. 9.

⁶ Robert Darnton, “Historia de la lectura”, en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 185.

En nuestro caso, se trataría de abordar la historia de la biblioteca en dos dimensiones, profundamente articuladas y solo diferenciables en términos analíticos: las representaciones de la élite en torno al escenario socio-cultural del que forman parte, y la dinámica política en la que se inscribe la formulación del proyecto de creación de la biblioteca y sus primeros años de funcionamiento.

En el primer caso, se trata de reconstruir la escena del debate político intelectual de la época, lo que implica abordar no sólo qué se discute, sino también cómo se discute –en qué registro discursivo, a través de qué configuraciones retóricas- y a través de qué medios se vehiculiza ese debate –prensa, encuentros, jornadas, congresos, partiendo del planteo propuesto por Chartier de pensar la dinámica cultural en la articulación de la construcción discursiva de lo social y la construcción social de las prácticas discursivas.⁷

En cuanto a la vinculación de la creación de la Biblioteca Argentina con proyectos político-culturales más amplios, consideramos fundamental trabajar en la configuración y la dinámica de redes culturales que dan cuenta de las interacciones entre actores diversos puestas de manifiesto en espacios de sociabilidad compartidos, inscripciones institucionales, y propuestas de actividades diversas pero articuladas –o articulables- con las de la Biblioteca. Como plantea Carlos Altamirano en su artículo “Ideas para un programa de historia intelectual”, la propuesta es una historia intelectual que no se limite a obras y procesos ideológicos sino que se nutra del impulso de la historia política y de los instrumentos de la sociología de las elites culturales.⁸

-Estado de la cuestión

La historia de las bibliotecas en la Argentina es una problemática que cuenta con un desarrollo dispar y constituyen un campo muy heterogéneo ya que sus producciones son de muy variada calidad y han dejado al descubierto grandes períodos sin estudiar. Los estudios más sistemáticos se han centrado en la historia de la Biblioteca Nacional, en bibliotecas de períodos anteriores - tales como el colonial y el independentista- y en el desarrollo de las bibliotecas populares.

⁷ Roger Chartier, *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

⁸ Carlos Altamirano, “Ideas para un programa de Historia Intelectual”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, Año 3, N° 3, 1999, p. 204.

Para los estudios de caso, en principio podríamos decir que los resultados más prolíficos se centran en los siglos XVIII y XIX. Esta afirmación es sostenida por los investigadores especializados dedicados al tema. Así, Alejandro Parada -miembro destacado del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la UBA- señala que el período más fructífero en los estudios sobre bibliotecas fue la década del '40, haciendo referencia a los aportes realizados por Torre Revello y Guillermo Furlong, con investigaciones centradas en la fase de la dominación hispánica.⁹ Ciertamente, repasando la producción de ese período, se evidencia una gran concentración en el período colonial ya que hay numerosos trabajos dedicados a la historia de bibliotecas particulares o conventuales ubicadas en las provincias de mayor tradición hispánica tales como Córdoba, Salta, Mendoza, Catamarca y -por supuesto- Buenos Aires.

Entre los estudios generales o de relevamiento se destacan los de Nicanor Sarmiento, Amador Lucero y Juan Pablo Echagüe, para la primera mitad del siglo XX. Estos trabajos se caracterizan por el hecho de que sus autores fueron funcionarios públicos vinculados con las bibliotecas, y realizaron estos trabajos a modo de informe y divulgación. Por ejemplo, el trabajo de Nicanor Sarmiento -*Historia del libro y de las bibliotecas argentinas* (1930)- comienza por una larguísima genealogía del libro desde las civilizaciones precolombinas para desembocar en el año 1908 en el que -según el autor- se “inicia el impulso científico” a las bibliotecas, ya que se reedita la política de promoción del libro iniciada por su antepasado, D. F. Sarmiento en 1870.¹⁰ Entre esos dos momentos, N. Sarmiento encuentra descuido y abandono de las bibliotecas creadas y casi nulas políticas de fomento y protección. Resulta particularmente interesante este trabajo porque aporta gran información acerca del nivel de organización de las bibliotecas en términos generales, y podemos ver, por ejemplo, que recién en 1908 se acordó plantear políticas comunes en cuanto a organización bibliotecológica. Por otro lado, el autor deja en claro que su labor autogestiva fue la que llevó adelante todas las

⁹ “La década de 1940 fue una de las etapas más importantes de los estudios históricos sobre bibliotecas en la Argentina. Es un período netamente fundacional, pues aparecen tres obras que constituyen un hito en el ámbito de América Latina: *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica* (1944), *Orígenes del arte tipográfico en América* (1947), ambas de Guillermo Furlong y, principalmente, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* (1940) de José Torre Revello.” Alejandro E. Parada, “La nueva historia del libro y las bibliotecas en la Argentina. Antecedentes, historia y periodización”, ponencia presentada en *Congreso Mundial de Bibliotecas e Información*, Buenos Aires, Agosto de 2004. Recuperado en <https://archive.ifla.org/IV/ifla70/papers/110e-s-papers.pdf>

¹⁰ Nicanor Sarmiento, *Historia del libro y de las bibliotecas argentina*, Buenos Aires, Imprenta Luis Veggia, 1930, “Prólogo” y pp.62-80.

iniciativas, tales como la del Congreso de Bibliotecas Argentinas en 1908 y otros encuentros y exposiciones a través de los cuales las bibliotecas comenzaron a tener una representación institucional a la par de archiveros e historiadores. En el Congreso de 1908 hubo figuras de renombre intelectual, entre las que se destacó Joaquín V. González como representante de la Universidad de La Plata y delegados de todas las provincias representando a sus bibliotecas. Llama la atención que Serafín Álvarez -padre de Juan- asistió en calidad de representante por Rosario de la “Biblioteca Pública”.¹¹ Cabe agregar, además, que el reclamo por una mayor asistencia por parte de los distintos niveles del estado es una constante en los resúmenes de los encuentros.¹²

Editado en 1910, *Nuestras bibliotecas*, el trabajo de Amador Lucero - Director de la Biblioteca Nacional de Maestros- se dedica a describir con amargura el estado de las bibliotecas argentinas, desde la Biblioteca Nacional hasta las bibliotecas populares, en 1909. La investigación reúne datos muy interesantes, ya que incluye un censo, realizado en 1909 en todas las provincias.¹³ Lucero reconoce la importancia de la Ley Sarmiento de 1870 y le dedica varias páginas, para concluir que dicha ley consistió en el trasplante de una ley extranjera que no tuvo en consideración las características locales y que dejó una serie de instituciones anémicas y desorganizadas que no cumplieron la función para la que fueron creadas. Para el Centenario, entonces, el estado general de las pocas bibliotecas que habían sobrevivido era paupérrimo, e inclusive la Biblioteca Nacional no estaba a la altura de su importancia: Lucero enumera la sucesión de direcciones que nunca se ocuparon de elaborar catálogos serios e informes confiables acerca de la existencia de libros, fundamentalmente durante la dirección de Paul Groussac. Hasta el momento en que escribe el informe, el autor afirma que no se conocía a ciencia cierta la cantidad de libros existentes.

¹¹ Ibid., p.90. Por su parte, Joaquín V. González aparece como representante de la Biblioteca de la Sociedad Sarmiento.

¹² La Asociación Nacional de Bibliotecas fue creada como resultado del Congreso de 1908 y luego organizó varios eventos hasta 1930 (fecha de publicación del libro) En 1922, 1927 y 1929 se organizaron sucesivos Congresos de Historia Nacional, Archiveros y Bibliotecarios.

¹³ Para la ciudad de Rosario, el Censo menciona la existencia de 2 bibliotecas en 1909: la *Biblioteca Popular* fundada en 1872 y *La Verdad*, fundada en 1908. Para la primera, indica que dependía de la Provincia, que contaba con poco menos de 10.000 volúmenes y similar cantidad de lectores anuales, y que había prestado a domicilio unos 14.000 libros. Para el caso de *La Verdad*, contaba con poco más de 600 volúmenes y 850 lectores en 1908. No se consignan préstamos a domicilio. Amador Lucero, *Nuestras bibliotecas desde 1810*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1910, pp.154/5.

Por su parte, Juan Pablo Echagüe, como presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, redactó su trabajo en base a reflexiones acerca de la función social de las bibliotecas, relevamientos de los casos extranjeros y sugerencias acerca del mejor modo de organizar una institución de acuerdo a las necesidades.¹⁴ Más que un estado de la cuestión es un llamado de atención sobre el rol del estado y la necesidad de asignar un presupuesto acorde a las intenciones de reimpulsar las bibliotecas existentes.

Estudios más recientes han enriquecido notablemente este campo de estudios. El estudio de María Ángeles Sabor Riera -*Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX* de 1975- es reconocido como hito fundante en el desarrollo de esta nueva etapa. El Centro de Investigaciones Bibliotecológicas, creado en 1967 y posteriormente elevado a la categoría de Instituto de Investigaciones dependiente de la UBA (1996) generó un espacio de reflexión sobre la profesión, estudios sobre el estado de las bibliotecas argentinas y el mundo de las publicaciones y guías bibliográficas. Una de las líneas de investigación fue la que desarrolló Alejandro Parada, quien dirige un ambicioso programa investigativo radicado en el Instituto y que ha expuesto en diversos foros y publicaciones la necesidad de impulsar un estudio conjunto acerca del libro, la edición y las bibliotecas argentinas. En este sentido, y al margen de los artículos y publicaciones en los que se explaya acerca de la necesidad de incorporar nuevas matrices explicativas y se ocupa de recopilar bibliografía, los resultados concretos de sus investigaciones –en lo que refiere a bibliotecas- se centraron en la primera etapa de la Biblioteca Nacional.¹⁵

¹⁴ Juan Pablo Echagüe, *Libros y bibliotecas*, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Buenos Aires, 1939.

¹⁵ Presentamos aquí algunos ejemplos: “Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830: Una primera clasificación provisional”; “De la biblioteca particular a la biblioteca pública : libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires 1779-1812”; “Gestión, vida cotidiana y prácticas bibliotecarias en la biblioteca pública de Buenos Aires: un estudio a partir de las "Razones de gastos" de 1824 y 1826”; “Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires : antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)”; “Prácticas y representaciones bibliotecarias en la Biblioteca Pública de Buenos Aires : una lectura del libro de ‘Cargo y data’ (1810-1818)” . Eduardo L. Rubí, *Aportes para la Bibliografía de la Historia del Libro, las Bibliotecas, la Imprenta, el Periodismo y la Lectura en la Argentina*. Recuperado de http://eprints.rclis.org/17572/1/BG%20323-Rub%C3%AD_ABHLBIPL.pdf. Por su parte, Omar Acha sostiene que el aporte fundamental de Roger Chartier impulsó la orientación de estos estudios desde 1970, fundamentalmente a partir de entender la práctica de la lectura como tal. En Argentina la historia del libro y de la lectura tienen un desarrollo incipiente y los estudios -salvo contadas excepciones como A. Parada, L.A. Romero y L. Gutiérrez que intentan articular preguntas más complejas- se dedican a estudiar al libro como objeto en sí y no sus apropiaciones. Omar Acha “La renovación de la historia del libro: la propuesta de Roger

Para respaldar nuestras afirmaciones, es necesario destacar una investigación que hemos consultado y que incluye un relevamiento bibliográfico acerca de lo escrito sobre la historia del libro y de las bibliotecas relativamente reciente.¹⁶ Allí podemos observar que existen cuatro ejes principales que concentran la mayoría de la producción: “Bibliotecas en Argentina”, “Biblioteca Nacional”, “Bibliotecas particulares” y “Bibliotecas del clero y de las órdenes religiosas”. Dentro de las bibliotecas en Argentina se encuentran algunos de los trabajos mencionados (Amador Lucero, Sabor Riera, Alejandro Parada) pero la mayoría se centra en los siglos XVII, XVIII y XIX. En cuanto a las que se refieren a la Biblioteca Nacional, la mayoría se dedica a estudiar su época más temprana, la creación, las primeras adquisiciones y donaciones, etc. El mismo Paul Groussac, Director durante 46 años (1885-1929) inicia la serie cuando redacta el prólogo a la edición del catálogo metódico que se publica en 1893. En 1901 realiza un estudio más detenido, en su *Noticia histórica sobre la biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)*. Por mencionar sólo algunos de la larga lista, Horacio Salas dedicó un libro bastante extenso al tema con más de 200 páginas. Por su parte, Horacio González –también Director durante el período 2003-2015- hizo su aporte a la historia de la biblioteca. Su estudio divide los distintos períodos de la institución tomando como eje los directores más importantes a la vez que se ajusta a una periodización política clásica (período revolucionario, rosismo, generación del '80, los '30 y el peronismo, antiperonismo y la actualidad) Una de sus fuentes principales son las revistas que se editaron en cada una de las gestiones y a partir de los estilos, los artículos y los materiales que se reproducen va deduciendo reflexiones acerca del mundo cultural de la época y sus relaciones con el estado.¹⁷

Por su parte, Mario Tesler, si bien enfocado en la gestión de Groussac, realiza aportes interesantes haciendo comentarios críticos acerca de la producción historiográfica en torno a la biblioteca, en la que –sostiene- predomina la repetición entre los autores y la falta de rigor

Chartier” en *Información, cultura y sociedad*, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 3, 2000.

¹⁶ Eduardo Rubí, op.cit.

¹⁷ El autor define a la biblioteca como un espacio de conflicto y de lucha entre corrientes bibliotecológicas y perspectivas intelectuales, entre modelos de investigación y el personal sindicalizado. En su debate personal con las perspectivas que apuntan a entender la biblioteca como un museo preservacionista, o un mero servicio de documentación -posición tecnocrata a la que denomina “sociedad del conocimiento”, como ella misma gusta definirse- González afirma que la técnica sólo se justifica si logra el cometido de llevar al lector “de un libro a otro”. Horacio González, *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2010.

histórico.¹⁸ Tesler se ocupa de analizar las lecturas que se hicieron sobre la gestión de Groussac, considerado el “bibliotecario por antonomasia”, que sin embargo prefirió seguir siendo lector. Se basa para ello en los escritos de los directores posteriores y hombres de letras.

Pero más allá del caso de Biblioteca Nacional, la historia del libro y de las bibliotecas en los últimos años están teniendo un interesante desarrollo y múltiples propuestas, impulsadas inclusive desde las investigaciones bibliotecológicas que se abren a un enfoque historiográfico más complejo.

Uno de los primeros ejemplos de una nueva mirada desde la disciplina hacia la historia de las bibliotecas, es el clásico trabajo de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero (1989) referido a las bibliotecas populares del Buenos Aires de entreguerras.¹⁹ En el marco del análisis de las distintas esferas asociativas en los barrios, los autores consignan que entre 1920 y 1945 hubo un gran crecimiento de las bibliotecas populares en los nuevos barrios de Buenos Aires, principalmente socialistas, y que ese crecimiento constituyó la generación de un espacio en el que se reconstruyó la cultura de los sectores populares. Estas nuevas formas identitarias se habrían articulado no ya sobre las claves del período anterior -clasista y contestataria- sino sobre un particular cruce entre las formas asociativas barriales y elementos de la cultura “erudita”, en la que el culto al libro es uno de sus valores fundamentales. También advierten los autores un cambio en el tipo de lecturas: los textos políticos han dejado paso a la literatura, desde los textos más clásicos a las novelas de entretenimiento, desplazamiento que también es perceptible en el mercado editorial. Otro dato interesante es que las mujeres constituyeron el público principal en estas actividades.²⁰

Siguiendo esta hipótesis del viraje de las identidades urbanas y populares hacia claves más “conformistas y reformistas” en el Buenos Aires de entreguerras, Ricardo Pasolini se dedica a hacer una investigación de caso en una biblioteca popular de la ciudad de Tandil.²¹

¹⁸ Mario Tesler, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2006.

¹⁹ Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, “Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945” en *Desarrollo Económico*, v. 29, N° 113 (abril-junio 1989) pp. 33-62.

²⁰ Más adelante, en el capítulo correspondiente, veremos que esta proporción es inversa en el caso de la Biblioteca Argentina para esos años.

²¹ Ricardo Pasolini “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945” en *Anuario IHES*, n°12, 1997, pp. 373-401. La biblioteca en cuestión es la Biblioteca Juan B. Justo, fundada por un grupo de socialistas en 1928.

El registro de los libros retirados a domicilio le permite identificar algunas tendencias y casi ratificar las conclusiones a las que arribaron Gutiérrez y Romero, esto es, humanismo y reformismo, gran cantidad de ensayos y literatura de autores consagrados, más allá de sus tendencias políticas.²² De todas maneras, la sociedad tandilense muestra otras aristas más tradicionales tales como la menor participación de las mujeres en las actividades de la institución - cuya oferta no era tan variada como las porteñas- una selección menos arriesgada de bibliografía, la casi nula existencia de libros referidos a la problemática de la mujer y menor cantidad de libros retirados anualmente por lector.

Pero además de la mirada desde la historiografía, también desde dentro de la disciplina bibliotecológica se están abriendo nuevas perspectivas y nuevas preguntas. Hemos mencionado más arriba a Alejandro Parada y el proyecto sobre historia del libro y de las bibliotecas. Este proyecto se propone entrecruzar las líneas de análisis de la historia de las bibliotecas –fundamentalmente orientada a recuperar las prácticas lectoras- con las herramientas de la historia cultural y trascender la etapa descriptiva e interpretativa de la etapa precedente, incorporando a Chartier, Darnton, Burke y Guinzburg.²³

En este sentido, es oportuno destacar el aporte de Javier Planas quien en sus diversos artículos y en su reciente libro pone el foco en una revisión historiográfica y metodológica de la historia de las bibliotecas populares, incorporando nuevas variables de análisis a los estudios tradicionales.²⁴ Partiendo de la legislación que da inicio a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en 1870 y que se deroga en 1876, el autor articula la relación entre el impacto de la ley y la puesta en práctica de la misma, entendiendo que las variables entre estas dos coordenadas dieron lugar a múltiples situaciones que deben leerse en clave sociológica e histórica, en el marco de la compleja vinculación entre estado y sociedad civil. Sin detenerse en ningún caso particular, la investigación aborda el contexto de aplicación de la ley en el marco de un incipiente proyecto estatal de alfabetización y escolarización, mucho más desarrollado luego de 1880. La proliferación de bibliotecas en poblaciones pequeñas y

²² El ejemplo en este sentido es la predilección por Hugo Wast, católico integrista y antisocialista que fue el segundo autor más leído después de A. Dumas. Este hecho, según el autor, también puede ser explicado por el éxito editorial de Wast a partir de esos años con sus novelas.

²³ Alejandro Parada, *Historia de la edición y de la lectura desde los espacios públicos e institucionales. La participación de la ciudadanía en el ámbito de la cultura impresa en la Argentina*, Recuperado de: Proyecto UBACYT – Código 20020100200004 (01/K004) (Programación científica 2011-2014), p.34.

²⁴ Javier Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2017.

alejadas -muchas de las cuales van a desaparecer luego de la derogación de la ley- es un fenómeno llamativo e interesante que el autor rastrea siguiendo los datos brindados por el Boletín, publicación oficial del organismo.

Complementando este enfoque también resulta interesante el trabajo de Nicolás Tripaldi acerca de las bibliotecas socialistas y anarquistas del período inmediatamente posterior. Estas bibliotecas surgieron como populares al calor de la ley pero tuvieron su momento de crecimiento simultáneamente al decaimiento de las bibliotecas dependientes de las asociaciones, como un modo de ocupar ese espacio. Siempre mantuvieron tensas relaciones con la Comisión, fundamentalmente en torno al control de las lecturas de los asociados.²⁵ Según sostiene Tripaldi, las ideas que desde el estado se tenían sobre la función de las bibliotecas apuntaban a reforzar el vínculo con las áreas educativas aspirando a que fueran espacios de difusión de los valores nacionales. Por ello, primaba un sentimiento de desconfianza en torno al crecimiento de estos espacios, que no sólo se dedicaban al préstamo de libros sino que organizaba múltiples actividades tales como cursos, conferencias, excursiones y conciertos, fundamentalmente en las bibliotecas socialistas en torno al Centenario.

En cuanto a los estudios circunscriptos a la ciudad de Rosario se encuentran trabajos aislados y de calidad dispar sobre casos específicos tales como la Biblioteca Pedagógica, la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas y mayormente la Biblioteca Vigil.²⁶ También podemos mencionar un relevamiento cronológico y bastante general de las

²⁵ Nicolás Tripaldi, “Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino” en *Librería: Correo de las bibliotecas*, 1 (1), 22-37. Con respecto al retorno de la implementación de la ley en 1908, Javier Planas coincide en la interpretación de esta acción como un intento de retomar el control de estos espacios por parte del estado.

²⁶ La Biblioteca Vigil representó un proyecto autogestivo y barrial que fue mucho más allá de las tradicionales funciones de las bibliotecas, inclusive de las populares. En un momento particular político y social de la Argentina, constituyó un espacio educativo integral y de vanguardia para toda la ciudad. Hay mucha y variada bibliografía sobre el tema: Ernesto del Gesso, *Eudoro Díaz, fundador de la Biblioteca Pedagógica de Rosario*, Rosario, Mar Serena Ediciones, 2018; Jorge Malla, *Historia del Barrio Tablada y de la Biblioteca Vigil*, Rosario, Avrose, 2006; Rubén Naranjo, *La Biblioteca Popular Constancio C. Vigil*, Rosario, Ediciones de Aquí a la Vuelta, 1991; Raúl Frutos, *La Biblioteca Popular Constancio C. Vigil*, Rosario, Amsafé, 2007; Joaquín George, *La mar en coche. Historia cultural de la Biblioteca Vigil 1957-1977*, Buenos Aires, Driblin, 2018; Natalia García, *El caso Vigil: historia sociocultural, política y educativa de la Biblioteca Vigil, Rosario, 1933-1981*, Rosario, Humanidades y Artes Ediciones, 2014. Sobre otras bibliotecas podemos mencionar U.N.L. *Biblioteca Pública Estanislao S. Zeballos 1910-30 de abril-1935*, Santa Fe, Imprenta de la Universidad, 1935; Miguel Ángel De Marco (h) “La Biblioteca de la Asociación del Consejo de Mujeres El legado de un empeño secular de educación popular” en *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, N°1520, 23 de septiembre de 2013, pp.46-52.

bibliotecas de la ciudad -públicas, populares, privadas, etc. - incluido en la Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe.²⁷

Con respecto a los estudios sobre bibliotecas fuera de la Argentina y dentro del mundo académico occidental, podemos mencionar como marco general el libro *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales* de Frédéric Barbier. Resultan particularmente interesantes las descripciones acerca del cambio de paradigma a partir de la Revolución Francesa y el status que asume el libro a partir de allí, así como los intentos de organización de las colecciones que habían pasado del ámbito privado al público y el consecuente desarrollo de la “bibliología”, la creación de las bibliotecas nacionales y el diseño de edificios específicos para este uso.²⁸ Al mismo tiempo, se va imponiendo el debate acerca del acceso público a la lectura, como herencia revolucionaria.²⁹ Para nuestro estudio, resulta apropiado el último capítulo referido a la segunda mitad del siglo XIX, ya que podemos identificar situaciones similares a la local en las que las bibliotecas quedan fuertemente vinculadas con los dispositivos educativos gracias al aumento del número de lectores potenciales.³⁰

Anne Marie Chartier, Jean Hebrard y un equipo de investigadores trabajaron sobre el caso francés entre 1880 y 1980 recorriendo los discursos sobre la lectura, lo escrito y sus usos desde tres grandes instituciones: la Iglesia, las bibliotecas y la escuela. Las bibliotecas fueron consideradas una herramienta estratégica en el desarrollo del credo republicano, que unía en el mismo proyecto instrucción con liberación.³¹ A lo largo del siglo XIX y en medio de las turbulencias políticas hubo preocupación por implementar el fomento a la lectura, inicialmente desde la filantropía y como un modo de control social de las masas rurales. La decisión de hacer públicas las colecciones privadas por parte de la Revolución dio inicio a las grandes bibliotecas pero todavía se estaba lejos de ofrecer al público las lecturas

²⁷ María A. Bergnia de Córdoba Lutges, “La cultura en Rosario” en *Historia de las instituciones de la Provincia de Santa Fe*, Tomo V, Primera parte, Comisión Redactora de la Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe, Santa Fe, 1972, pp. 239-375.

²⁸ Frédéric Barbier, *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2015, pp.368-383

²⁹ Tras la actuación de Benjamín Franklin, el debate sobre la lectura pública adopta un matiz político, ya que se considera un derecho de los pueblos para velar por sus intereses. Ibidem, p.405.

³⁰ Frédéric Barbier “El público y las bibliotecas entre revoluciones e industrialización 2: 1851-1914” en *Historia de las bibliotecas*, Op. Cit.

³¹ A.M. Chartier, J. Hébrard, “Génesis de las concepciones republicanas sobre la lectura pública”, en *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Barcelona, Gedisa, 2005.

“adecuadas”; unas décadas más tarde el modelo anglosajón retomará esta idea pero sobre nuevas bases. Una vez establecido el sistema bibliotecario y asumida su responsabilidad desde el estado, surgieron los debates -que vemos aparecer una y otra vez en los textos consultados- en torno a qué tipo de lectura debía ofrecerse al lector y cuál era la función última del bibliotecario en este entramado, inclusive una vez asentada la noción de “lectura pública”. Hacia el último cuarto del siglo XX, la preocupación y el desafío ya no fue por el tipo de material sino cómo atraer a aquellos que no mostraban interés por la lectura.

Vinculado con este proceso, es muy interesante el artículo de Martyn Lyons sobre los nuevos lectores del siglo XIX en Francia y en el resto de Europa occidental generados como consecuencia de la difusión de la escolaridad primaria, la reducción de la jornada laboral y la disponibilidad de un “tiempo libre”. Ahora bien, nuevamente vemos surgir la discusión acerca de qué era lo conveniente para este nuevo público –dentro del cual contaba una alta proporción de mujeres- que se había convertido en un ávido consumidor de novelas “baratas”, revistas y libros de cocina, lo que estaba reorientando el mercado editor.³² Otro grupo importante lo constituyeron los niños, quienes de este modo comenzaron a transitar el proceso denominado “invención de la infancia” por Philippe Ariès.³³ Tanta vigilancia y preocupación por el tipo de lecturas que desviarán las metas instructivas tanto por parte de los filántropos liberales como de los socialistas, provocó otro fenómeno interesante de este periodo que consistió en que los lectores de las bibliotecas públicas tanto francesas como británicas implementaran variadas estrategias para poder acceder a la bibliografía de su interés.³⁴

-Las memorias del primer bibliotecario: una caracterización de las fuentes

Nuestro principal insumo de trabajo en esta investigación lo constituyen los tomos mecanografiados y encuadernados elaborados por el bibliotecario Alfredo Lovell en 1937 y 1949 respectivamente. En ellos redacta de manera muy personal una historia de la institución desde la presentación del proyecto (1909) hasta 1949, año en que el nombramiento de Lovell queda sin efecto.

³² Martyn Lyons, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros” en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Historia de la lectura...* Op. Cit., p.479 y ss.

³³ Citado por M. Lyons, p.495

³⁴ *Ibíd.*, pp.502 y ss.

Los tomos fueron elaborados artesanalmente por Lovell. Como mencionamos, las hojas están mecanografiadas y se incluyen fotografías originales pegadas sobre las hojas con los epígrafes correspondientes hechos a máquina y en algunos casos recortes de prensa. Hay algunas correcciones hechas a mano, con tinta. Sabemos de la existencia de al menos cinco juegos casi idénticos, en la Biblioteca se conservan dos, uno dentro de la colección y otro que tiene el sello de donación de la Familia Álvarez y está dedicado a Juan. Los otros tres quedaron en manos de particulares, uno lo tiene uno de los nietos de Camilo Muniagurria (Director hasta 1937), otro la nieta de Alfredo Lovell y otro estaba en manos de los descendientes de Francisco Scibona, empleado de la institución.³⁵

En el Tomo Primero que usamos como fuente vemos la siguiente esquila adherida a una de sus contratapas, fechada el 2 de julio de 1937:

Mi estimado Doctor Álvarez:

Con agrado envió a Vd. el estudio y recopilación de datos de la Biblioteca que Vd. fundara y dirigiera. Adviértole que, pese al tiempo empleado, hállase plagado de errores, omisiones y repeticiones. He carecido de tiempo y de tranquilidad para espulgarlo debidamente; y también, creo que mi cerebro no reúne ya las condiciones requeridas para hacer del modesto trabajo la obra que necesita la Biblioteca Argentina, por lo que renuncio a escribir su HISTORIA. Otro, con mejores dotes, se encargará de sustituirme.

En vista de no haber recibido la nómina de sus trabajos, he dejado una página en blanco para agregarlos.

Suyo afmo.

Alfredo Lovell

³⁵ Los descendientes de Scibona se han contactado conmigo y han cedido este material. Este juego de tomos es distinto; en el caso del tomo 2, el ejemplar se halla sin encuadernar y sujeto entre dos tapas por un cordón, en cuyo frente se lee en lápiz “2da Memoria de la Biblioteca”. Hay diferencias con los tomos existentes en la Biblioteca: por un lado, si bien el texto es idéntico faltan las fotos ilustrativas y algunos encabezados. Por otro lado -y esto es lo más importante- el tomo finaliza el 31 de diciembre de 1946. Los tomos de la Biblioteca finalizan en septiembre de 1949. Dentro del tomo, hay una breve esquila de dedicatoria, fechada el 4 de enero de 1947:

Sr. Francisco Scibona
Sub bibliotecario de la BIBLIOTECA ARGENTINA.
Ciudad.

Mi querido noble amigo:

Al abandonar esa casa, que tanto quise, deseo expresarle a Vd. y a todos los servidores de la misma, mi profundo reconocimiento por las múltiples atenciones que me han dispensado en el transcurso de los años.

Ruégole les haga llegar a todos esta manifestación, al par que el afectuoso saludo.

Alfredo Lovell

Ya en la primera página, otra dedicatoria a mano:

Las deshilvanadas y mal escritas cuartillas contenidas en el presente volumen dan idea del esfuerzo y de la labor del fundador y del primer director. En él -pese a sus defectos- hallará el Dr. Juan Álvarez el recuerdo de una época pasada y fecunda para la cultura de Rosario.

Ruégole lo reciba con las expresiones de mi más alta consideración y afecto.

Alfredo Lovell

Alfredo Lovell había nacido en Marbella (España) en 1880. Con 20 años se recibió de Licenciado en Filosofía y Letras, y ejerció como docente en distintas instituciones. En 1907 obtuvo el Doctorado de la Sección de Historia. Su aspiración era obtener la titularidad de una cátedra, pero no pudo ganar los concursos. También rindió exámenes para ingresar en el Cuerpo de Archiveros, Anticuarios y Bibliotecarios de España a la espera de una convocatoria, pero no llegó a presentarse. A principios de 1910 volvió a presentarse en otro concurso y tampoco pudo ganarlo, por lo que decidió trasladarse a la Argentina “buscando otros horizontes”.

Llegó a la Argentina a principios de 1911, y luego de recorrer Buenos Aires y Santa Fe, se trasladó a Rosario donde obtuvo una entrevista con Julio Bello, Director de la Escuela Superior de Comercio. Bello lo contactó con Juan Álvarez, quien había sido designado director de la futura biblioteca, aún en construcción. En la entrevista, Álvarez le solicitó un plan de clasificación, que Lovell presentó a la semana siguiente. Así, a partir del 1 de abril de 1911 fue nombrado formalmente como bibliotecario, cargo en el que permaneció hasta el 31 de diciembre de 1946, en que fue removido por Etefredo Ferioli, Director interino recientemente designado.³⁶

La disposición que marcó el fin de su nombramiento fue recibida por Lovell con desconcierto y la juzgó como arbitraria, opuesta a los reglamentos de la institución e inapropiada. Hizo un último intento dirigiéndose al Intendente en una carta que expresa toda su amargura y desencanto por el desconocimiento de las autoridades respecto de la autonomía

³⁶ Simultáneamente, entre 1911 y 1912 Lovell fue bibliotecario en el Colegio Nacional, a continuación pasó a trabajar en la Escuela Superior de Comercio en la que se desempeñó hasta 1923, año en que pasó a depender de la Facultad de Ciencias Económicas. Luego de renunciar y gracias a las gestiones realizadas por Juan Álvarez, Lovell ingresó con un cargo de Oficial en los Tribunales Federales, hasta que se jubiló en 1942. Uno de los argumentos por los cuales se lo deja cesante en la biblioteca es la incompatibilidad de funciones.

de la biblioteca en cuanto a las disposiciones sobre su personal y por el modo en que repentinamente se vio desvinculado de la institución luego de 35 años:

V.S., recientemente, por Decreto N° 5469 restablece la vieja Ordenanza 76 del 30 de noviembre de 1910. A ella me atengo y expongo: nombrado el primer Director de la Biblioteca con las atribuciones que confiere al cargo el Art. 3° de dicha ordenanza inciso b) “NOMBRAR EL PERSONAL QUE LE ASIGNE SU PRESUPUESTO”, me designó el 1 de abril de 1911, siendo su primero y único bibliotecario hasta el 31 de diciembre ppdo. (35 años y 9 meses) , en que fuera separado del cargo por V.S. , sin causa que lo justifique; ya que desde que pisé tierra argentina fui leal y honesto trabajador; respetuoso de las leyes y autoridades del país; no habiendo, jamás, intervenido en sus luchas políticas, sociales o religiosas; ni afiliado a ninguno de sus Partidos Políticos. (...)

En virtud de lo dispuesto por la Ordenanza 76, los empleados de la Biblioteca son nombrados, premiados y destituidos -única y exclusivamente- por el Director. Ellos nunca figuraron en las planillas de la Municipalidad porque NO SON EMPLEADOS MUNICIPALES, y por consiguiente, el Decreto 5516, carece de validación.³⁸

No es necesario agregar que Lovell nunca obtuvo respuesta a este reclamo. Aquellos años convulsionados habían sacudido la vida estable -aunque no exenta de incertidumbres, sobre todo económicas- de la institución. La Biblioteca venía sufriendo modificaciones en su organización desde 1937, año del fallecimiento de su segundo director, Camilo Muniagurria. Ese año el Intendente Miguel Culaciati dictó dos decretos que dejaban la Dirección en manos de un triunvirato, formado por un Presidente y dos vocales, con un plazo de cuatro años.³⁷ Este sistema se mantuvo hasta 1946. El primer día hábil de 1947, el Intendente resolvió aceptar la renuncia de este segundo Triunvirato y designó un Director Interino, poniendo en vigencia nuevamente la ordenanza original que regía a la Biblioteca (de 1910).

(...) Pasan los meses y al comenzar el año 47 el Intendente municipal Ernesto R. Schmidt y su secretario Deolindo J. Saccone resolvieron aceptar la renuncia de los Directores de la Biblioteca por Decreto n° 5468, transformar la organización vigente de la misma, resucitando la vieja Ordenanza 76, de 1910, por Decreto n° 5469; y como el bibliotecario no actuaba en política y convenía ayudar a los correligionarios, con fecha 30 de diciembre de 1946 dejan ilegal e injustamente sin efecto su nombramiento, que databa de 1911, por Decreto

³⁷ Lovell, Tomo 2, p.3 El primer Directorio estaba conformado por Néstor Joaquín Lagos (Presidente), Enrique Rossi y Juan Carlos Álvarez, vocales. En 1941 este primer Triunvirato renueva su mandato hasta que renuncia en noviembre de 1943, y se nombra un nuevo triunvirato encabezado por Juan Carlos Álvarez que permanece hasta 1946.

5516, quedando al frente de la Institución un INTERVENTOR Y DIRECTOR INTERINO y otro bibliotecario.³⁸

Lovell deja bien marcados los cortes a través de la disposición de su escritura que reflejan los cambios en la organización de la institución. Así, el primer tomo que corresponde a la “Primera Etapa de su vida”, la gestión de Camilo Muniagurria –Álvarez había renunciado el mismo año de la inauguración- marcó una continuidad hasta 1937 no sólo en los modos de organización sino en el rol que Lovell tenía asignado. Luego de la muerte de Muniagurria – provocada por el desenlace repentino de una enfermedad- Lovell cierra este primer tomo, a sabiendas de que los tiempos por venir traerían muchos cambios; podemos advertir su propósito de dejar registro de los sucesos en calidad de testigo desde los inicios de la institución y participando de las decisiones casi a la par del Director. El segundo tomo se presenta como *Historia de la Biblioteca Argentina* y contiene dos partes: una Segunda Parte titulada el “Gobierno de los dos directorios” (desde marzo de 1937 al 31 de diciembre de 1946) y una Tercera Parte: “Biblioteca Argentina. Pérdida de su autonomía (1947-1949)” donde se describe el proceso que se inició en 1947 y que culminó en 1949 con la transformación de la biblioteca en una repartición municipal.³⁹

En este trabajo nos centraremos en el tomo primero, que llega hasta 1937. Con un estilo muy personal Lovell narra los acontecimientos que impulsaron la creación de la Biblioteca, sin demasiados esfuerzos por ocultar lo subjetivo de sus recuerdos pero adjuntando mucha documentación de respaldo para cada una de sus afirmaciones.⁴⁰ La sucesión cronológica por momentos se respeta, pero en otros casos se tornan un poco confusas porque se asocian a aquellos temas que Lovell quiere subrayar. Por ejemplo, al comenzar este tomo, luego de los retratos de los protagonistas – Juan Álvarez, Camilo Muniagurria e Isidro Quiroga- se transcribe el texto de los Decretos 348 y 349 de 1937, que modifican la organización establecida en 1910. A nivel expositivo esta presentación no es la más apropiada, pero esta elección -como dijimos más arriba- da cuenta de que lo que se

³⁸ *Ibíd*em p.4

³⁹ *Id.*, p.284. Ya en 1948 los empleados habían pasado a la órbita municipal, rigiéndose por su escalafón. (p.288) Es importante agregar que en ese momento la biblioteca no contaba con personal técnico bibliotecario.

⁴⁰ Lovell incluye en su primer tomo una Tercera Parte consistente en un apéndice documental, donde constan los discursos inaugurales -entre los que está el de Joaquín V. González, las escrituras del terreno y del edificio, las memorias elevadas por la Dirección a los Intendentes de turno y el inventario general.

propone hacer Lovell es dejar registro propio y para los demás en calidad de testigo presencial que lo obliga a ello:

Creo cumplir con un deber -después de más de 26 años de actuación como bibliotecario- el dejar escrita sino una HISTORIA DE LA BIBLIOTECA ARGENTINA (por cuanto las deshilvanadas cuartillas que forman este volumen requerirían ser muy pulidas previamente) sí una relación ampliamente documentada del primer cuarto de siglo de la institución que, quizá, pueda servir algún día al actual Directorio y a los que lo sucedan.

Rosario, junio de 1937.

De ahí en adelante el relato adquiere cierto orden lógico pero no exento de desvíos y altibajos, a lo largo de 328 páginas. El tono de los “recuerdos deshilvanados” -como Lovell mismo los define- por momentos pasa de la melancolía a la amargura más decidida. Hay que señalar que sus memorias casi nunca son complacientes -sea por honestidad intelectual o por lo poco auspicioso del presente en el que escribe- y describen con minuciosidad el trabajo de años sorteando múltiples dificultades, pero perseverantes. Por momentos, Lovell toma una distancia prudente y no esconde el fracaso de las iniciativas surgidas desde la Biblioteca. Ese tono se repite en varias oportunidades, y él mismo aparece como corrido de las decisiones ubicándose como un testigo imparcial de un entusiasmo que llevaba a decisiones apresuradas, o en todo caso infructuosas.

A veces da la impresión de que las numerosas actividades del salón le provocaban cierto descontento, ya que distraían el objetivo estrictamente bibliotecario. Tampoco llegaba a entender los compromisos sociales y políticos con los que se justificaban las excepciones que impedían cumplir el reglamento. Su mirada de extranjero se mantiene distante respecto de todo ese ambiente en el que las reglas no eran claras para él y deja que los directores decidan. Su espacio más seguro es el del trabajo bibliotecario.

La mirada de extranjero se extiende, asimismo, sobre la sociedad rosarina a la que sigue observando como un foráneo. Desde los primeros párrafos, cuando describe las bibliotecas existentes antes de 1910, se nota que su percepción es la de una ciudad totalmente desprovista de brillo cultural. Más adelante, cuando selecciona los proyectos “más importantes”, vemos que todas las experiencias que eligió para contar resultaron fallidas, por diversos motivos y en distintos momentos históricos. En los sucesivos relatos, parece advertirse en el tono que Lovell identifica algo de la idiosincrasia de los protagonistas que

hace que la historia no pueda resultar de otro modo, por motivos que nos cuesta precisar pero que dejan la sensación de que son propios de los rosarinos.

El segundo tomo abre con la descripción de la escena en que Lovell es notificado del cese de sus servicios, el 2 de enero de 1947. Vemos entonces que su voluntad de registro trascendía su propia actuación ya que para la tercera parte (1947-1949) Lovell ya no estaba trabajando en la Biblioteca pero sin dudas consideró que el cambio de status jurídico de la institución bien merecía agregar esos años.⁴¹ Sin entrar en detalles de este período –que merece ser analizado en detalle en otra oportunidad- transcribimos estas palabras que casi cierran el volumen:

POST SCRIPTUM

Acerca del acierto o desacierto relativo a la municipalización de la Biblioteca y al gobierno de la misma en este breve tercer periodo, no quiero emitir opinión porque podría interpretarse como interesada. Cúmpleme hacer constar que no guardo rencor alguno a los que intrigaron para desplazarme. Soy viejo, me hago cargo de todo y sé perdonar.

Rosario, abril de 1950

Otra documentación fundamental para la investigación es el volumen titulado “La Biblioteca Argentina 1909-1913”. Este tomo es una compilación de documentación relativa a los primeros años de la institución, pero sin texto ni presentación. Uno a uno se suceden los papeles manuscritos o mecanografiados de cada uno de los hitos que menciona Lovell en sus memorias (el proyecto de Juan Álvarez de puño y letra, las cartas recibidas, algunas facturas, el borrador del discurso de Joaquín V. González en la inauguración, etc.) Esta compilación de documentos parece consistir en la base de las memorias de Lovell, a las que le otorga el hilo conductor del relato. La documentación incluye cartas, planos, telegramas, modelos de fichas de préstamo de otras bibliotecas, recortes de prensa, todos relativos a los temas que ocupaban a Juan Álvarez al momento de diseñar los rasgos de la institución e inclusive unos años más adelante, porque incluye la programación de *El Círculo* y un inventario de 1918.

⁴¹ Tener en cuenta lo que mencionamos anteriormente con respecto al juego de ejemplares dedicado a su asistente Francisco Scibona, que termina en 1946. No está claro cómo accedió a los datos que presenta en los informes correspondientes a los años 1947, 1948 y 1949. Cabe señalar que en este tomo utiliza mucho las notas de prensa y las publicaciones oficiales.

También hemos consultado los libros de Registro, donde se detalla el ingreso de cada uno de los libros comprados o recibidos por donación. Asimismo, los libros copiadores y los de correspondencia han servido de respaldo para la investigación.

Además de esta documentación interna, hemos incorporado material de prensa, tal como *La Revista de El Círculo* y la Revista *Monos y Monadas* que cubrían los eventos culturales y sociales de la ciudad en busca no solo de referencias directas sino también de brindar espesura al contexto.

Otra fuente de consulta ha sido el Tercer Censo Municipal de Rosario, por un doble motivo: por un lado por su información específica en lo que respecta a datos de población y de instituciones culturales y educativas, y por otro por haber sido el Dr. Juan Alvarez su Director, y la Biblioteca su sede al momento de redactar los informes finales.

I- EL CLIMA INTELECTUAL, POLITICO E INSTITUCIONAL

-Rosario 1910-1937, de las celebraciones al fin de las certezas

El presente trabajo ubica su fecha de inicio en un contexto muy significativo que incide en muchas de sus variables. A principios del siglo XX la Argentina estaba transitando uno de los ciclos más interesantes de su historia. El Centenario representó un momento clave en el período, un punto de inflexión, de balance y de reflexión hacia el futuro, el pasado y el presente, y ha sido profusamente tratado.⁴² El ciclo iniciado en la década del '80, basado en el desarrollo económicos alcanzado gracias a la predominancia del modelo agroexportador, en el fortalecimiento del aparato estatal y en la persistencia de un régimen político que todavía resistía en su endogamia sin abrir el juego democrático y participativo, llegaba a este punto con muchas contradicciones y temas a resolver. El balance dejaba demostrado que el desgaste del sistema era innegable, y que tarde o temprano había que dar espacio a las nuevas fuerzas que exigían participación. La sociedad estaba cambiando y se había transformado profundamente desde la “gran aldea” de fines de siglo; el progreso, la inmigración, el mercado, los movimientos sociales eran variables novedosas que complejizaban el escenario.

En el aspecto educativo y como consecuencia del aluvión inmigratorio se desarrolló uno de los procesos más complejos que incluyó la institucionalización de los dispositivos estatales de instrucción pública, la consecuente alfabetización, el surgimiento de nuevos lectores y los inicios de una preocupación por el desarrollo del nacionalismo, que parecía amenazado. Todas estas variables y sus concomitantes, se desarrollan y condicionan mutuamente en el último cuarto del siglo XIX hasta lograr un punto de condensación en torno

⁴²Mencionaremos algunos de los trabajos más importantes: Altamirano, Carlos; Sarlo, Beatriz *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 1997; AAVV "La Argentina de 1910. Sensibilidad, alegorías, argumentos en torno de un Centenario" en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Año 3, Número 4, 1er semestre 1993; Gutman, Margarita; Reese, Thomas, *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital* Colección CEA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999; Munilla Lacasa, María Lía, "Los rostros del Centenario en *Caras y Caretas*" en *Estudios e Investigaciones. Instituto de Teoría e Historia del Arte* Julio E. Payró, U.B.A., N° 5, 1994, pp. 53-131; Muñoz, Miguel Ángel "Un campo para el arte argentino. Modernidad artística y nacionalismo en torno al Centenario" en Wechsler, Diana (coord.), *Desde la otra vereda. Momentos en el debate por un arte moderno en la Argentina (1880-1960)*, Archivos del C.A.I.A, Ediciones del Jilguero, Buenos Aires, 1998; Gelman, Jorge; Fradkin Raúl. *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010; Suriano, Juan "Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero" Recuperado de historiapolitica.com.

al Centenario, conformando uno de los procesos más interesantes de la formación de la Argentina moderna.

Los inmigrantes eran una presencia innegable, palpable en la vida cotidiana de las ciudades portuarias, cuya proporción sobre la población nativa cada tanto, cíclicamente, disparaba todas las alarmas. Y si bien el debate sobre la necesidad de incorporar fuerza de trabajo extranjera era de vieja data, siempre traía aparejada una cuestión clave derivada del hecho de que más allá de ser una variable económica, progresivamente los inmigrantes iban constituyendo una variable política y cultural fundamental. Urgían decisiones al respecto y el sentimiento de amenaza que se había alimentado en los últimos lustros ahora se ponía de manifiesto con la fecha centenaria.⁴³ La amenaza adquiriría diversas formas y a veces apuntaba directamente al sistema político, dado que los trabajadores extranjeros habían traído consigo un bagaje de prácticas muy desarrolladas, de orientación clasista, que vinieron a activar muy intensamente el escenario local; al impugnar abiertamente al sistema con sus protestas y huelgas, quebraban ese tácito acuerdo existente entre elite y oposición en torno a sostener el modelo de “progreso”.⁴⁴

Otro aspecto de la amenaza estaba discutiéndose desde fines del siglo XIX y se vinculaba con la preocupación por la consistencia del sentimiento nacional, que muchas veces parecía no ser tan firme como sus observadores hubieran deseado.⁴⁵ En reflexiones que recorren todo el periodo puede seguirse un hilo argumental que, desde distintas perspectivas, cambiantes, colocan en agenda el tema de la acción estatal. Como resultado y como ejemplo de estas ideas puede observarse la puesta en marcha de una serie de dispositivos con el objetivo de poder articular un relato histórico en clave nacional que exaltara la tradición y el sentimiento patrio.⁴⁶

⁴³Tulio Halperín Donghi, “Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2017, pp.187-234

⁴⁴Tulio Halperín Donghi, “Una ciudad entra en el siglo XX”, en Gutman, Margarita; Reese, Thomas, *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital* Colección CEA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999, pp.55-66.

⁴⁵Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001

⁴⁶En el Censo de la Confederación de 1858 aparecen 2.190 extranjeros y 7.595 argentinos, en el de 1869 (Censo nacional) 211.993 extranjeros y 1.877.490 habitantes; en el de 1887 (sólo en la Provincia de Santa Fe) se contabilizaron 62.549 extranjeros y 60.942 argentinos. En el de 1895 (Censo nacional) 3.954.911 habitantes en total con 1.004.527 extranjeros.

Y si bien la construcción de tradiciones fue parte de un proceso más general de formación de los estados nacionales y la creación de sus liturgias cívicas⁴⁷, en nuestro país el proceso tuvo aristas particulares resultantes de las características propias de su desarrollo capitalista, tan supeditado al aporte de la fuerza de trabajo inmigrante. El control del sistema educativos se transformó en una estrategia central en la creencia de que la formación de un sentimiento nacional se iniciaba en la niñez temprana. Sin embargo, los entusiasmos eran mayores que los recursos, y en este sentido, es necesario tener presentes algunas de las características del período que hacen que hablar de “sistema” tal vez sea un exceso. Por un lado, recién en 1884 se dicta la Ley 1420 de Educación Común, lo que se tradujo en la práctica en la normalización institucional necesaria para llevar adelante la escolarización y consecuente alfabetización de enormes contingentes de nativos y extranjeros. La fundación de escuelas, la obligatoriedad de asistir, la formación de los docentes, la creación de ministerios, todo esto se llevó adelante mucho más lentamente y de un modo mucho más desperejo de lo que las cifras sugieren. Es importante tener presentes los límites de este proceso: si bien es muy cierto que las tasas de analfabetismo se redujeron de manera visible, también es cierto que la deserción fue alta, que los edificios destinados a escuelas estaban en pésimas condiciones y que la formación de los docentes llevó su tiempo, así como también es claro que la distribución por zonas -esto es, entre la ciudad y el campo- fue bastante desigual.

Rosario en ese entonces era una ciudad puerto a orillas del Paraná que estaba transformándose de un modo vertiginoso. Desde la segunda mitad del siglo XIX, pero fundamentalmente en el último cuarto, la ciudad -en virtud de su posición estratégica y su puerto de salida de los cereales de la región -pasó a formar parte fundamental del desarrollo agroexportador que impulsó a toda la economía argentina. Si bien el predominio del puerto de Buenos Aires en este sentido era indiscutible, para la ciudad de Rosario significó un impulso inigualable que hizo que toda su estructura económica se orientara en esta dirección, con el eje puesto en el puerto y el ferrocarril. A partir de esta favorable incorporación al modelo económico predominante, la ciudad empezó a ser un destino elegido por los contingentes de inmigrantes que arribaban al país en el periodo. Esto trajo aparejado un

⁴⁷Eric Hobsbawm; Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.

extraordinario crecimiento demográfico que hizo que la población creciera de 112.461 habitantes en 1900 a 192.278 (casi un 71%) en 1910, lo que a su vez modificó la estructura urbana, apenas desarrollada, por lo que las sucesivas intendencias se encontraron con que de repente tenían que poner en agenda temas de urbanización, higiene urbana, transporte, salud pública, y tratar de administrar lo mejor posible esta nueva escala de ciudad que seguiría creciendo.⁴⁸

En simultáneo a este desarrollo apresurado, la situación política e institucional parecía totalmente desacompasada. Por un lado, desde 1890, por una ley provincial el intendente de Rosario dejó de ser un cargo electivo y pasó a ser designado por el gobernador de la provincia. Otra decisión en este mismo sentido fue la modificación de la división en distritos electorales, lo que mermó el porcentaje de representación del departamento Rosario en las cámaras provinciales.⁴⁹ Estos cambios vinieron a ratificar y profundizar los recelos que existían entre las dos ciudades, ya que a medida que Rosario iba creciendo su representación política iba perdiendo espacios. En este sentido, son recurrentes en la prensa – fundamentalmente en el diario *La Capital*- las notas y editoriales referidas al “sometimiento” al que obligaba la capital provincial (sede de la “camarilla” gobernante) a la próspera ciudad del sur, principal contribuyente con sus rentas al erario provincial. En otra oportunidad, hemos investigado sobre el período, confrontando los editoriales de los dos principales diarios de la época. De este modo, hemos podido identificar una serie de ejes temáticos que en cada caso eran considerados relevantes y puestos en agenda; el tema de la opresión ejercida por la capital provincial sobre la ciudad de Rosario era uno de los principales.⁵⁰

Este desequilibrio político se traducía a la vez en una demorada inversión en políticas públicas y -en lo que aquí nos ocupa- fundamentalmente en lo concerniente a educación. Son numerosas las quejas por la inconclusa erección de las escuelas medias dependientes de la provincia. La ciudad de Rosario vivía esta realidad desde el último cuarto

⁴⁸Los datos de población fueron extraídos del Censo de 1910. En el Censo de 1858 la población de Rosario era de 9785 habitantes. En 1926 la población es de 407.000 y en 1947 467.937, según el Cuarto Censo Municipal y Cuarto Censo Nacional, respectivamente.

⁴⁹La división de la región sur en siete departamentos perjudicó la representación de la ciudad de Rosario en la cámara provincial. Miguel Ángel De Marco; Oscar Luis Ensinck, *Historia de Rosario* Ed. Colmegna, Santa Fe, 1979, pp. 249 a 279.

⁵⁰Valeria Príncipe, *La política cotidiana. Los editoriales de los diarios La Capital y El Municipio, Rosario 1909-1910*, Tesis de Licenciatura, UNR, 2005.

del siglo XIX, y a fines de la década del '80 había ensayado una solución provisoria, con la creación de escuelas dependientes de la municipalidad, que dictaban clases de formación primaria y enseñanza elemental. En 1887 se llegó a crear un Consejo Escolar Municipal, y en 1888 se adoptó la enseñanza laica en todos los establecimientos dependientes de éste, pero en 1890 todas las escuelas pasaron a depender del Consejo General de Educación de la Provincia, junto con las centralizaciones administrativas arriba mencionadas. De todas maneras, las últimas décadas del siglo mejoraron sólo en parte la situación; todavía en la época del Centenario encontramos quejas en la prensa sobre el descontrol estatal sobre la educación que se dictaba en las zonas rurales de la provincia, donde las escuelas eran manejadas por las colonias de extranjeros.⁵¹

Puede advertirse en las clases dominantes y elites políticas de la ciudad una voluntad manifiesta en resaltar esa característica dinámica y autosuficiente para transformarla en sinónimo de modernidad y fe en el progreso, convirtiendo esa experiencia original en un sello identitario. Como ejemplo, puede mencionarse el debate que ocupó a la prensa de la época del Centenario en torno al modo en que la ciudad aportaría a los festejos nacionales y que reflejaba una creciente preocupación por resaltar sus particularidades, esto es, una ciudad sin pasado colonial y sin fecha de fundación que repentinamente había logrado posicionarse como la segunda de la república gracias a su crecimiento vinculado al mercado internacional. El tema logró imponerse en la agenda y comenzó a hablarse de la necesidad de que la propuesta resaltara el “espíritu práctico” y austero del pueblo de Rosario en contraposición a los festejos porteños, es decir, que aunara originalidad, utilidad y autonomía. Por este motivo, la decisión de construir un hospital de caridad en base a suscripción pública fue aplaudida y aprobada de inmediato, no sólo porque el tiempo apremiaba sino porque condensaba la idea de un modo inmejorable.⁵²

En este marco, el proyecto de creación de la Biblioteca es presentado por Álvarez como parte de los actos celebratorios, y nada más apropiado para el conjunto de propuestas que encajan como piezas conformando la imagen de una ciudad modelo; como sostiene Alicia Megías, para Álvarez -y para la elite política e intelectual que integraba- Rosario

⁵¹[Nota de la Redacción]. “Un serio problema. La falta de personal diplomado para las escuelas primarias”, *Diario La Capital*, 4/05/1910.

⁵² Valeria Príncipe, *La política... Op.Cit.*

encarnaba los valores y expectativas de la Argentina del Ochenta⁵³, y entre esos valores se destacaban la educación y la cultura en la formación de los nuevos ciudadanos.

Los brillos y el entusiasmo del Centenario se fueron apagando con el correr de la década. Apenas dos años más tarde, la sanción a nivel nacional de la Ley Sáenz Peña en 1912 que dispuso el voto universal masculino, secreto y obligatorio posibilitó la llegada al gobierno de la provincia de la Unión Cívica Radical. Paralelamente, las huelgas impulsadas por diversos gremios rosarinos y el conflicto de los arrendatarios rurales con epicentro en la localidad de Alcorta adelantaron el inicio de una nueva época, que terminará de perfilarse con la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, el crack económico mundial de 1929 y el golpe de estado que puso un paréntesis al proceso de democratización política iniciado en Argentina 1912.

El “período de entreguerras”, comprendido entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Segunda hizo de Rosario una caja de resonancia donde se combinaron procesos de escala internacional con situaciones locales. Por su actividad económica, la ciudad de Rosario era muy sensible a las variables del mercado exterior que impactaban directamente en su estructura, lo que provocó la alternancia de ciclos de retracción y expansión económica. En el plano político, surgen nuevos actores cuyas posiciones se van radicalizando con el correr de los años, dando como resultado un escenario en el que participan nuevos partidos y movimientos como la Liga Patriótica, la Acción Católica y otros inspirados o directamente identificados con la Falange española y el fascismo italiano, mientras que hacia la izquierda el Partido Comunista progresivamente va ocupando un espacio en la esfera política, fundamentalmente en el campo sindical.⁵⁴ Pese a estas nuevas tendencias, el gobierno de la provincia y la administración local se mantuvieron en manos de radicales y Demócratas Progresistas; el periodo estuvo signado por la confrontación -por momentos virulenta- entre estos dos partidos, así como entre las líneas internas del radicalismo que gobernó la provincia sin interrupción hasta 1932.⁵⁵ La confrontación alcanzó

⁵³ Alicia Megías, “Prólogo”, en Juan Álvarez, *Historia de Rosario (1689-1939)*, Rosario, UNR Editora/Editorial Municipal de Rosario, 1998, p.8

⁵⁴ Alejandro Cattaruzza, *Historia de la Argentina 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009.

⁵⁵ Diego Mauro, *Reformismo liberal y política de masas. Demócratas progresistas y radicales en Santa Fe (1921 – 1937)*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2013; Oscar Videla, *El siglo Veinte. Problemas*

algunos de sus puntos más álgidos durante la discusión de la Constitución Provincial de 1921 y más tarde al momento de su breve implementación por el único gobernador demócrata progresista de esta etapa, entre 1933 y 1935. El enfrentamiento entre las distintas líneas en las que se dividió sucesivamente el radicalismo provocó que el municipio rosarino tuviera más de 30 intendentes entre 1912 y el fin de la década, situación que influyó, sin dudas, en la gestión y operatividad de la Biblioteca Argentina.

Los ciclos de retracción de la economía, principalmente los años de la Primera Guerra y los de la crisis mundial impulsaron la diversificación de la economía en torno a la industria y el surgimiento de nuevas organizaciones sindicales. Estas, sumadas a las de vieja data protagonizaron huelgas y conflictos a lo largo de todo el período, pero especialmente entre los años 1917 y 1920, también en 1929 y luego durante los años del breve gobierno demócrata progresista en la primera mitad de los años 30.

Hubo otros cambios notables respecto de la etapa precedente, vinculados con este mismo proceso de expansión urbana: la sociabilidad y el esparcimiento a escala masiva, entre cuyas expresiones caben mencionarse al fútbol como práctica y como espectáculo, el cine y la radio. Tan importantes como esas expresiones de la cultura de masas, fue el surgimiento de vecinales, clubes y bibliotecas a escala barrial.⁵⁶

Cabe destacar, finalmente, la definición de nuevos actores sociales, como el movimiento estudiantil a partir de la Reforma Universitaria de 1918 y la creación de agrupaciones e instituciones culturales vinculadas a movimientos políticos, como la *Mutualidad Popular de Estudiantes y Artistas Plásticos* (1934) liderada, entre otros por Antonio Berni y cercana al Partido Comunista, así como la creciente participación de mujeres en el desarrollo de estas actividades.⁵⁷ Otra particularidad fue el crecimiento de espacios institucionales para el arte y la cultura, entre los que la Biblioteca fuera pionera: la

sociales, políticas de Estado y economías regionales (1912-1976), Prohistoria Ediciones – Diario La Capital, Rosario, 2006.

⁵⁶ Roldán, Diego F. *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (SigloXX)*, Prohistoria Ediciones – Diario La Capital, Rosario, 2006. Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero, “Sociedades barriales ...”, Op. Cit.

⁵⁷ Fernández, Sandra y Videla, Oscar (compiladores). *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, La Quinta Pata & Camino Ediciones, Rosario, 2008; Fantoni, Guillermo. *Berni entre el surrealismo y Siqueiros*, Beatriz Viterbo Editora – UNR, 2014

Asociación *El Círculo*, la nueva sede del Museo de Bellas Artes y la creación del Museo Histórico Provincial al finalizar el período.⁵⁸

En este escenario tan complejo y tan distinto a la previsibilidad del mundo anterior a 1914, la Biblioteca pasó de ser la concreción casi impensada de una idea a transitar múltiples dificultades a poco de inaugurada, restringiendo sus servicios y gastos a su mínima expresión y quedando al borde del cierre en al menos dos oportunidades. Al mismo tiempo, su actividad cultural vivió un crecimiento significativo, con una diversidad de expresiones artísticas, intelectuales y políticas que fueron reflejo de los nuevos discursos circulantes en la sociedad.

-Juan Álvarez: reflexiones, reformismo y clima de ideas

La transformación que había sufrido la ciudad en el cambio de siglo había sido rotunda y suscitaba reflexiones. Dentro del incipiente núcleo de intelectuales, se destacaba una voz que entendía lo crucial del proceso y a la vez aportaba herramientas para medirlo y encauzarlo: Juan Álvarez, hijo de un prestigioso y controvertido juez, abogado y funcionario municipal, hombre de letras, tenía en 1910 treinta y dos años, y sus preocupaciones se centraban en descubrir las claves para garantizar la sustentabilidad del desarrollo rosarino.

Esa historia (de Rosario) es breve y puede resumirse en pocas palabras. Consiste en la relación cronológica de la adquisición de los adelantos modernos y de las actividades para conquistarlos, por un pueblo vigorosamente constituido, cuya conciencia colectiva siente en todos los momentos históricos la fuerza dinámica del progreso, o como diría el poeta, ‘la pasión locomotriz de lo mejor’.

El espíritu que preside el prejuicio, ha imputado al Rosario la carencia de vida intelectual. “Es una ciudad de fenicios” han dicho despreciativamente los que para juzgar solo tienen el criterio de sus propias impaciencias.

Indudablemente la característica de la ciudad es, y será siempre acaso, la actividad de los negocios, la vida intensa que multiplica los factores de producción y que hace fecunda la labor humana.⁵⁹

⁵⁸ En 1937 se inaugura el nuevo edificio del Museo de Bellas Artes en su sede actual y en 1939 el Museo Histórico Provincial. Si bien no fueron obras subsidiadas íntegramente por el municipio, la administración Culaciati estimuló y apoyó su desarrollo.

⁵⁹Juan A. Ortiz, “El Rosario” en *Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe levantado el 26 de abril de 1910*, Talleres de “La República”, Rosario, 1910, p.37.

El censo de 1910 fue el tercero que se realizó en Rosario en la primera década del siglo y su edición se programó para ese significativo año, en el que casi todos los actos oficiales tenían implícita algún tipo de conmemoración. Como plantea Diego Roldán en su trabajo sobre los censos de Rosario, éstos, además de ser una herramienta de mensura y estadística que permitía la planificación, funcionaban como propaganda oficial sobre los progresos de la ciudad. En este sentido, los inscribe en el terreno de las invenciones y de los artefactos culturales, considerándolos como “textos publicitarios y monumentos a la modernización argentina”.⁶⁰ En el caso del Censo de 1910, la intervención de Álvarez en la dirección, la compilación y la disposición de los datos le dio un tono más crítico que los anteriores. Por otra parte, la inclusión de artículos escritos por especialistas (Benjamín Gómez, funcionario municipal, para tratar el tema de aguas corrientes, Clemente Álvarez sobre la Asistencia Pública y Jorge Söhle para tratar el fenómeno de la prensa periódica) hacen de la publicación un valioso estudio sociológico en el que las cifras pasan a ser un respaldo o una fuente; todos estos elementos hicieron de este Censo un producto singular y merece ser incluido entre la obra de Álvarez.

Su vida y su obra han sido objeto de múltiples investigaciones. El trabajo más reciente y más específico es el de Mario Glück, quien en clave de biografía intelectual se ocupa de analizar las distintas etapas de su pensamiento y su acción en relación con el problema de la nación, repasando su trayectoria política y su producción escrita.⁶¹ Otro trabajo -ya clásico- es el que realizaron un grupo de investigadoras en torno a la familia Álvarez, -su padre Serafín y su hermano Clemente- con la intención de “rescatarlos del bronce” y bajarlos a la materialidad histórica en clave de historia de las ideas.⁶² Otros autores han indagado en su perfil de historiador, como Halperín Donghi y Fernando Devoto⁶³, por su

⁶⁰ Así lo plantea Diego Roldán en su trabajo sobre los censos rosarinos. En ese marco, la ciudad de Rosario fue una de las preferidas para ejemplificar el progreso. Diego Roldán, “Inventarios del deseo. Los censos municipales de Rosario, Argentina (1889-1910)” en *História* (São Paulo) [online]. 2013, v. 32, n. 1 [Accedido 26 Mayo 2021], pp. 327-353. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018>. Epub 01 Jul 2013. ISSN 1980-4369. <https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018>.

⁶¹ Mario Glück, *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez (1898-1954)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

⁶² Elida Sonzogni y Gabriela Dalla Corte (comps.) *Intelectuales rosarinos entre dos siglos, Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*. Prohistoria -Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000.

⁶³ Tulio Halperín Donghi “Juan Álvarez historiador” en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por asalto, 1996; Fernando Devoto “Los historiadores positivistas” en Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp.73-138.

parte, Oscar Videla indagó en sus escritos de viaje publicados durante una década en la prensa.⁶⁴

En este caso pondremos el foco en su preocupación por la educación y su certeza en la utilidad de esta herramienta para el orden social, lo que se vincula estrechamente con los motivos que lo llevaron a impulsar el proyecto de fundar la biblioteca. En su análisis del progreso rosarino Juan Álvarez advierte con claridad que conjuntamente con el crecimiento y la riqueza de los sectores vinculados al comercio ultramarino, se estaban presentando problemas nuevos que las administraciones municipales estaban lejos de poder enfrentar con solvencia. La falta de cloacas, red de aguas corrientes y la multiplicación de viviendas precarias afectaban la salud pública y generaban un problema a futuro; en este sentido las falencias estructurales más básicas daban cuenta de la insuficiencia de recursos con los que contaba la ciudad para acompañar el ritmo de su propio crecimiento. Pero había un aspecto que preocupaba particularmente a Álvarez y que consideraba un insumo fundamental para el acceso efectivo a la modernidad: la educación. En los comentarios del Censo de 1910, en el apartado dedicado a la “Instrucción”, Juan Álvarez afirma:

"El Censo comprueba que, por desgracia, el camino recorrido en materia educacional no guarda proporción con los progresos materiales obtenidos: los dos grandes factores que operan el crecimiento de la población, (atracción sobre las campañas, inmigración extranjera) son al mismo tiempo los que aumentan el analfabetismo. Estas masas de trabajadores que la Europa vuelca sobre el Rosario, incorporan su ignorancia y su atraso a la ciudad, al par que con su trabajo personal cooperan a enriquecerla. Y como no puede esperarse que una mayoría de analfabetos dedique parte importante de sus rentas a mejorar la instrucción pública resulta que la ciudad no se siente vivamente inclinada a invertir dinero en el mantenimiento de escuelas."⁶⁵

Esta situación contradictoria preocupaba mucho a Álvarez y las cifras confirmaban sus temores: la ciudad moderna, de vertiginoso crecimiento, a la vez que crecía aumentaba su tasa de analfabetismo. Además, el estado provincial sólo se hacía cargo del 48.7 % de las escuelas existentes en la ciudad, el resto se repartía en un 40.7 % manejado por los particulares y un 10.6 % dependientes de la Nación. La inversión estatal en educación era

⁶⁴ Oscar Videla, “Un historiador argentino en viaje. Juan Álvarez, entre el intelectual y el turista”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*; Lugar: Paris; Año: 2010, pp. 1 – 14.

⁶⁵*Tercer Censo...* Op. Cit., p.87.

insuficiente. Nuevamente resuenan las palabras de Álvarez preocupado por el creciente desfasaje:

Cada buque cargado de inmigrantes significa un aumento de los analfabetos de la provincia y un nuevo obstáculo para la limpieza de las ciudades. Debido a ello la edificación de las campañas sigue ofreciendo aspectos desagradables, y las escuelas, a pesar de aumentar año tras año, resultan siempre insuficientes. Los recién llegados o sus hijos las utilizan y no las costean. En muchas partes, los gauchos semi- salvajes han sido sustituidos por europeos igualmente toscos. Sobre el territorio florecen colonias, pero no obras de arte: la cultura no recibe más impulso que el que le da el gobierno.⁶⁶

El problema de la instrucción fue uno de los ejes del pensamiento de Álvarez a lo largo de su obra. Pueden rastrearse en escritos de distintas épocas reflexiones sobre el tema, al ubicaba en la base de todos los problemas y de sus soluciones. Enmarcado en el liberalismo, el enfoque de Álvarez privilegiaba al ciudadano como sujeto por excelencia, destinatario de todas las políticas estatales y eje del modelo liberal progresista. Con la ciudad como plataforma ideal del desarrollo y el progreso, la diversidad interna se iría organizando en torno a un pacto social que asignaba un rol diferenciado a cada uno. No era la diversidad en sí la cuestión preocupante, toda desigualdad y disputa distributiva era factible de solucionarse con una legislación y gestión política adecuadas; la verdadera amenaza al sistema estaba conformada por los que no se sentían parte de él y por lo tanto se inclinaban a atentar contra el orden social.

Y esa diversidad, mucho más acentuada en las ciudades puerto que habían recibido centenares de miles de inmigrantes, tampoco era tema de preocupación para Álvarez en términos culturales porque su reflexión se ubicaba por fuera de los esencialismos.⁶⁷ En este sentido, puede definirse su posición como cosmopolita, con confianza en el progreso y en la colaboración que para ello aportan los inmigrantes con su fuerza de trabajo. En tanto engranajes de un sistema económico auspicioso, los extranjeros eran elementos positivos en el juicio de Álvarez, y no le daba mayor importancia a la diversidad de tradiciones e idiomas que se superponían entre los habitantes de Rosario, e inclusive la educación nacionalista le

⁶⁶ Juan Álvarez, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, 2da Edición, Rosario, UNR Editora, 2009, p.

⁶⁷ Mario Glück, *La nación imaginada...Op.Cit.*

parecía una pérdida de tiempo derivada de un mal diagnóstico.⁶⁸ Lo que preocupaba a Álvarez y a muchos de su generación, era la inclusión y participación en un proyecto colectivo, tanto de los inmigrantes como de los nativos, y para ello confiaba en la herramienta educativa como mecanismo nivelador a la vez que garante de la conservación y reproducción del sistema.

Como vimos, la ciudad de Rosario en su estado de transformación permanente, se ofrecía como un modelo privilegiado para ensayar las teorías reformistas que estaban en auge en algunos sectores de la elite. El reformismo liberal fue definido por Eduardo Zimmermann como un conjunto de ideas propias de un sector de la elite dominante que se desarrolló en el período comprendido entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, y que estuvo motorizado por la necesidad de brindar respuestas políticas e institucionales a la denominada “cuestión social”⁶⁹. De este modo, la cuestión social, presente en los discursos y las reflexiones de la época como una preocupación creciente, se transformó en el catalizador de una crítica al liberalismo que sumaba otros afluentes: desde el idealismo, por ejemplo, no dejaba de señalarse su desenfrenado materialismo en desmedro de la “vida espiritual” de las sociedades; desde lo político, se observaba la incapacidad del sistema para incorporar a los excluidos. En este escenario, el surgimiento de la corriente liberal reformista trató de encontrar soluciones a estas falencias desde lo que Zimmermann llama una “vía media”, es decir, abandonando el absoluto *laissez faire* llevado adelante hasta entonces, y redefiniendo una nueva relación entre el estado y la sociedad, sin caer –claro está– en posiciones radicalizadas o revolucionarias. El espacio de resolución previsto para estas reformas era el parlamentario, esto es, se confiaba en que a través de una legislación adecuada se llegaría a corregir las fallas del sistema; valga como ejemplo las discusiones y estudios en torno a la creación de una ley que regulara el mundo del trabajo, y la Ley electoral Sáenz Peña. Para ubicar temporalmente este proceso, debemos tener presente que a partir de la crisis económica e institucional de 1890 el diagnóstico fue preciso: el sistema oligárquico estaba plagado de vicios que era necesario corregir a través de una “regeneración” política,

⁶⁸ Juan Álvarez, “La escuela argentina y el nacionalismo” en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, T.12, Buenos Aires, 1916. Citado por Mario Glück, Op.Cit.p.79/80.

⁶⁹ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

económica, institucional y social.⁷⁰ Zimmermann sostiene que ya en 1914 los intelectuales “aparecen como grupo netamente diferenciado, encargado de llevar adelante la transformación institucional del país”, y fue el Museo Social Argentino, creado en 1911 uno de los organismos principales donde se concentró la reflexión, el estudio y el relevamiento estadístico necesario.

Joaquín V. González fue uno de los miembros más destacados de este grupo, y su figura es clave para el análisis de la Argentina del cambio de siglo. Su acción y su pensamiento estuvieron impulsados por la creencia en el poder transformador de la educación sobre la realidad y por tanto este fue el modo privilegiado en el que intervino políticamente.⁷¹ Su preocupación permanente sobre la adaptabilidad del sistema político lo hizo participar de los intentos de reforma más importantes, tales como las propuestas para el sistema electoral y la elaboración del proyecto del Código Nacional del Trabajo, que no prosperaron.⁷² Con respecto a la educación, el modelo norteamericano era el que mejor representaba sus aspiraciones, desvinculado de la influencia de la religión y sostenido tanto por el Estado -como una obligación ineludible- pero con el apoyo y la intervención del capital privado.⁷³ Para González la educación era la garantía más sólida del funcionamiento de la democracia y las instituciones republicanas, de ahí su importancia fundamental en la conformación del ciudadano.

Los diagnósticos de Juan Álvarez y de Joaquín V. González tienen muchos puntos de encuentro: una sociedad que se había subido al tren de la modernización sin herramientas para dominarla había llegado al punto en que era imprescindible aplicar políticas que subsanaran esta situación, antes de que se transforme en peligrosa. Siguiendo la huella

⁷⁰ 1890 constituye un año decisivo en el período. La tendencia general del régimen de exclusión política agudizada durante el Unicato juarista se vio agravada por la crisis económica sin precedentes, muy grave en sus consecuencias financieras que se reflejó en una fuerte devaluación de la moneda. En la provincia de Santa Fe la suspensión del crédito afectó la administración y servicios públicos, así como el ingreso de los sectores bajos urbanos. En el ámbito nacional la crisis provocó la renuncia del presidente Juárez Celman luego del levantamiento cívico militar encabezado por la Unión Cívica, que manifestaba la necesidad de ampliación de las bases de legitimación del poder, abandonando las prácticas fraudulentas en las elecciones. Esta es la primera crisis de legitimidad del régimen, donde sectores de diferente signo político se agrupan en tanto oposición y obligan al régimen a incorporar sectores en una suerte de nueva hegemonía gubernamental.

⁷¹ Héctor Félix Bravo, *La idea de la educación pública en Joaquín V. González*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1973, p.8

⁷² Darío Roldán, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, CEAL, 1993, p. 17 y ss.

⁷³ Héctor Félix Bravo, *La idea ... Op. Cit.*

sarmientina, la misión educativa era entendida en clave esencialmente política, por su influencia sobre el sistema democrático.⁷⁴ En este escenario, las bibliotecas pasaron a cumplir un rol esencial como dispositivos complementarios de la instrucción pública, y hasta podían llegar a pensarse como una “universidad social”, una opción frente a la enseñanza universitaria que, como veremos más adelante, González definía como “restringida y excluyente”.⁷⁵

Para Joaquín V. González la ciudad de Rosario, “hija de las fuerzas económicas”, constituía un laboratorio de la amalgama entre crisol de razas, progreso y esfuerzo, “una condensación de las leyes internas de la evolución argentina” en las que la geografía y la historia hicieron converger una serie de variables favorables a la concentración de la energía del progreso y la vitalidad. Fundar una biblioteca en esta ciudad significaba para González “comenzar por el verdadero principio” la transformación en una ciudad con “alma colectiva” -gracias a la acción de la cultura- lo que de otro modo sería una factoría. Una biblioteca pública, entonces, es el primer paso a la democratización del conocimiento, y al conocimiento de la democracia, ya que la proyección que hacía González era la de la formación de ciudadanía a través del acceso al estudio; con ciudadanos atentos y críticos, se regenerarían los vicios del sistema político.

En este linaje se inscribe el pensamiento de Juan Álvarez y su proyecto de biblioteca cuya misión educativa iba más allá de ser “un montón de libros polvorientos”⁷⁶ porque no sólo se proponía educar el gusto artístico de sus clases dominantes sino también la “invención” del lector. Hacer de una biblioteca el centro de sociabilidad “distinguida” de la ciudad era apostar a cambiar el eje y capitalizar los beneficios del crecimiento económico con un doble propósito: lograr “borrar una tacha que pesa innecesariamente” -lo que alude sin nombrar al mote de “ciudad fenicia”- pero también generalizar el modelo de integración por la educación. La profecía ya había sido planteada por González: una ciudad que se enriquece pero que no tiene cultura termina siendo una factoría.

⁷⁴Ricardo Levene, *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, Prólogo de las “Obras Completas de Joaquín V. González” edición de la Universidad Nacional de la Plata, ordenada por el Congreso de la Nación Argentina. p.43

⁷⁵Joaquín V. González, *La biblioteca y la cultura pública, Conferencia en la inauguración de la “Biblioteca Argentina” del Rosario*, Rosario, Talleres de la Biblioteca Argentina, 1912.

⁷⁶Juan Álvarez, Nota “Al Sr. Intendente Municipal, Dr. J. Daniel Infante” datada “ROSARIO, Marzo 10 de 1913”, *La Biblioteca Argentina 1909-1913*, s/p.

II- UNA GRAN BIBLIOTECA PUBLICA

-Algunos antecedentes

Dentro de los estudios sobre bibliotecas hay acuerdo general en establecer a la Biblioteca Nacional como la primera de su tipo, esto es, de carácter público y creada por un acto de gobierno según decreto del 10 de septiembre de 1810. Alejandro Parada afirma que si bien existen algunos antecedentes -poco documentados- de bibliotecas abiertas al público, lo más significativo del caso fue el acto político que representó tomar tal decisión en ese contexto, sin duda impulsada por el nuevo clima iluminista.⁷⁷

De este modo, el nuevo gobierno iniciaba sus acciones con la creación de una institución educativa abierta al público, algo que sin dudas era novedoso. Hugo Acevedo, otro historiador de este proceso, indica que la nueva biblioteca se nutrió principalmente de la colección del Obispo Orellana que conformaba la biblioteca jesuítica dependiente de la Universidad de Córdoba, la del Obispo Azamor y Ramírez (su biblioteca particular), así como la del Convento San Carlos y la personal del Rector Luis José Chorroarín. Progresivamente se fueron recibiendo donaciones tanto de libros como de materiales para la construcción de las estanterías, así como también obras de arte y dinero. En los años subsiguientes familias de notables donaron importantes colecciones y archivos que forman parte de su valioso patrimonio. Chorroarín fue el primer director designado que permaneció en el cargo un tiempo considerable -estuvo 11 años - como para encargarse de la organización inicial.⁷⁸ De allí en adelante, los sucesivos directores tuvieron actuación dispar y la institución sufrió los vaivenes políticos de la época, pero en algunas gestiones se inició una catalogación e inventario que develó que para 1854 la biblioteca contaba con unos 15.000 volúmenes. Según afirma Acevedo, en la ciudad de Buenos Aires habían ido surgiendo otros espacios paralelos que compartían la práctica del préstamo de libros y consulta, como el famoso Salón Literario que funcionaba en la librería de Marcos Sastre.⁷⁹ Es interesante señalar este proceso, que

⁷⁷Alejandro Parada, "Biblioteca y Revolución. Otras significaciones en los inicios de la Biblioteca Pública en la Argentina", en *El dédalo y su oville. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012. Por su parte, Hugo Acevedo menciona antecedentes de creación de bibliotecas públicas en las colonias inglesas del siglo XVIII, sostenidas por el erario público y abiertas a todos los lectores. Moreno, de orientación rousseauiana, recupera esta idea y la coloca como prioridad del nuevo gobierno. Hugo Acevedo, "Biblioteca Nacional de la Argentina", Boletín de la ANABAD, Tomo 42, Nº 3-4, 1992, pp.13-37.

⁷⁸Hugo Acevedo, Op. Cit. p.20

⁷⁹Ibidem, p. 23

indica la lenta pero sostenida formación de un mercado lector y la existencia de una práctica de lectura afirmada y compartida en sectores de la sociedad que se iban ampliando progresivamente.

Una de las gestiones más fructíferas en la organización fue la de Vicente Quesada, ya en el último cuarto del siglo XIX, tarea que continuó su sucesor, Manuel Ricardo Trelles. En el año 1884 la Biblioteca pasó a la jurisdicción nacional, con la nacionalización de la ciudad de Buenos Aires, y poco tiempo después fue designado como director Paul Groussac, prestigioso intelectual francés, periodista, escritor e historiador, quien estuvo al frente durante 44 años.

La misión que encaró Groussac fue la de transformar una biblioteca pública provincial en una biblioteca nacional, para lo cual diseñó y llevó adelante un proyecto. De este modo, además de asentar su prestigio intelectual desde el espacio que le proporcionó el cargo, Groussac tomó medidas para la organización y crecimiento de la colección y para la difusión de sus catálogos. En torno a los resultados finales de su gestión, hay opiniones encontradas, muchos críticos mencionan el atraso en el que se encontraba la biblioteca a principios de siglo, porque el director atendía más a sus asuntos que a la organización y modernización de la misma.⁸⁰ Como consecuencia, no había certeza absoluta acerca del número de ejemplares con que se contaba, y tampoco se elaboraban los informes anuales de gestión.⁸¹

De este modo, a principios de siglo la Biblioteca Nacional como tal, por sus características, por su colección y por sus servicios más que constituir un referente para las bibliotecas públicas del interior era más bien un caso único en su tipo. Una institución tal, con la importancia de sus colecciones y el prestigio de su director estaba en directa proporción al ambiente intelectual porteño, a sus familias tradicionales –que habían donado sus archivos y bibliotecas- y al estado de sus prácticas lectoras y de consumos culturales.

⁸⁰Mario Tesler, Op. Cit. pp.34 y ss.

⁸¹A este respecto, agregamos esta descripción realizada por Carlos Melo sobre los servicios prestados por la biblioteca al momento de ser designado director, en 1930: “La puerta principal estaba cerrada; y no había placa indicadora de ser ésta la Biblioteca Nacional. Sólo a un lado, a distancia, una que indicaba el acceso al Depósito Legal. El público, penetraba en la casa por una puerta lateral, defendida por un tambor, y por la estrechez de la Oficina de Entradas y el estado de los catálogos en uso, los pedidos de los libros se hacían molestos, a lo que se agregaba, a veces, la falta de información y de acción inteligente del público, y la deficiencia de parte del personal.” Citado por Mario Tesler, Op. Cit., p.37.

Este clima general distaba mucho de lo que podía encontrarse en Rosario para la época del Centenario, cuando Juan Álvarez empezó a pensar en este proyecto.

Otro universo ofrecen las bibliotecas populares, que aparecen tempranamente en el territorio nacional recientemente pacificado, gracias al impulso otorgado por parte del estado -que estaba tomando forma- a partir de la Ley 419 de 1870, que proponía la protección y fomento de estas instituciones. La ley - inspirada por Sarmiento y sancionada durante su presidencia- ordenaba el envío de un subsidio y material bibliográfico por parte del estado nacional, destinado a las asociaciones que se encargaran de la fundación, organización y funcionamiento de pequeñas bibliotecas. Sarmiento se había inspirado en la experiencia norteamericana a través de la lectura de los escritos de Franklin -autor que le interesaba profundamente- y había desarrollado la idea de la generación de pequeñas bibliotecas a partir de la conformación de asociaciones para tal fin.⁸² Lo interesante del caso, es que el núcleo de la propuesta descansaba en el descubrimiento de las virtudes del asociacionismo, y las ventajas de la reunión de sujetos civiles por fuera de los mecanismos estatales. Esta posición se vio matizada a medida que Sarmiento se fue involucrando en cuestiones de política educativa, ya que si bien aceptaba que era necesario reconocer su especificidad - como la que refiere a la autonomía en las decisiones sobre el material a adquirir- advertía la necesidad de que las bibliotecas quedaran vinculadas a cierta institucionalidad; quedaba claro que este tipo de establecimientos debía estar sujeto a algún tipo de control por parte del estado, fundamentalmente pensando en que se trataba de la producción de sentidos socioculturales.⁸³

El contexto de aplicación de la ley es llamativamente temprano, si tenemos presente que es anterior a la Ley de Educación (1884) y si imaginamos la escasa capilaridad de la estructura estatal. Como bien señala Planas, la ley se aplicó en localidades en las cuales ni siquiera había escuelas, y mucho menos algo parecido a una biblioteca.⁸⁴ Por otra parte, puede pensarse que justamente por ese motivo, Sarmiento y sus funcionarios entendieron que de este modo se podía llegar a alivianar algunas tareas de instrucción que el estado por el momento no estaba en condiciones de prestar.⁸⁵

⁸² Javier Planas, Op. Cit., p.32.

⁸³ *Ibíd.*, p. 33 y ss.

⁸⁴ *Id.*, p.30

⁸⁵ Cabe mencionar que en el debate Oroño se opuso por entender que se trataba de una injerencia inapropiada del estado nacional en la jurisdicción de las provincias. Javier Planas, Op. Cit., p. 40

Planas vincula este proyecto con un contexto de gran crecimiento del asociacionismo, fenómeno largamente estudiado por Hilda Sabato para el caso porteño y por Alicia Megías para Rosario.⁸⁶ Así, la necesidad de estimular el espíritu emprendedor que gustaba a Sarmiento se volcó en esta normativa que inmediatamente brindó una serie de resultados positivos y novedosos. Y aunque no haya habido demasiadas sorpresas en los nombres de aquellos notables que se hicieron cargo en cada uno de los casos, estas asociaciones dieron vida a decenas de bibliotecas a lo largo y a lo ancho del país, con éxito diverso, implementando el sistema de préstamo de libros a domicilio como práctica totalmente innovadora. En los primeros años de aplicación de la ley, el estado subvencionaba con el envío de libros por el mismo monto que lo reunido con las cuotas, lo que se utilizaba para la compra del material bibliográfico seleccionado por la misma comisión. Este elemento es destacado por Planas como demostrativo de los objetivos de la ley, que se proponía arrimar y crear lectores nuevos a partir del placer de la lectura. Es innegable que primaban las preferencias y criterios de los mismos miembros de las asociaciones, mayormente de una extracción social “mesocrática”, pero se mostraban entusiasmados con la idea de familiarizar a la comunidad con estas prácticas. En todo caso, lo que advierte Planas es que estas instituciones, más allá de sus logros en el ejercicio de la civilidad, reforzaron esos mismos liderazgos que ya estaban predeterminados por otras cuestiones sociales, económicas y de prestigio.

La ley funcionó a pleno durante dos años, pero pronto comenzaron las dificultades para sostener los subsidios, por lo que se implementó una modificación fundamental que marcó el inicio de la decadencia de la mayoría de estas instituciones: la suspensión del mecanismo de selección de libros hecha por los miembros de la asociación se reemplazó por envío de libros que se distribuían por cuenta del Gobierno Nacional. Este cambio provocó las protestas de las asociaciones, que se manifestaron ante la Comisión Protectora, ya que la elección del material hasta ese momento se había realizado considerando las preferencias y necesidades que cada Comisión consideraba conveniente para sus lectores. Con el nuevo sistema, no había control de los títulos y hubo bibliotecas que recibieron un alto porcentaje

⁸⁶ Alicia Megías, *La formación de una élite de notables dirigentes. Rosario, 1860-1890* Ed. Biblos, Buenos Aires, 1996.

de libros en francés.⁸⁷ Si bien esta disposición se revirtió por la protesta de las asociaciones, a partir de esta situación, el vínculo con el estado nacional comenzó a resentirse. En 1876 la ley se derogó por cuestiones económicas y de ahorro de gasto público y las bibliotecas creadas en el período entraron en un proceso de decadencia en el cual pocas lograron subsistir. La heterogeneidad de los resultados fue consecuencia de las posibilidades de cada comunidad de encarar el proyecto, pero el espíritu de la ley era el de mantener la autonomía de las asociaciones y estimular las acciones participativas de la sociedad civil. En la década de 1910, al calor de los festejos del Centenario y en un contexto diferente la ley cobró un nuevo impulso, pero en el último cuarto del siglo XIX, las bibliotecas que sobrevivieron pasaron a depender del Ministerio de Instrucción Pública, por lo que fueron incluidas en la órbita de las inspecciones escolares y su rol perdió especificidad.⁸⁸ Planas sostiene que las bibliotecas de este segundo momento se planificaron más como una extensión del aula que como un espacio de desarrollo de políticas de lectura, y esto se evidencia en los debates del momento acerca de la necesidad de tutelar la bibliografía disponible a los socios.⁸⁹ En un escenario en que, como sostiene Adolfo Prieto, se han incorporado nuevos lectores como resultado de las políticas de alfabetización, las bibliotecas permanecieron ajenas a este fenómeno sin poderlo capitalizar.

Amador Lucero-como adelantamos más arriba- fue un contemporáneo de este proceso y tenía una mirada más desencantada. Luego de repasar el estado confuso y desorganizado de las bibliotecas públicas más importantes (tales como la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Nacional de Maestros) el autor se planteaba que era posible “presumir hasta qué grado llegaron el desorden y el descuido en que perecieron las Bibliotecas Populares”,

⁸⁷Planas encuentra el origen de esta nueva situación en los contactos que se establecieron entre la editorial Hachette y el presidente Sarmiento, Javier Planas, Op. Cit., p.172 y ss.

⁸⁸En 1875 el Boletín registraba 156 bibliotecas populares, de las cuales subsistieron unas 15 o 20 de acuerdo con los datos (no muy precisos) del Censo de 1895. *Ibidem*, p. 217. Otra de las consecuencias de la disolución de la Comisión Protectora es la falta de registros que sigan la evolución de estas instituciones.

⁸⁹Por lo que comenta Planas, las protestas por la modificación de los mecanismos de adquisición de libros fueron más una defensa de la autonomía por parte de las comisiones que una cuestión de fondo relativa a lineamientos bibliográficos. Es decir, si bien queda claro que la concepción de la participación de los lectores en las decisiones de la institución desaparece para el segundo período y se vislumbra más una vinculación con los preceptos del normalismo, -en el que se fueron formando docentes y funcionarios que ahora quedaban al frente de las bibliotecas - el espectro de lecturas no parece tan disímil en uno y otro momento. Inclusive, en términos generales hay muchas similitudes entre los listados de las bibliotecas populares del primer período, las del segundo y los catálogos de ingresos de la Biblioteca Argentina en sus primeras compras. Volveremos sobre este punto en el apartado dedicado a la formación de la colección.

describiendo la situación de estas últimas como el “fracaso de un noble propósito”.⁹⁰ Los fundamentos sarmientinos no le merecían otro calificativo que un conjunto de medidas inorgánicas y contradictorias, acordes con su espíritu intempestivo y poco reflexivo. Su crítica se centraba en la aplicación desafortunada de las ideas sarmientinas, a su vez inspiradas en las de Horace Mann, pero “desprovistas del espíritu puritano, místico en la especulación y práctico en los negocios”.⁹¹ Los descalabros se habían desencadenado por no cumplir con las reglamentaciones que garantizaban una buena administración: no se hacían licitaciones, las concesiones desconocían los repertorios bibliográficos de la época, había reclamos a los libreros porque no entregaban los pedidos, etc. El fracaso, ante todo, era atribuido a la falta de conocimiento sobre la materia y a la delegación de funciones tan delicadas en las manos de las Comisiones, formadas por “los hombres más decorativos del vecindario” pero que no eran lectores, demostrando un desconocimiento total hacia las más básicas nociones de política de lectura. Lucero no deja de mencionar que muchas bibliotecas populares fueron creadas con intenciones electoralistas, y la ineptitud quedaba demostrada tanto por las decisiones de las asociaciones locales como por las decisiones de los funcionarios más encumbrados, que incluían en sus envíos “pesados tratados e inútiles diccionarios” en lugar de mandar revistas y novelas, que era lo que el público lector más consumía. En este sentido, agrega que “(...) la frecuente inclusión de la bibliografía francesa y aun de la inglesa en los catálogos recomendados por la Comisión y en las remisiones a las bibliotecas populares demuestra hasta qué punto se desconocían las necesidades de la lectura pública”⁹²

La quita de subsidios posterior a su derogación en 1876 representó un duro golpe para aquellas bibliotecas que habían prosperado bajo su vigencia. El panorama para 1895 era bastante desolador: de las 200 bibliotecas creadas con la ley sólo quedaban 58 de acceso

⁹⁰ Amador Lucero, Op. Cit., p. 71/2

⁹¹ *Ibidem*, p. 85

⁹² *Id.*, p.7. Tal era su desencanto con este proceso, que Lucero llega a afirmar que la derogación de la ley no representó ningún impacto porque las bibliotecas “ya estaban muertas”. Para Lucero, la clave para el éxito de tales emprendimientos estaba en la formación profesional de los bibliotecarios y en la especialización de un personal idóneo para llevar adelante el proceso, además de que el mismo debía presentarse como resultado de una necesidad pública. Con respecto al Boletín, lo define como “la gaceta del aburrimiento” y denuncia la ausencia casi total de material técnico para la organización de las bibliotecas. En contraposición, Javier Planas, lo considera como el primer órgano especializado en el saber bibliotecario.

público en todo el país. La poca preparación de los funcionarios y el desinterés oficial por el tema minaron el proyecto.

Parte de ese espacio vacante fue ocupado por las bibliotecas obreras, que se fueron consolidando a partir de 1890.⁹³ Estas instituciones formaban parte de las propuestas culturales de diversos grupos socialistas, anarquistas y católicos, que brindaban una oferta de actividades entre las que se incluían bibliotecas. Con el restablecimiento de la Ley 419 en 1908, el escenario cambió, ya que la reestructuración de la Comisión implicaba no sólo asesoramiento técnico para la organización, sino la oportunidad de financiamiento, pero a cambio de un mayor control de sus actividades. Frente a esto, hubo distintas respuestas: las bibliotecas y entidades vinculadas al anarquismo prefirieron mantenerse al margen de todo control estatal, en sintonía con sus principios. En el caso de las bibliotecas socialistas y de los grupos católicos, decidieron adherir al sistema. Como resultado, las bibliotecas socialistas crecieron mucho en el período, porque ya contaban con estructuras bastante sólidas, colecciones numerosas e inquietudes técnicas respecto de la organización, que resolvían con bibliografía especializada. Gracias a la incorporación al sistema a cambio de resignar autonomía, lograron mantenerse en el tiempo con mayor solvencia.

En las primeras décadas del siglo se empieza a entender a las bibliotecas como un desprendimiento de los dispositivos de educación, dejando atrás de a poco la impronta asociacionista y de autogestión que alimentó el proyecto de las primeras bibliotecas populares, fundamentalmente porque el contexto en el que se retoma la ley ha cambiado de modo considerable. En la época del Centenario las preocupaciones por la identidad nacional, por las múltiples identidades inmigrantes y de clase que parecían amenazarla hicieron de los dispositivos pedagógicos una de las herramientas favoritas de la elite gobernante. Con instituciones fortalecidas y en funcionamiento, la idea que prevalecía era la de controlar y centralizar más que dejar al libre albedrío de las organizaciones inmigrantes, políticas o sindicales. La biblioteca popular cumplía un rol muy importante en la educación de la comunidad, lo que hizo que su fuera cambiando su percepción, desde la autogestión de la sociedad civil a un dispositivo educativo más firmemente controlado por el estado.

⁹³ Nicolás Tripaldi, Op. Cit.

Los resultados que lentamente se iban generando por las políticas alfabetizadoras se reflejaban en el crecimiento de la masa de lectores; la expansión de la prensa periódica, junto con las publicaciones de folletines, daba cuenta de la existencia de nuevos circuitos y soportes de lectura, que crecía de modo exponencial en ese último cuarto de siglo a la vez que la cultura letrada se estancaba.⁹⁴ En este sentido, ¿cómo reaccionaron las bibliotecas frente a los nuevos lectores y consumos? ¿fueron capaces de capitalizar este movimiento? Todo parece indicar que tanto las bibliotecas populares - encabezadas como se dijo más arriba por comisiones integradas por los notables locales- como las bibliotecas dependientes del estado en todos sus niveles, se posicionaron del lado de la cultura letrada. Como dice Prieto, luego de describir la acelerada expansión del criollismo y sus variantes:

En comparación con esta determinación tumultuosa, el espacio de la cultura letrada aparece como replegado en sí mismo, distante, preocupado en cultivar las sucesivas variantes del naturalismo de Zola, del modernismo de Darío o en pulsar las cuerdas de un tímido folklore que gustaba llamarse “nativismo”.⁹⁵

En pleno auge del criollismo y de la gauchesca, y siendo testigos del éxito editorial sin precedentes de las publicaciones de Eduardo Gutiérrez y José Hernández, las comisiones directivas de las bibliotecas populares evitaban incorporar este material a sus colecciones y observaron el fenómeno con indiferencia. Las bibliotecas quedaron del lado de los dispositivos educativos que confiaban en la lectura como herramienta formativa y moral a la vez más que como una práctica espontánea y lúdica, y se centraban en el libro como herramienta por excelencia para medir el desarrollo cultural. Es más, podría hablarse de cierta “preocupación” por la afición a las novelas -dejando fuera a toda la gauchesca- por parte de los concurrentes a las bibliotecas, según datos que se desprenden de las consultas.⁹⁶ Esta preocupación en realidad era en todo caso la consecuencia de la desconfianza en los

⁹⁴ Estamos siguiendo el análisis de Adolfo Prieto en su valioso trabajo *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 19

⁹⁶ “Una estadística que había seguido durante varios años el movimiento de libros indicaba que de 97.749 ejemplares solicitados, el 87% correspondía al género novela, 2% al capítulo general de las ciencias, 4 % a historia, geografía y viajes. Los autores más leídos durante el año 1884 habían sido: Dumas (padre) con 2.372 lectores, Montepin 1.311, Pérez Escrich 995, Fernández y González 905, Paul de Kock 876, Verne 509, Balzac 486, María del Pilar Sinués 467, Ponson du Terrail 466, Gaboriau 367, Sue 333, Adolfo Belot 334, Alarcón 320, Pérez Galdós 319, Hugo 277, Selgas 229, Ohnet 214, De Amicis 146, Claretie 126, Dickens 118.” *Id.*, p.47.

resultados moralmente positivos de la lectura no estudiosa; más adelante volveremos sobre este punto porque es un tópico recurrente en las reflexiones sobre la lectura de esa época.

-La ciudad fenicia

Las primeras páginas de las memorias de Lovell están dedicadas a enumerar los antecedentes relativos a bibliotecas en la ciudad que a su entender eran bastante modestos, ya que, para empezar, *Rosario careció de biblioteca pública hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo pasado.*⁹⁷ Lovell ofrece un breve recorrido por los escasos y poco durables impulsos para organizar bibliotecas en la ciudad que aceleradamente cambiaba de escala y dimensiones. El primer intento había sido llevado a cabo como respuesta a la circular del Gobernador Iriondo en la que se difundían los alcances de la ley nacional 419 en virtud de la cual se formó una comisión que, según Lovell, “no demostró mucho entusiasmo”. Aparentemente sus integrantes - Federico de la Barra, Manuel Tristani, Milcíades Echague y Desiderio Rosas - “no se dieron por enterados u optaron por no reunirse”, por lo que finalmente se impulsó una suscripción desde los diarios *La Capital*, *La Época* y *La Cuestión Nacional* para reunir fondos destinados a la compra de libros. La Biblioteca Popular del Rosario pudo así abrir sus puertas en 1872 reuniendo los volúmenes adquiridos en esa colecta, junto a aquellos comprados a través de la Comisión Protectora, a los que se sumaron también ejemplares donados por el canónigo Martín Piñero. En 1873 contaba con 1394 volúmenes encuadernados.

Esta institución fue creciendo muy lentamente, y contaba con dos subsidios por parte del estado provincial y municipal.⁹⁸ Tuvo una afluencia de público considerable y se implementó el sistema de préstamo a domicilio de libros. Para 1910, se fusionó con el Centro Literario Mariano Moreno, formando la Biblioteca Popular del mismo nombre. En sus comienzos, funcionaba en el edificio del Colegio Nacional, más tarde se trasladó frente a la Plaza 25 de Mayo, por la calle Buenos Aires. Lovell aporta datos sobre el movimiento de público extraídos de las memorias de la biblioteca y se detiene en los detalles, porque considera que era la única que puede ser considerada como antecedente al proyecto

⁹⁷ Alfredo Lovell, *La Biblioteca Argentina. Primera etapa de su vida (27 de Septiembre de 1909-22 de Marzo de 1937)* Ejemplar mecanografiado.

⁹⁸ La Provincia aportaba 25 pesos Fuertes y la Municipalidad 30. La Municipalidad, sin embargo, interrumpió el pago entre los años 1875 y 1889. Según De Marco, el subsidio provincial recién se implementó en 1909. Miguel de Marco, Op. Cit.

presentado por Juan Álvarez, ya que fue “la única popular y pública que existió en Rosario”.⁹⁹ Asimismo, pone énfasis en señalar la penosa existencia por la que atravesó a lo largo de los años, y considera algunas cifras un poco abultadas. Contrastando datos de publicaciones oficiales, llega a la conclusión de que la biblioteca tenía menos lectores y menos libros de lo que algunas crónicas optimistas quieren recordar.¹⁰⁰

Rescata también Lovell una reglamentación del año 1874 y otra de 1887 donde la Municipalidad se proponía reunir fondos para la futura creación de una biblioteca pública en la ciudad, que luego quedaron en la nada. Probablemente, este repaso le permitía a Lovell ennoblecer aún más el proyecto de Álvarez: en el panorama de desolación cultural que primaba en la ciudad plantear la necesidad de crear una biblioteca aparecía tan arriesgado como impostergable.

Otra biblioteca temprana fue la del Colegio Nacional, que había sido inaugurada en 1875: contaba con un material escaso y desactualizado y su público se limitaba a los profesores de la casa. El mismo Lovell fue contratado como bibliotecario entre los años 1911 y 1912, y llevó adelante un registro. También trabajó para la biblioteca de la Escuela Superior de Comercio, que era una de las más antiguas de la ciudad (1905) y había sido fundada por Julio Bello. Con conocimiento de causa, Lovell argumenta que la falta de catálogo hacía que los libros permanecieran encerrados, sin poder ser consultados, brindando un servicio totalmente deficiente. Esta biblioteca, al fundarse la Universidad Nacional del Litoral, pasó a formar parte de la Facultad de Ciencias Económicas, Políticas y Comerciales, convirtiéndose en una institución universitaria pero sin perder su carácter de biblioteca pública.¹⁰¹

En su enumeración, Lovell también menciona a la Biblioteca Pedagógica, a la que dedica un breve párrafo, enumerando que fue creada en 1891 por Eudoro Díaz, y que “llevó

⁹⁹ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.3.

¹⁰⁰ Lovell contrasta el informe de Amador Lucero con las estadísticas municipales y las memorias de la propia biblioteca.

¹⁰¹ Según anota Miguel De Marco, esta biblioteca fue una de las primeras de su tipo en la ciudad, y en 1912 contaba con 5000 volúmenes. La calidad de los textos adquiridos superaba el nivel de enseñanza media, muchos estaban en otros idiomas. La expectativa era que esta biblioteca fuera uno de los pilares de la futura universidad, y era la primera del país especializada en economía. Tuvo su inauguración oficial en 1915, con la presencia de Joaquín V. González. En el año 1923 fue denominada “Estanislao Zeballos”. *La Biblioteca de la Facultad...* Op.Cit.

una vida precaria hasta 1911, prestando servicios relativos.”¹⁰²Ese mismo año fue creada la Biblioteca Popular “Estímulo al Estudio”, impulsada por vecinos del barrio Arroyito, bajo la denominación de “Institución de Instrucción Mutua”. No fue incluida en el relevamiento de Lovell porque su propósito era brindar un panorama de las bibliotecas previas al proyecto de Álvarez.

El repaso de Lovell tiene otras ausencias. Por un lado, si el criterio era relevar las bibliotecas de acceso a todo público, se entiende que no incluyera la biblioteca del Club Social, que según el Censo de 1900 contaba con 400 volúmenes, o la del Jockey Club, que aparentemente era abierta al público desde 1905. Pero así como incluyó la biblioteca del Colegio Nacional, podría haber incorporado otras de instituciones educativas importantes, tales como el Normal para Mujeres “Nicolás Avellaneda” o la Escuela Industrial de la Nación, más reciente. Tampoco menciona Lovell las bibliotecas obreras a las que, como vimos, refiere Tripaldi. Sólo dedica unas pocas líneas a la biblioteca “La Verdad”, señalando que fue “fundada en 1908 con 600 volúmenes evaluados en 1000 pesos” y con 850 lectores anuales.¹⁰³En los años de cambio de siglo podemos dar cuenta de la existencia de bibliotecas libertarias en Rosario, coincidentes con el auge del anarquismo, lo que le permitía desarrollar su vocación iluminista.¹⁰⁴Muchas de las experiencias fueron breves y de alcance barrial, pero apuntaban a un público específico y se trazaron con objetivos estratégicos. En 1896 funcionaba la biblioteca *Ciencia y Progreso*, que además editaba folletos doctrinarios, en 1899 inauguró la biblioteca creada por el grupo *Amor Libre*, en la calle 3 de febrero 1840 y en 1902 la del grupo *Libertad y Amor*, en Mendoza 3250. Sin duda, el espacio cultural más importante de este grupo fue la *Casa del Pueblo*, que inició sus funciones en enero de 1900, con el entusiasmo del siglo naciente. Este espacio constituyó el centro de propaganda anarquista más importante de la ciudad y en él se organizaban una gran cantidad de

¹⁰² Alfredo Lovell, Op. Cit., p.7. Hay otros relatos un poco más generosos: “Es la segunda biblioteca pública actual y la primera oficial (...) Fue fundada por Eudoro Díaz (...) quien enriqueció el haber educacional rosarino con una institución que fue nexo entre las escuelas y cuya misión como centro de información, de cultura y de cátedra educativa, está avalada por su especialidad en esta ciencia. María A. Bergnia de Córdoba Lutges, “La cultura en Rosario”, en *Historia de las instituciones...*Op. Cit., p.283.

¹⁰³ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.1. Los datos que cita son textuales del relevamiento de Amador Lucero.

¹⁰⁴ El auge del anarquismo estaba relacionado con la poca fuerza del socialismo y la inexistencia de un movimiento sindical revolucionario. Ricardo Falcón, *La Barcelona argentina: migrantes obreros y militantes en Rosario 1870-1942*, Rosario, Laborde Editor, 2005, p.166.

propuestas culturales tales como obras de teatro, veladas, recitados, conferencias. Contaba, además, con una biblioteca que sumaba cerca de 400 volúmenes.¹⁰⁵

-Un proyecto ambicioso

Una vez realizado el recorrido por el panorama bibliotecológico de la ciudad a principios de siglo, Lovell dedica las páginas subsiguientes a detallar el proceso de creación de la Biblioteca Argentina, habida cuenta de la modesta oferta existente hasta el momento. Como primer indicio documental, Lovell inserta la fotografía del borrador del proyecto – redactado de puño y letra por Álvarez - en el que se explayaba en la necesidad de creación de una institución de este tipo, y la oportunidad que para ello brindaba la celebración del Centenario.

"...Creo sinceramente que la mejor forma de adherir a los festejos que para conmemorar esa fecha prepara el sentimiento nacional, consistirá en borrar esa tacha que innecesariamente pesa hoy sobre nosotros: en esta ciudad de doscientos mil habitantes, no existe una sola biblioteca pública susceptible de cumplir dignamente la función que a tales establecimientos está asignada. Ha llegado el momento de que esta Provincia de Santa Fe, exponente de la pujanza de la raza cuando la guerra lo hizo necesario, se hoy en plena paz y prosperidad exponente de la cultura nacional. Por el adjunto proyecto de Ordenanza, solicito a V.H. la autorización para fundar en Rosario una Biblioteca Argentina, exclusivamente argentina, en la que sean cuidadosamente conservadas todas las obras escritas por autores nacionales, todas las que sobre el país hayan escrito autores extranjeros y cuantos mapas, ilustraciones y documentos se refieran a nuestro pasado (...) Ninguna biblioteca de tal género existe aún en la República, y ofreceremos sin duda un espectáculo honroso, exhibiendo en el centro del Rosario un edificio, que costado por argentinos y extranjeros sea algo así como el vínculo mental de todas las razas en esta ciudad construida con el esfuerzo material de hombres llegados de todas las naciones de la tierra"¹⁰⁶

En el proyecto original Álvarez había incluido entre los considerandos la impostergable necesidad de borrar un estigma “innecesario”: dejar atrás la imagen de ciudad fenicia y empezar a ser la ciudad ilustrada, razón por la cual era preciso aprovechar la oportunidad inmejorable que ofrecía el clima del Centenario poniendo en marcha una acción estratégica en este sentido. En ese clima de ideas debemos entender el recorte de la colección que proponía, esto es, la reunión de obras cuyo eje fuera la “argentinidad”, centrando en

¹⁰⁵ Agustina Prieto, “Notas sobre la militancia anarquista en Rosario 1890-1930” en *Entre pasados Revista de Historia*, Año XVI, N° 32, fines de 2007, pp.77-88.

¹⁰⁶ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.9.

autores nacionales pero también extranjeros que refirieran a nuestro país y además, “cuantos documentos refieran a la historia argentina”. A la vez se incluyó la frase “no siéndonos posible formar una buena biblioteca enciclopédica” con lo que deja abierta la posibilidad de lo que finalmente fue. En el texto de la Ordenanza 17 del 11 de octubre de 1909 que finalmente aprueba el Concejo, también se había incluido una sección de museo como parte integrante de la biblioteca.

Art.1º- En conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo, se autoriza al D.E. que funde en esta ciudad una biblioteca pública, con una sección de museo cívico y etnográfico, dentro del perímetro limitado por las calles Moreno al Oeste y 9 de Julio al Sur.

Art. 2º* La referida biblioteca se formará principalmente:

- a) Con obras de autores argentinos
- b) Con obras de autores extranjeros (SIC) relativos al país
- c) Con cuantos documentos se refieran a la historia argentina.

También podrá contener una sección de autores extranjeros, aun cuando sus obras no versen sobre asuntos relacionados con nuestra nacionalidad. La sección museo contendrá los objetos y recuerdos de carácter cívico y etnográfico que se relacionen con la historia argentina y especialmente con la del Rosario. (...) ¹⁰⁷

Como puede observarse, la futura biblioteca iba a instalarse en un local provisorio ubicado en Moreno y 9 de julio, dejando la construcción del edificio para más adelante, “tan pronto como sea posible”. En el texto de Lovell no hay referencias sobre el cambio de planes que hizo iniciar la construcción del edificio en un terreno mucho más céntrico, pero aporta información y fuentes acerca de la historia de la parcela, antigua caballeriza, luego corralón municipal, pasando por un proyecto de templo que finalmente no se llevó a cabo. A propósito del solar, agrega que en 1927 la biblioteca reclamó una porción del terreno que no le había sido adjudicada pero que había quedado en poder del municipio. Como al pasar, Lovell acota que el descuido de los poderes públicos estaba provocando que el patrimonio se fuera perdiendo. ¹⁰⁸

El proyecto de edificio fue presentado por el Ingeniero Ramón Araya el 21 de diciembre de 1909. Si consideramos el escaso tiempo transcurrido desde la promulgación de

¹⁰⁷ Ibidem, p.10

¹⁰⁸ Id., p. 14

la ordenanza (11 de octubre) podemos inferir que la decisión política de impulsar el proyecto era fuerte. Los planos presentados contemplaban una estructura con capacidad para almacenar 50.000 volúmenes, un amplio salón de lectura que persiste hasta la actualidad y dependencias técnicas y administrativas en el resto del edificio. El presupuesto para construir la versión completa ascendía a 100.000 pesos, pero la Municipalidad no contaba con ese monto, y sólo se acercaba reuniendo títulos consolidados de deuda (tanto municipal como provincial).¹⁰⁹ Por ello, el proyecto original fue recortado en algunos de sus aspectos menos urgentes, como una fachada más elaborada y la casa “para el bibliotecario”. El 7 de septiembre de 1910 fue la fecha elegida para la colocación de la piedra fundamental precisamente porque era el aniversario de la creación de la Biblioteca Nacional. Ese espejo era el que elegía el naciente proyecto para mirarse, más que en las sencillas bibliotecas populares del interior. En el año 1913, cuando Juan Álvarez presentó su Segunda Memoria como Director, hizo una retrospectiva de ese momento, reconociendo que las expectativas respecto de la concreción del proyecto no eran las más auspiciosas.

Cuando acepté, AD HONOREM, el cargo de Director de la Biblioteca en Diciembre de 1910, la hoy floreciente institución, era un simple proyecto acerca del cuya existencia se formulaban las más pesimistas previsiones. Los que, concediendo mucho, admitían que pudiese la Municipalidad construirle un edificio, anticipaban el vaticinio de que no habría lectores y que la casa serviría exclusivamente para mostrarla a los viajeros ilustres de paso por la ciudad. A decir verdad, los elementos disponibles no parecían favorecer gran cosa la empresa, el terreno estaba ocupado por una caballeriza; la situación económica del momento obligaba a la Municipalidad a desatender servicios urgentes por falta de dinero; y no había en la ciudad otro precedente, que el de la Biblioteca Popular alojada en los altos del Mercado Central, después de treinta años de meritoria e infructuosa labor.¹¹⁰

El acta de fundación, firmada por los presentes, se enterró junto con la piedra fundamental; este procedimiento -bastante habitual en la época- expresaba cierto compromiso de cumplimiento; desde el presente casi podríamos verlo como una cápsula del tiempo porque constituye una instantánea del microsistema de poder político de la ciudad

¹⁰⁹“Para esta construcción sólo se disponía de 20.171 pesos en títulos de la deuda consolidada de la provincia, a los que agregó la intendencia, por Decreto del 31 de Diciembre de 1909, otros 20.000 de la deuda consolidada municipal y otros 10.000 en efectivo reforzados en 50.000 más por Decreto del 20 de Abril de 1911” Alfredo Lovell, Op. Cit., p.15.

¹¹⁰ Juan Álvarez, Nota “Al Sr. Intendente Municipal...” Op, Cit.

que se representa su propia misión de cara a un futuro en el que las generaciones venideras juzgarán su desempeño. El 28 de septiembre de 1910 se realizó la apertura de los sobres para la concesión de la obra, que se inició en esos días y fue entregada el 24 de mayo de 1911, es decir, un poco menos de 8 meses. Nuevamente, y tal vez no por casualidad, la biblioteca quedaba integrada simbólicamente al aniversario de la Revolución. La entrega del edificio terminado fue ocasión para una tertulia. Comenta Lovell que “la Intendencia Municipal invitó a los vecinos a visitar el edificio y la Dirección obsequió con un té a las familias más destacadas de la ciudad”¹¹¹

Es de destacar que la biblioteca fue uno de los primeros edificios proyectados *ad hoc* para el servicio que iba a prestar. La mayoría de las bibliotecas existentes funcionaban en locales que habían sido construidos con otros fines y se habían adaptado para ese destino agregando estanterías y salas con mesas para la lectura.¹¹² El único antecedente -al menos el que Juan Álvarez reconoce como tal – es la Biblioteca de Paraná. Esta circunstancia establecía una gran diferencia con los proyectos precedentes, ya que daba cuenta de una perspectiva mucho más profesional sobre el espacio, sus usos y especificidades y le otorgaba cierta garantía de permanencia.¹¹³ En este sentido, Lovell detalla con entusiasmo las contrataciones realizadas para completar las instalaciones del edificio luego de su entrega, como las estanterías -realizadas en estructura de hierro y estantes de vidrio- y la calefacción e iluminación. Se incluyó entre las compras una “estufa de desinfección”, adquirida en París, que sin embargo no dio el resultado esperado.¹¹⁴ Asimismo, los muebles destinados a la sala de lectura fueron pensados para invitar al lector a “permanecer largo tiempo en un ambiente tan sereno, cómodo y simpático.” Lovell se detiene especialmente en describir los adornos que cuidadosamente se habían elegido para decorar el ingreso y las salas y brindar un entorno “verdaderamente estético”. Los objetos seleccionados estaban plagados de referencias al arte clásico y antiguo:

Trasladémonos al año 1912: a nuestra vista y antes de entrar en la Biblioteca se nos presenta el portón enrejado alumbrado con dos poderosos arcos voltaicos y debajo de

¹¹¹ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.18.

¹¹² Javier Planas, Op. Cit., p.24/5.

¹¹³ *Libro copiator*, Tomo I, nota 366, s/f. La Biblioteca de Paraná es una biblioteca popular de las más antiguas del país (1873) Originalmente fue instalada en el edificio del Normal I, y tuvo que mudarse en cinco oportunidades hasta que en 1907 se decidió la construcción de un edificio propio que se financió gracias a una colecta de los vecinos. Se inauguró para los festejos del Centenario.

¹¹⁴ Alfredo Lovell Op. Cit., p. 21.

ambos, en cada una de las columnas una chapa de bronce con el horario diurno, una, y con el nocturno, la segunda. Frente a la plazoleta, el jardín que conduce al vestíbulo alumbrado en su parte central por otros dos poderosos arcos voltaicos y un plafonier de cuatro luces en el pórtico. A la izquierda del jardín y en su parte delantera una VENUS GENITRIX y a la derecha y más hacia el fondo una BACANTE Y SATIRO JOVEN. Ambas, entre palmeras, arbustos, rosales, jazmines y césped. (...) Al entrar en el gran salón de lectura y actos públicos, la puerta vidriera que conduce al mismo ostenta en grandes letras de porcelana la máxima CONOCER ES AMAR, a la izquierda, e IGNORAR ES ODIAR, a la derecha (...) Penetrando en el salón, lo primero que nos llama la atención, a ambos lados del mismo, la ESFINGE EGIPCIA Y EL LEON ALADO DE Nimroud (sic); las paredes ostentan debajo de la estantería los seis relieves asirios de ASSUR-NASSIR-PAL (...) Ornamentan, así mismo, el gran salón, EL DIOS SOL (...), en una vitrina la PIEDRA DE ROSETA (...) y en dos vitrinas el RITUAL FUNERARIO EGIPCIO o LIBRO DE LOS MUERTOS.¹¹⁵



Sala de Lectura

¹¹⁵ Alfredo Lovell, pp 23 y 24. (Las mayúsculas están en el original)

Evidentemente, el impacto visual del espacio que buscaba ofrecerse a los lectores y visitantes era un aspecto que se había tenido muy en cuenta -como vemos, el propio Lovell realiza la descripción desde esa perspectiva-, probablemente por inspiración de Álvarez. La intención manifiesta era la de ofrecer un lugar cómodo y bello donde los lectores se sintieran a gusto mientras disfrutaban de las grandes creaciones del arte; hoy podríamos agregar que todos esos objetos y cuadros funcionaban como guiños que referenciaban tanto al tipo de bagaje cultural sobre el que se asentaba la propuesta como al capital cultural de sus creadores, a la vez que formaban parte de una estrategia pedagógica orientada a ilustrar a un público poco familiarizado con estas expresiones. En este sentido, debe haber sido un poco intimidante entrar a la sala de lectura y encontrarse con esas esculturas de semejante tamaño, pertenecientes a culturas y épocas tan distantes para esta ciudad, que hasta hacía muy poco era una aldea. Veamos como ejemplo las palabras que dedicó un poeta local a estas imágenes de la sala de lectura que evoca como impregnadas en su memoria:

La esfinge fabulosa y arrogante
 en su interior acecha
 y recordando legendaria fecha
 acertijos propone al visitante;
 y el alado león con rostro humano
 lleno de gravedad y de misterio
 narra, con soberano
 gesto, las glorias del asirio imperio...¹¹⁶

La idea de que una biblioteca necesitaba un edificio específico se había iniciado en Europa y Estados Unidos a lo largo del 1800, como desarrollo de los principios de “racionalidad funcional” a los que se sumaba la función propedéutica y política heredada de la Revolución Francesa según la cual la biblioteca debía ser el foro de los ciudadanos.¹¹⁷ Donde más se podía innovar era en el nuevo continente, cuyos ejemplos revelan el inicio de una era de construcción de “palacios para los libros”.

(...) más allá de cumplir con el imperativo funcional, la biblioteca era un edificio representativo, en el que las referencias a la Antigüedad y a la tradición intelectual brindaban lo esencial del repertorio estilístico (ya fuera desde el punto de vista arquitectónico, con los

¹¹⁶ Ecio Rossi, *Ingenuidades*, Rosario, Imprenta Bitteti, 1935, p.45.

¹¹⁷ Frédéric Barbier, *Historia ...Op. Cit.*, p.383 y ss.

frontones y columnatas, o desde el punto de vista decorativo, con las estatuas y figuras, siempre encabezadas por Minerva).¹¹⁸

Mientras avanzaba la construcción del edificio, el Concejo Deliberante dictó la Ordenanza n° 76, que dotaba de organización a la naciente institución. En el primer artículo se dejaba establecida la autonomía de la biblioteca, asignándole un capital fijo anual a entregarse en cuotas, que sería administrado por un director, figura que se presenta como clave y concentra todas las decisiones ya que administra los fondos, contrata al personal, orienta el rumbo de la colección y tiene potestad para resolver acerca de los actos a realizarse en la sala de lectura.

Las especificaciones sobre las funciones del director fueron redactadas al otro día de haber acordado que ese cargo sería ocupado por el autor de la idea, Juan Álvarez.¹¹⁹ Inmediatamente de haber sido nombrado, Álvarez puso manos a la obra para conseguir la personería jurídica de la institución, que era la llave para su ansiada autonomía, ya que le permitió escriturar el terreno y el edificio. Una vez alcanzado este paso, se dedicó a redactar el reglamento que regiría a la biblioteca.

El reglamento (aprobado por el Concejo el 20 de abril de 1911) incluye tres aspectos considerados esenciales para la estructura de la institución: el orden del material bibliográfico, las finanzas y los servicios. Los primeros puntos refieren a los catálogos y la disposición en el estante para pasar a ocuparse de la autonomía y la administración de los fondos. La biblioteca podía generar sus propios recursos haciendo rendir su capital o vendiendo algunos servicios como encuadernaciones e impresiones. En los artículos siguientes se especifican las funciones del director (las mismas que ya le había otorgado el Concejo Deliberante) y las del bibliotecario, cargos que a esta altura ya tenían nombre y apellido.

¹¹⁸ Ibidem, p.384

¹¹⁹ Juan Álvarez tuvo que renunciar a su cargo como Secretario de la Intendencia para asumir el nuevo cargo de Director. En (Nota de la Redacción) “La Secretaría Municipal. La Biblioteca Argentina” en *El Municipio*, Rosario, 06 de diciembre de 1910. Por otra parte, la Ordenanza N° 76 del 30 de noviembre de 1910 especifica las funciones del Director: “Art.1º: A fin de dotar de autonomía a la Biblioteca Argentina, destinase para su sostenimiento y con carácter de capital propio de la institución la suma de cincuenta mil pesos moneda legal que el D.E. entregará a su Director en cuotas anuales de seis mil pesos m/n dentro del primer trimestre de cada año. Art. 2º: el Director de la Biblioteca Argentina será nombrado por el Intendente Municipal con acuerdo del H, Concejo Deliberante y desempeñará sus funciones ad-honorem.” Ordenanza n° 76. Citado por Alfredo Lovell, Op.Cit., p. 26.

Entre el 24 de mayo de 1911 -fecha de entrega del edificio- hasta el 27 de mayo de 1912 hubo un ritmo febril de trabajo de estas dos personas, a las que se sumó un ayudante contable: *constantemente se veía al director y al bibliotecario encorvados, ya haciendo papeletas, ora notas y más notas o catalogando.*¹²⁰La apertura al público se efectivizó el 27 de mayo y se dejó el acto oficial para más adelante.

Señala Lovell que *el 24 de julio de 1912, a las 9 de la noche, fue inaugurada oficialmente la BIBLIOTECA ARGENTINA, cuyos salones viéronse concurridos por lo más selecto de la sociedad rosarina (...)* Unas líneas más arriba, destacaba que *reflejó gran honor sobre la institución el hecho de que fuera el fundador de la Universidad de La Plata quien tomara a su cargo el padrinazgo espiritual, el erudito doctor Joaquín V. González, quien trazara los grandes rumbos a la cultura nacional.*¹²¹Su intervención fue prácticamente el centro de la velada, secundado por el Dr. Nicolás Amuchástegui, representante de la intendencia. En referencia a esto, Lovell recuerda que (...) *El Dr. Joaquín V. González leyó su conferencia LA BIBLIOTECA Y LA CULTURA PUBLICA, de la cual se extrajo el lema “Conocer es amar” e “Ignorar es odiar”, ya mencionados.*¹²²No hay más detalles sobre el evento. Una foto de la comitiva, sin epígrafe, ilustra estas líneas. En la compilación de documentos que ya hemos mencionado, se incluyen además algunas notas que testimonian el particular interés que tenía Juan Álvarez en contar con la presencia de Joaquín V. González; también se incluyen recortes de prensa que dan cuenta de la repercusión del evento del 24 de julio y del banquete de la noche del 25 ofrecido en honor del ilustre invitado en el Savoy Hotel.¹²³

En la Segunda Parte de sus memorias, bajo el título EDIFICIO-INSTALACIONES-MUEBLES Y UTILES, Lovell narra las modificaciones que fue sufriendo el edificio original. Los pedidos elevados a la intendencia reafirman que desde un principio hubo problemas de espacio, lo que las provocaba que las dependencias fueran cambiando de función para adecuarse a las necesidades. Ya desde 1917 se solicitaron fondos especiales para la construcción de un galpón depósito para el guardado de material bibliográfico, que más tarde será utilizado como taller de imprenta. El jardín interior, proveedor de aire y luz,

¹²⁰ Ibidem, p. 30

¹²¹ Id., p.32

¹²² Id., p.33 (las mayúsculas están en el original)

¹²³ Se conservan además los borradores de los discursos de ambos oradores.

fue destinado a sala de niños en 1929 durante la dirección de Camilo Muniagurria, siendo la única reforma que pudo hacerse ante la falta de presupuesto. En realidad, se había proyectado una reforma más ambiciosa, pero finalmente solo pudo concretarse ese punto.¹²⁴

Luego de unas páginas ilustradas con fotografías de los distintos ambientes del edificio, serenos y desiertos, Lovell pasa a detallar cuestiones técnicas referidas a las instalaciones. Por ejemplo, como al pasar, menciona que

(...) “la Dirección consiguió que la Municipalidad corriera con los gastos del alumbrado, y aun cuando en 1912 y en 1925 se negó a abonar a la Compañía de Luz Eléctrica las cuentas relativas al consumo de energía eléctrica de la Biblioteca, accedió al fin; pues de lo contrario la institución se hubiera visto obligada a modificar el horario y a suspender todas sus actividades por la noche.”¹²⁵

La instalación eléctrica del edificio quedó obsoleta a los pocos años y en 1928 se solicitó a la Compañía una reforma que no se pudo llevar adelante por falta de recursos. Empezamos a ver las limitaciones de este proyecto en cada punto del relato. Por ejemplo, la calefacción estaba en 1937 en las mismas condiciones que en 1910, y la biblioteca no podía actualizarla ni tampoco usarla demasiado porque “su presupuesto no se lo permitía, pero, sí, (la usaba) mucho, *El Círculo*, quien siempre costó el gasto que ocasionara”.¹²⁶

En 1928 se culminó la construcción de un segundo nivel de estanterías en la sala de lectura, haciendo juego con la existente. Sin embargo, en 1937 Lovell reconoce que

Desde hace dos o tres años, se carece de lugar en las estanterías; no se dispone ni de un solo hueco, existiendo por esta causa varios cientos de volúmenes amontonados en armarios y en las piezas interiores. Finalmente, en 1936, se encomendó a Salvador Martoccia la construcción de una estantería de 9 metros de largo por 2.50 de alta y 0.40 de fondo, destinada a contener parte de los diarios y algunos libros, con lo que se evitó el deterioro de alguna colección valiosa.”

Siempre con el objetivo de ofrecer actividades pedagógicas, en 1925 se solicitó al Concejo una partida especial de \$1000 para la instalación de un aparato de radiotelefonía,

¹²⁴ Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 34.

¹²⁵ Ibidem, p.38.

¹²⁶ (Agregado entre paréntesis es nuestro). Cabe mencionar que la Asociación *El Círculo* utilizó las instalaciones de la Biblioteca desde sus inicios hasta 1943, cuando compró su propia sala. Más adelante comentaremos en detalle este vínculo.

monto que nunca fue aprobado. Sin embargo, el aparato se adquirió de todas formas, con fondos propios de la biblioteca. La idea era aportar a “la cultura general de la población”:

Podría recibirse para el público todas las manifestaciones de orden didáctico, científico, artístico emanadas de los centros culturales del país y del extranjero; las sesiones del Congreso Nacional, las conferencias de las distintas instituciones, las informaciones de índole comercial, las noticias de los hechos importantes publicados por la prensa diaria, etc. podrían ser transmitidas directamente para los oyentes que concurren a la Biblioteca.

Sin embargo, las instalaciones nunca funcionaron satisfactoriamente y no pudieron ser utilizadas para estos fines. En 1931 las hicieron revisar y los técnicos dijeron que eran muy antiguas para repararlas y que hacía falta un sistema nuevo. El equipo se había adquirido en 1927. El caso del cinematógrafo fue más exitoso, por algún tiempo:

En 1913, apenas nombrado Director de la Biblioteca, el Dr. Muniagurria deseó completar en lo posible la misión a la que está destinada la Biblioteca por su índole y por sus tendencias relativas a la difusión de la instrucción colectiva. Creyó oportuno adquirir para usos didácticos un cinematógrafo (...) para que pudieran ser destinadas a sesiones amenas e instructivas, capaces de constituir por sí solas, un verdadero plan metódico y completo de instrucción general. (...) El éxito respondió a la esperanza: los salones de la biblioteca se vieron concurridísimos por un público heterogéneo, respetuoso y culto, que aprovechó con verdadero placer las horas de esparcimiento y agradable instrucción que el cinematógrafo puede ofrecer.¹²⁷

Detengámonos por un momento en el sentido que imprime Lovell en este repaso del edificio y sus instalaciones. La adquisición del terreno, la elaboración del proyecto, la licitación, fueron realizadas en tiempo récord para la magnitud de la obra. Hay que pensar que desde el minuto cero (septiembre de 1909) hasta la apertura al público (27 de mayo de 1912) pasaron apenas 20 meses en los cuales se construyó el edificio, se colocaron las estanterías y las mesas de la sala, se reunieron los libros y objetos y se elaboró el catálogo. Esto último, que suena sencillo, implica un arduo trabajo técnico y administrativo, y fue llevado adelante por él y Juan Álvarez. Lovell estaba a cargo de la elaboración del inventario y Álvarez de todo lo demás.

¹²⁷ Id., p.41. Lovell agrega más adelante que las funciones fueron suspendidas “por carecer de recursos y por no haber encontrado siempre la colaboración de quienes pudieron haber cooperado a un fin tan educativo.”

Esta característica le otorga a este periodo inicial – y también a los posteriores- el halo heroico de las empresas individuales. Porque por más que hayan intervenido muchas personas, la idea y la ejecución inicial corresponde a Álvarez –y obviamente también a Lovell- que estaba presente en cada uno de los detalles. Podemos ver que las bibliotecas del periodo tienen en general otro origen, en algunos casos colectivo y en otros institucional. Las bibliotecas populares, por su parte, surgieron de la ley Sarmiento que impulsó la creación de asociaciones, es decir, de un grupo de personas, por lo general los notables de la comunidad, que a su vez elegían un presidente y las demás funciones. En cuanto a las bibliotecas públicas, éstas –como vimos- escaseaban, y dependían de alguna otra institución, generalmente educativa. La combinación de biblioteca y gobierno comunal era original, fundamentalmente para el interior, y articulaba el modelo que se generalizó en Francia en la segunda mitad del siglo XIX y el anglosajón. En el caso francés, las bibliotecas municipales fueron las receptoras de gran parte del patrimonio bibliográfico expropiado a la aristocracia del Antiguo Régimen y de ahí nace la figura del bibliotecario como “guardián” del acervo, transformando a las bibliotecas públicas en bibliotecas de conservación.¹²⁸ Esta situación particular fue producto de un contexto que no se repitió en otros casos, pero generó una red de bibliotecas muy extendida que sirvió de modelo. En el caso británico y norteamericano, las bibliotecas públicas formaban parte de un sistema descentralizado y consistían en una combinación de subsidio estatal y fines filantrópicos con el objetivo ofrecer una opción educativa a las clases obreras en sus momentos de ocio, alejándolas de otros entretenimientos menos edificantes.¹²⁹ Pero más allá de las intenciones y objetivos de sus creadores, lo cierto es que el modelo de biblioteca municipal era un tipo de institución que si bien acá no estaba tan extendido era muy común en otras latitudes.¹³⁰

En este marco, la enumeración que ofrece Lovell–donde conviven tanto los depósitos de libros como el aparato de cinematógrafo- traza un panorama general de la propuesta y proporciona elementos para evaluar el apoyo económico recibido. Por un lado, como dijimos

¹²⁸ A. M. Chartier y J. Hébrard, *Discursos ...* Op. Cit., pp.122 y subs.

¹²⁹ Martin Lyons, Op. Cit., pp.500 y ss

¹³⁰ El desarrollo de las bibliotecas en Francia del siglo XIX fue importante, pero no contaba con el financiamiento de mecenas –como en el caso de Estados Unidos- y las contribuciones de las fundaciones privadas era bastante modesto. Además, el hecho de contar con un porcentaje alto de la población instalada en zonas rurales era un dato que complicaba la difusión de estas instituciones. Estados Unidos, por el contrario, se presenta como una civilización “de ciudades”. A.M. Chartier y J. Hebrard, *Discursos...* Op. Cit., pp.115 y ss.

más arriba, da la impresión de que el proyecto estaba impregnado de tal voluntad pedagógica que no quedaba resquicio que no la manifestara, desde el jardín de ingreso con sus estatuas, las distintas dependencias, la sala de lectura con esculturas y objetos artísticos e históricos, y luego el aparato de radiofonía y el cinematógrafo estaban inspirados en el mismo espíritu. Pero al mismo tiempo nos encontramos con recursos que no alcanzan, no llegan, no se cumplen; podemos advertir que esta situación contrasta fuertemente con lo expeditivo de las etapas iniciales del proyecto, cuando la disponibilidad de fondos para la puesta en marcha de la construcción del edificio y de sus instalaciones daba cuenta de la voluntad política de hacerlo. Hubo, también, colaboración de privados en la donación de objetos, cuadros y hasta muebles; pero en donde más se manifestó ese aporte fue en los libros, en la formación de la colección.

-Libros y catálogos: la formación de la colección

Lovell nos guía a través de este proceso inicial de organización, a través del cual en pocos meses hubo que tomar rápidas decisiones en torno al caudal de libros que iban ingresando y a los que había que dar destino rápidamente.

En primer lugar, todos los libros se anotaban en el Libro de Registros, junto a su procedencia. Este dato es importante desde el punto de vista organizativo, porque da cuenta de la existencia de estrictos criterios bibliotecológicos y a la vez nos permite a nosotros ver si el libro fue comprado o donado, y sacar algunas conclusiones con esa información. Como hemos visto, en general las bibliotecas tenían un pronunciado déficit en cuestiones técnicas fundamentalmente porque no contaban con personal especializado: contar con personal formado era más la excepción que la regla. En nuestro país todavía faltaban muchos años para que la formación bibliotecológica se transformara en un saber técnico especializado, y lo habitual era que cada biblioteca hiciera adaptaciones de reglas generales de organización en lo que influía mucho la cantidad de personal y el tamaño de la colección. En el caso de las bibliotecas populares, el mismo Boletín que informaba el accionar de la Comisión Protectora no hacía demasiado hincapié en las instrucciones técnicas e impulsaba que cada institución lo resolviera del mejor modo posible.¹³¹ La Biblioteca Nacional, por su parte, había publicado

¹³¹Javier Planas, Op. Cit., pp.110 y ss. Más adelante trataremos el caso rosarino.

su Catálogo Sistemático en 1893 para brindarlo como referencia, pero muchos consideraban que la organización no era uno de sus fuertes.¹³²

En este sentido Álvarez fue estratégico en la contratación de Lovell ya que esto le garantizaba una apropiada organización desde los inicios. Al mismo tiempo, no era partidario de los virtuosismos técnicos y prefería una organización sistemática que ante todo facilitara el acceso al lector.

Los libros no están al alcance del público, ni se permite sacarlos de la Biblioteca. Al entrar, cada lector debe llenar un boletín como el que se agrega, y presentarlo al Bibliotecario escribiendo el número del asiento que elija. A ese asiento se le lleva el volumen solicitado.

Como hasta hoy no se ha logrado uniformar los múltiples sistemas de clasificación por materias, la división del catálogo se ha hecho persiguiendo soluciones prácticas. No hay interés alguno en que los lectores o el Bibliotecario comprueben que la clasificación se ajusta a un orden rigurosamente científico; lo importante es que cualquiera que vaya en busca de un libro, lo encuentre rápidamente. Y, puede considerarse obtenido ese resultado ya que, desde que se pide un libro en la Biblioteca Argentina hasta que el lector lo consigue, rara vez transcurre más de dos minutos. Con otros sistemas de clasificación y colocación en los estantes, lo frecuente es que exceda de veinte minutos promedio.¹³³

Álvarez consideraba a la clasificación decimal como “un fracaso” por las complicaciones que generaba. Sin embargo, sin aplicar métodos demasiado sofisticados, la organización y catalogación del material fue una de las tareas centrales de esos primeros años

¹³² “Comienzan en esa época los años dominados por Paul Groussac, quien ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional desde 1885 hasta 1929. Groussac podrá tener algunos méritos literarios, todo lo brillante que se quieran, pero es hoy muy discutido por sus publicaciones históricas y es un hombre que ni se preocupó ni quiso preocuparse de la bibliografía nacional u otra; quedó contento y satisfecho con aplicar la clasificación de Brunet y dejar que los libros mal fichados y catalogados se alejaran del público, que no tienen cómo conocerlo hasta la fecha. Los Catálogos de la Biblioteca Nacional, tardíos y atrasados, como la mayoría de los catálogos impresos aún por las grandes bibliotecas del mundo, requieren más tiempo para su manejo que el que disponga cualquier lector para una investigación en sí misma”. Teodoro Becú, *La bibliografía en la República Argentina*, citado en Mario Tesler, *Paul Groussac...* Op. Cit., p.50.

¹³³ Juan Álvarez, Nota “Al Sr. Intendente Municipal, Dr. J. Daniel Infante” ...Op. Cit., Anexo 4. Se incluye en esa compilación un conjunto de fichas de cartulina provenientes de distintas bibliotecas (de la Facultad de Ciencias Médicas y de la Universidad de Buenos Aires, del Ministerio de Obras Públicas) junto a fichas del catálogo de autores pertenecientes a la Biblioteca Argentina así como boletas para lectura en sala del British Museum. También se incluyen apuntes manuscritos realizados por Álvarez relativos a la organización, tales como: “*Biblioteca Nazionale de Milano: La clasificación es por sustantivos y no por sistema (enciclopedia) La colocación por tamaños. En 1886, el gobierno italiano resolvió facultar a las 30 y tantas (38?) bibliotecas nacionales de Italia a intercambiar libros entre sí, por correo. El registro es sencillísimo.*” En un rincón de la hoja, Álvarez anota: “*Proponer a Groussac, a la Universidad de Córdoba, Colegio Nacional, Facultad de Medicina, etc.*”

y Lovell dedica varias páginas a detallar este procedimiento que evidentemente le apasionaba ya que era un terreno en el cual podía dejar su impronta. Previo a explicar algunas cuestiones técnicas, Lovell comenta que la primera modificación a la clasificación metódica fue realizada en 1913 “por el clínico Dr. Clemente Álvarez, teniendo para ello presente el número y clase de obras de medicina que se poseía en aquella época”, agregando que “fue dividida en 22 subgrupos.” Más adelante, se optó por adaptar el modo de catalogación utilizado por la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, del cual resultaron tres grandes grupos (Obras Generales; Diccionarios-Enciclopedias; Congresos-Sociedades- Etc.) con 572 subdivisiones. La gran cantidad de material médico de esa época ha dejado sus huellas; hasta el día de hoy subsisten las gavetas del fichero general dedicadas a *Higiene y Tuberculosis*, como apartados específicos por fuera de las otras gavetas más generales de temas médicos.

Con respecto a la colección general, en un principio se confeccionaron tres catálogos (alfabético, numérico y de materias) pero luego se hicieron fichas para proporcionar al público “que diariamente concurría en proporción ascendente” y así evitar el deterioro de los listados. Según explica Lovell, la división por materias se fue modificando de acuerdo al uso y al tipo de material que ingresaba a fin de lograr mayor practicidad en la búsqueda del libro.

A continuación, Lovell ofrece uno de los tantos listados elaborados por él, en este caso dando cuenta de la entrada anual de libros. Podemos observar que la provisión más importante se hizo al inicio, ya que en el año 1911 se reunieron 7.131 libros. En 1912 fueron un poco menos (6.317) y luego la cantidad baja notoriamente a 2.095 para luego mantenerse en los años siguientes en un promedio de 1.110 libros. Los años 1918 y 1919 son los de menor cantidad de ingresos (un poco más de 500). Para el final del período hay un total de 47.584 libros.¹³⁴ Lovell reconoce que una alta proporción procedía de donaciones, que habían sido gestionadas desde la propia Dirección:

Desde un principio fue la institución favorecida con múltiples donaciones de libros. En 1911, se envió cientos de notas en diversos idiomas (inglés, francés, italiano y castellano) solicitando publicaciones oficiales a Universidades, Academias, Municipalidades, etc. lo que dio óptimo resultado. Con miles de volúmenes enriqueció la Biblioteca sus anaqueles, procedentes de distintas entidades (...)

¹³⁴ Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 62.

Cientos, miles de escritores y de Reparticiones públicas regalaron libros y revistas, alguno, su biblioteca o parte de ella. Cabe mencionar, entre otros a Doña Isabel M. de Carrasco que donó 116 volúmenes valorizados en 4.782 \$; Dr. Juan Álvarez, 630 volúmenes en 2,903\$; Club Social, 449 volúmenes en 4.818\$, Escuela Nacional de Comercio, 120 volúmenes en 1.200 \$, Don Cornelio Casablanca, 118 volúmenes en 1.066 \$; Congreso de Diputados (España) 430 volúmenes en 4.290 \$, Municipalidad de Rosario, 1521 volúmenes en 6.377 \$. (...) ¹³⁵

Tanto la donación de la Municipalidad como la de Juan Álvarez incluyeron numerosas publicaciones referidas a temas médicos: higiene, diabetes, higiene pública, obstetricia, patología quirúrgica, etc. A su vez, la Facultad de Medicina de Buenos Aires donó 305 libros. Estas publicaciones no podrían ser definidas como el clásico material de divulgación –que también lo hubo- sino que eran bastante específicas, orientadas a temas complejos y con vocabulario profesional, e incluyeron además gran cantidad de ejemplares en francés en ambas donaciones; esto explica la intervención de Clemente Álvarez en la clasificación. Con respecto al lote donado por Álvarez podemos inferir que formaban parte de la biblioteca familiar que incluía libros pertenecientes a la época de formación profesional de su hermano.

Entre los primeros 10.000 libros podemos afirmar que la proporción fue de aproximadamente un 30% de compras frente a un 70% de donaciones. Las compras, por su parte, fueron efectuadas en grandes lotes a libreros locales y extranjeros que ofrecían descuento por cantidad. ¹³⁶ En su mayor parte las donaciones versaban sobre temas de derecho, historia y literatura universal, además de los consabidos documentos oficiales. Obviamente, como mencionamos, el material donado por la Facultad de Ciencias Médicas estaba formado exclusivamente por tesis e informes relativos a temas propios de la disciplina. Veamos qué sucedía con las compras. En este primer lote de 10.000 libros, las compras suman 2769 y dentro de ellos hay un predominio claro de la literatura, la filosofía, el ensayo sociológico, la historia y manuales de oficios (cerrajería, carpintería práctica, instalaciones eléctricas, etc.)

¹³⁵ Ibidem, p. 60. Sigue luego el detalle de objetos artísticos y otras curiosidades donadas por distintas personalidades a la Biblioteca.

¹³⁶ *Libro de Registros*, Tomo I. 4.

Una parte de las compras de libros eran realizadas en librerías de Buenos Aires y a veces en el extranjero, donde se compraba con descuento.¹³⁷ Llama la atención que entre las compras realizadas se incluyó una considerable proporción de obras en otro idioma, principalmente en francés y algunos en inglés e italiano. Entre ellos predomina la literatura y la historia –como en el total general- pero también encontramos algunos referidos a temas médicos, tales como higiene, enfermedades pediátricas y anatomía.¹³⁸

Deberíamos entonces preguntarnos por el mercado de libros en estos años; en este sentido, vale aquí acercarse al aporte de Beatriz Valinotti para agregar algunas variables.¹³⁹ La autora - que ha investigado sobre las ediciones a principios del siglo XX- señala que en esas décadas lentamente se fue poniendo en marcha la industria editorial local dado que hasta entonces el modo habitual de acceder al material impreso consistía en la importación desde España o París. La literatura no era de circulación corriente y lo más accesible para la mayoría eran los folletines publicados en los diarios, que sí tenían grandes tiradas; el libro seguía siendo un artículo de lujo que no estaba al alcance de cualquiera y tampoco representaba un buen negocio a menos que se tuviera una gran capacidad instalada. En este sentido, uno de

¹³⁷“Libreros del país: Espiasse y Cia. Florida 16, Buenos Aires. 20% de aumento (SIC) sobre el precio de catálogos franceses (enero 21 de 1911) Librería Italiana “Dante Alighieri”. Florida 344. Buenos Aires. \$0.60 por lira, puesto en Rosario (varias facturas) Arnoldo Moen y Hno. Florida 323, Buenos Aires. 10% descuento sobre precio corriente. Maucci Hnos. e Hijos. Rivadavia 1435, Buenos Aires, descuento 20%. Juan Roldán. Florida 418, Buenos Aires. Descuento sobre catálogo de 10% a 30% (catálogos argentinos). Jacobo Peuser. Rosario. Descuento sobre precio corriente, 10%. Georgino Linares. Rosario. Idem. “La Nación”. Buenos Aires, Descuento 50% sobre precio de su biblioteca. Adolfo Grau. Defensa 621, Buenos Aires (fallos) Descuento 25%, más 20% de bonificación sobre saldo. J.E. Hall y Cía. Perú 143. Buenos Aires, Descuentos 10, 20, 25%. Librería Europea (ex Jacobsen) Bartolomé Mitre 2010. Buenos Aires. Bonificación 10 a 20% sobre catálogos argentinos. Valerio Abeledo, Moreno 490, Buenos Aires. Libros de historia, 10%. Id. de Derecho, 15. % s/catálogo argentino. The English book Exchange. Rosario. \$0.75 por chelín, sin conducción.” Al dorso de esta página se incluyen también algunos datos sobre librerías del extranjero. En *La Biblioteca Argentina...* Op. Cit., s/p.

¹³⁸Los primeros 10.000 ingresos constan en el registro correspondiente, entre compras y donaciones. Veamos un rápido repaso por estas primeras compras: en literatura podemos encontrar Emile Zola, la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*, Alejandro Dumas, Conan Doyle, Miguel Cané, Flaubert, Balzac, Cervantes, Stevenson, Víctor Hugo, Paul Feval, Homero, Plutarco, Virgilio, Quevedo, Aristófanes, Calderón de la Barca, Jenofonte, Shakespeare, Tasso, Tolstoi, Dostoievski, Amicis, Moratín, Racine, Jovellanos, Juan Valera, Benito Pérez Galdós, Francisco Pi y Margall, Perrault, Lammartine, Tirso de Molina, Carlos O. Bunge, *Orlando Furioso*, Jacinto Benavente. Entre las obras de filosofía encontramos Nietzsche, Schopenhauer, Proudhon, Rousseau, Goethe, San Agustín, Platón, Descartes, Kant y Fichte. De sociología Spencer, Comte, *El feminismo en las sociedades modernas* de Edmundo González Blanco y ensayos de Sarmiento. En cuanto a los textos de historia hay Carlyle, Historia Antigua, e *Historia General de España* de Modesto Lafuente. En cuanto a los textos políticos encontramos *Acción socialista* de Jean Jaurés, *La defensa de los trabajadores* de Kautsky y obras de Cicerón. Por otro lado, obras de Darwin y Atlas varios. *Libro de Registros*.

¹³⁹ Beatriz Cecilia Valinotti “La edición de libros en Argentina a comienzos del siglo XX. Primeras aproximaciones”, *I Jornadas sobre la historia de las políticas editoriales en Argentina* / compilado por Antonio Dziembrowski; coordinación general de Florencia Ubertaini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2019, pp.168-176.

los primeros emprendimientos exitosos fue el que llevó adelante el diario *La Nación* con la presentación de su biblioteca de obras clásicas de autores nacionales y extranjeros a precios accesibles, aprovechando no sólo su estructura técnica sino de distribución.¹⁴⁰ Este proyecto fue pionero y obtuvo gran respuesta del público, por lo que se animaron otros emprendimientos tales como los de Ricardo Rojas, José Ingenieros y Manuel Gálvez: la “Biblioteca Argentina”, “La Cultura Argentina” y las ediciones de la Cooperativa Editorial Buenos Aires, respectivamente. La rápida difusión de estos libros de bajo precio y amplia distribución acompañaba el fenómeno de crecimiento del universo lector en la sociedad argentina y puede decirse que estaban en sintonía con el espíritu pedagógico que animaba a los impulsores de la Biblioteca. Pero -como sostiene Valinotti- estas colecciones constituyen sólo una parte del fenómeno editorial, porque también hay que incluir las publicaciones más económicas -que se vendían por pocos centavos- tanto de literatura criollista como de temas científicos y de interés general, así como los manuales escolares, la novela rosa y también experiencias editoriales de izquierda, todos formando parte de esta nueva demanda de la palabra impresa destinada a públicos diversos.

¿Y qué pasaba en Rosario? Hemos indicado la existencia de varias librerías en la ciudad en las cuales la biblioteca realizaba sus compras, si bien muchas se realizaban en casas de Buenos Aires. ¿Qué tipo de libros se ofrecían? Veamos lo que publicó al respecto la *Revista de El Círculo* al momento de anunciar la próxima aparición de una editorial y librería gestionada desde la misma revista, dedicada a temas especializados:

CASA EDITORIAL Y LIBRERÍA que se propone iniciar entre nosotros un intenso movimiento con la publicación de libros y revistas de ciencia y literatura y con la instalación, como complemento integral, de una Librería moderna ampliamente dotada. Rosario, en este punto de vista, es de una pobreza que linda con lo inverosímil. Un caso típico. Hemos acudido, no hace mucho, a una de nuestras más importantes librerías en demanda de ciertas “novedades” con una lista de seis obras: no encontramos ni una. Ese día nos sentimos lamentablemente provincianos, impersonales, y se acendró nuestra fe subversiva de revolucionar a toda costa este indiferentismo, enorme y triste, de la gran ciudad.¹⁴¹

¹⁴⁰ Ibidem, p. 169 y ss.

¹⁴¹ *Revista de El Círculo*, Rosario, verano de 1924, p.4

La descripción es la de un mercado bastante modesto, no tanto en cantidad sino en calidad y bastante desconectado de las novedades editoriales. Pese a ser una “gran ciudad”, la oferta sugería que la demanda no era de lo más sofisticada.

Para mediados de la década del '30 el panorama era mucho más dinámico y había crecido lo suficiente como para que la revista *Monos y Monadas* publicara una nota referida al fenómeno:

Libros...libros...libros. Montañas de papel impreso que encierran el pensamiento inquieto de millares de escritores. Pilas gigantescas de volúmenes que se ofrecen generosamente al posible lector desde el escaparate comercial. (...) ¿Quién compra esos libros? ¿Quién agota esas montañas de versos, novelas, cuentos, ensayos filosóficos, historias y biografías? ¿Es Rosario un mercado libresco? ¹⁴²

El mercado rosarino se había extendido al punto de ofrecer “montañas” de títulos a los ocasionales compradores. El cronista, curioso sobre este nuevo furor, se acerca a interrogar a los libreros acerca de los gustos particulares del público de la ciudad, interesado por saber cuál era la tendencia predominante. El primer comerciante entrevistado no duda en caracterizar al lector rosarino como bastante modesto en sus gastos:

(...) En general he podido advertir (...) que el público de Rosario no sigue determinadas líneas de cultura literaria. Se inclina más bien hacia la producción standard, tipificada hoy en el libro de 0.95 centavos, sin reparar muchas veces en las deficiencias de las traducciones y lo trunco del texto original.

Esta “predilección por el libro barato” también es reafirmada por otro de los entrevistados, que además agrega que una tendencia que ha notado es la de la preferencia por “obras de escritores de la derecha”. También la tendencia a consumir producciones nacionales tiene su explicación en el precio; como afirma otro de los libreros consultados, el libro argentino empezó a tener mucha aceptación desde que se lanzaron las ediciones baratas, entre las que se incluyen Benito Lynch, Ricardo Rojas, José Ingenieros y Carlos Ibarguren. El perfil de la clientela parece bastante conservador y poco dado a invertir grandes sumas, por lo que concluye que “el negocio de vender libros es mucho menos brillante de lo que sería dable suponer en una ciudad tan poblada como ésta.”

¹⁴² (Nota de la Redacción) “¿Se venden muchos libros en Rosario?” en *Monos y Monadas*, 8 de junio de 1934, Año I, N° 2, p.38/9

Otra de las tendencias señaladas era un nuevo interés por las “biografías noveladas” de Emil Ludwig, André Maurois, Stefan Zweig así como de personajes históricos nacionales, tales como la de San Martín por Rojas, la de Juan Manuel de Rosas por Ibarguren y la de Cárcano sobre Facundo; la novela y el cuento, esto es, la ficción literaria pura, ha dejado de interesar “considerablemente”. Nuevamente, el precio es clave en esta preferencia. El último de los libreros consultados sostiene que el rosarino consume de acuerdo con las modas, “como en todas las cosas”, y agrega otro dato: la poesía tiene poca salida, no se vende “ni liquidándolos”.

Volviendo a nuestro tema, la Biblioteca también contaba con la opción de adquirir libros a través de la mediación de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.¹⁴³ Como mencionamos en el capítulo introductorio, la Comisión fue creada como producto de la Ley de 1870. Desde un principio -noviembre de 1910- la Comisión se puso en contacto con la Biblioteca solicitando información y enviando un lote de libros que se demoró porque estaba a nombre de la Municipalidad y anduvo dando vuelta por otras dependencias. En otra oportunidad, la Biblioteca intentó remitir unos montos de dinero para la adquisición de libros pero la Comisión respondió que no le correspondía asistir a la Biblioteca Argentina, porque no era biblioteca popular ni había sido fundada por una asociación ni era sostenida por particulares. Continuó, de todas maneras, enviando lotes de libros periódicamente, pero no accedieron a que la Biblioteca los adquiriera por su intermedio, a pesar de la larga y pormenorizada nota que envió Lovell argumentando sobre la pertinencia de la asistencia.¹⁴⁴ La conveniencia de realizar compras a través de la Comisión consistía en que posibilitaba el acceso a descuentos en grandes librerías y se podía elegir el material. Este procedimiento finalmente pudo llevarse adelante desde 1914, previo envío de informes. De todas maneras, si bien Lovell agradecía el apoyo brindado, en sus memorias insertó algunas consideraciones sobre el funcionamiento general de esta Comisión:

He podido observar que (la Comisión) carecía de una organización conveniente. Recuerdo, a tal efecto, en comprobación de lo expuesto, que en octubre de 1914 le solicité la información más amplia y completa posible acerca de bibliografía argentina, con el objeto de adquirir las principales obras, si no todas, dando así cumplimiento a uno de los fines

¹⁴³Lovell dedica unas páginas a comentar algunos episodios del vínculo que la biblioteca mantuvo con esta Comisión y las ubica entre los recuerdos no gratos.

¹⁴⁴ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.195.

perseguidos por los creadores de la institución. A esta nota correspondió la Comisión con el envío de un paquete ‘conteniendo los catálogos de librería’ como única información disponible (catálogos de algunas librerías de Buenos Aires de esa época).¹⁴⁵

La ventaja de obtener descuentos en las compras de libros a través de la Comisión también traía aparejadas algunas dificultades, que Lovell no deja de señalar, tales como la devolución de ejemplares mal editados o encuadernados caprichosamente en tomos -lo cual aumentaba su precio- y la inclusión en los envíos de libros usados y reencuadernados a nuevo:

La Comisión en vez de haber devuelto secamente la obra al librero Tomás Pardo, aceptó de él excusas que dieron motivo a que le repicara la Biblioteca en 7 de julio de 1930, demostrando tanto al librero como a la Comisión su ignorancia respecto a las ediciones de dicha obra. Análogamente hubo la Biblioteca de devolver libros y rebatir a los libreros por desidia, ignorancia o lo que fuere de la Sección encargada de las compras de la Comisión, según consta en los copiadores de la institución.

La relación que mantenía la Comisión con las bibliotecas de su área le daba potestad para requerir informes y hacer observaciones sobre la organización, que debían ser acatadas para seguir recibiendo los subsidios, pero el caso de la Biblioteca Argentina no terminaba de encajar en los parámetros de las instituciones protegidas, además de que sus directores defendían a rajatabla la autonomía que se le había asignado desde un principio. Así, hubo permanentes roces entre las exigencias de la Comisión y la actitud firme de Muniagurria y Lovell, que reclamaban los subsidios y los beneficios en las compras pero rechazaban cualquier exigencia organizativa. Lovell narra varios cruces de correspondencia en los cuales esta tensión se ponía de manifiesto, por ejemplo, la solicitud -que luego se transformó en exigencia- de remitir el catálogo impreso, pedido que no se respondió “por carecer del personal debido.”¹⁴⁶ En los años ’30, la relación se tensó bastante; en 1933 la Biblioteca recibió la notificación de que debía dotarse de una comisión de vecinos y socios para lograr una organización similar a las bibliotecas populares y encajar más adecuadamente en los preceptos de la Ley 419. Esta “sugerencia” cayó muy mal en la Dirección de la Biblioteca, ya que justamente en esos años se estaban realizando gestiones y reclamos en todos los niveles para el cobro de los subsidios oportunamente otorgados, y esta exigencia

¹⁴⁵ Ibidem, p.196.

¹⁴⁶ Id., p.197.

obstaculizaba el subsidio nacional correspondiente.¹⁴⁷ Tal era la tensión en ese vínculo que ni siquiera fue beneficiada la Biblioteca en el reparto de ejemplares gratuitos de la obra completa de Joaquín V. González, recientemente editada por la Universidad de la Plata, que la Comisión distribuyó entre las bibliotecas populares.

El argumento al que apelaba la Biblioteca hacía hincapié en la importancia del sostenimiento de su misión cultural, más allá de la organización burocrática, esto es, si la Ley Sarmiento se proponía difundir la lectura y para ello apoyaba la creación de bibliotecas para estimular el hábito entre la ciudadanía, ¿qué cambiaba que la biblioteca fuera manejada por una Comisión o fuera autónoma si el fin último era divulgar cultura? Evidentemente había una cuestión vinculada al control de estas instituciones; como mencionamos en la introducción, la reposición de la Ley 419 en 1908 -que originalmente había sido promulgada en 1870- se dio en un contexto de programa integral de alfabetización y educación de tinte nacional, mientras las bibliotecas obreras habían ganado terreno. No es el caso de la Biblioteca Argentina, evidentemente, pero sí existía una vocación de control sobre las bibliotecas en general, que se habían transformado en un complemento de la escolaridad y la enseñanza universitaria, y los subsidios y el envío de materiales era un modo de supervisar todo lo que se incorporaba. En el registro de Lovell se evidencia que esta tensión duró hasta último momento, en 1936 seguían los cruces entre la Biblioteca y la Comisión: ya sin eufemismos, ante el planteo de la Biblioteca de seguir cobrando el subsidio directamente de la Nación, sin intermediar la Comisión, ésta respondió que tal procedimiento era imposible.¹⁴⁸

Volviendo a la formación de la colección, habíamos visto que gran parte se formó con donaciones, fundamentalmente en su etapa inicial. Como mencionamos más arriba, Álvarez y Lovell se habían ocupado de enviar “cientos de cartas” a instituciones y particulares solicitando material y la respuesta fue bastante positiva aunque tal vez no la esperada, a juzgar por la cantidad de donantes. Ahora bien, el claro predominio de las donaciones por sobre las compras ¿no ponía en riesgo las decisiones programáticas sobre el perfil de la

¹⁴⁷“La retención indebida del subsidio otorgado a la Biblioteca, citado en la nota precedente, repítase nuevamente poco tiempo después. (...) Trascorrido más de medio año y como la Comisión retuviera dinero de la Biblioteca para ser invertido en libros, esta le envió una lista de los que deseaba adquirir. La compra no se efectuó por cuanto la Comisión en 3 de julio de 1934 comunicó que teniendo en cuenta la resolución del 15 de junio de 1933 ‘se ha resuelto no contribuir en las compras de libros que esa biblioteca efectúe, con el 33% establecido’.” Id., p. 199.

¹⁴⁸ Id., p.200. Lovell cierra el apartado con una frase coloquial y elocuente: “Ante ello, chitón.”

colección? No es difícil imaginar que en los lotes podían incluirse libros de lo más variados, a voluntad del donante. Sin embargo, lo llamativo del caso es que el resultado final fue menos diverso de lo que podría esperarse: hay un claro predominio de las humanidades (derecho, literatura e historia) frente a las ciencias duras, y dentro del terreno científico hay una alta proporción de temas médicos. Evidentemente, las donaciones fueron acordadas previamente y su material gestionado y seleccionado. En los libros copiadores hay registro de cada una de las cartas que fueron enviadas con las solicitudes de libros y publicaciones periódicas. Había un modelo fijo que se completaba con el nombre y fue enviado a gran cantidad de destinatarios del país y del mundo. En general los pedidos eran de boletines y publicaciones oficiales y una cantidad considerable de revistas: con este sencillo mecanismo la biblioteca se abastecía de material de primera mano proveniente del espacio académico y de organismos gubernamentales que no se encontraba en librerías.

Ahora bien, la cuestión del material que las bibliotecas debían reunir y poner a disposición de los lectores generaba distintas opiniones, por lo que han quedado testimonios muy interesantes; de hecho la discusión se sigue manteniendo hasta la actualidad. Pero el período que nos ocupa tiene el componente adicional de que las bibliotecas habían asumido un rol importante dentro de la instrucción pública en general y constituían un complemento de la formación escolar de gran parte de las masas alfabetizadas en el mundo occidental. Esta posición estratégica les habilitaba un discurso normativo respecto de lo que era adecuado para esa formación, vemos un ejemplo de esto en Francia a fines del siglo XVIII, tal como la describe Anne-Marie Chartier:

Cualesquiera que sean las intenciones que presiden su nacimiento, la biblioteca es ese evidente dispositivo de controlar las lecturas populares; control conservador, reformador o revolucionario, según los casos, control privado o público según que el Estado intervenga o no; pero siempre se trata de controlar a quienes no se podría sin peligro dejar que por sí solos eligieran furtivamente sus lecturas dentro del universo indefinidamente en expansión de la letra impresa. Las palabras que justifican la existencia de ese control se refieren, pues, menos al dispositivo mismo que a las finalidades de una estrategia más global (el acompañamiento de la lectura popular) que cada instancia del poder o del contrapoder pone por obra al servicio de sus valores y de sus ideales.¹⁴⁹

¹⁴⁹ A.M. Chartier, *Op. Cit.*, p.122.

Estas contundentes afirmaciones demuestran la importancia del rol de las bibliotecas y del impacto simbólico que ejerce la selección del material, sea cual fuere su orientación. Por su parte, Martin Lyons narra el caso de las bibliotecas francesas de mediados del siglo XIX en las que se evidenciaba el desencuentro entre el material ofrecido –libros de instrucción y manuales prácticos- y las preferencias del público; de este modo, para evadir el control de la Iglesia y de las autoridades, los propios trabajadores fundaron bibliotecas para así tener acceso a bibliografía de temas políticos, anticlericales y novelas:

La selección que hacían los trabajadores para sus lecturas resultaba ofensiva, ya que incluía a Voltaire y a Rousseau, así como a George Sand y a Eugène Sue, a quienes se acusaba de atacar al matrimonio y justificar el suicidio y el adulterio. Se consideraba que Rabelais era un autor peligroso, así como Michelet, por su *La Sorcière*, a Renan, por su *La Vie de Jésus*, y a Lamennais, por sus *Les Paroles d'un Croyant*. Infantin, Louis Blanc, Fourier y Proudhon tenían también su lugar en estas bibliotecas de trabajadores, lo que sugiere que los lectores obreros luchaban por crear su propia cultura literaria, lejos de todo control burgués, burocrático o católico.¹⁵⁰

Con el transcurso de los años estos mismos autores dejaron de ser considerados peligrosos para pasar a ser clásicos, y empezaron a formar parte del canon.¹⁵¹ Situación similar se dio en nuestro país con el desfasaje entre el boom de la literatura gauchesca y las bibliotecas populares, mencionado anteriormente. Pese a ser contemporáneos, estas últimas fueron indiferentes –o directamente contrarias- a que formen parte de sus colecciones. Al menos hasta la segunda década del siglo XX, el reconocimiento del Martín Fierro no se había oficializado y dentro de las primeras incorporaciones de la Biblioteca Argentina tampoco fueron incluidos este tipo de libros.¹⁵² Veamos, sin ir más lejos, las reflexiones hechas por Joaquín V. González -padrino intelectual del proyecto- en el discurso inaugural de la biblioteca:

¹⁵⁰ Martin Lyons, Op. Cit, p.502.

¹⁵¹ “Cuando Agricol Perdiguier [carpintero francés, político y autor] compila en 1857 una lista de libros esenciales para la biblioteca de trabajadores, muchas de sus colecciones reflejan esta opción. Su lista incluía a Homero y a Virgilio, la Biblia, Fénelon, Corneille, Moliere, Racine y La Fontaine. Esto habría agradado a los miembros de la Société Franklin que acometieron la reforma de las bibliotecas. Pero éstos fueron aún más lejos, insistiendo en la bondad de la divulgación de ciertos tratados de la historia de la Revolución Francesa, *Los misterios de París*, de Eugene Sue, *Notre-Dame de Paris* de Hugo, y de la obra de Sand *Le Compagnon de la Tour de France*.” Id., p.502.

¹⁵² Como lo analizan Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, recién en 1913 y a partir de las conferencias brindadas por Lugones tituladas “El payador” se produce la elevación del *Martín Fierro* a la categoría de gran poema nacional. Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2003.

Una biblioteca es un laboratorio de observación y un gabinete provisto de todos los instrumentos que la ciencia ha inventado para explorar lo desconocido; y será tanto más decisivo el influjo cuanto más diligente y acertado sea el guía que conduzca al lector ó estudiante a través de sus líneas de volúmenes cerrados. [...] “El sólo hábito de leer, y de leer mucho, sin ningún ejercicio u objetivo para buscar el conocimiento, es más bien dañoso que beneficioso para el espíritu –agrega Lord Rosebery; y sin duda, recordando al héroe de Cervantes y a su innumerable parentela de todos los tiempos y países piensa que puede generar un estado de debilitamiento, sino de parálisis mental.¹⁵³

Existen numerosos ejemplos y testimonios de una generalizada postura contraria a la preferencia de los lectores por la literatura, y dentro de ella por las novelas. El diario *La Nación* publica un artículo en 1887 donde se ofrecían algunos datos acerca de la preferencia de los lectores en las bibliotecas públicas, cuya estadística se inclinaba claramente por la literatura. Adolfo Prieto nos informa sobre las repercusiones de dicho estudio y las conclusiones que se sacaron al respecto:

Tantos lectores de novelas habían conducido ya a un observador malhumorado como Sarmiento a establecer que, en términos relativos, los argentinos eran los más asiduos consumidores de novelas en el mundo, pero a suponer también, de acuerdo con el evolucionismo prevalente en las ideas científicas contemporáneas, que ese estadio de lectura, obviamente primitivo, sería seguido por otros de más elaborada naturaleza.¹⁵⁴

La disparidad de criterios entre los gustos del público y el afán pedagógico de las autoridades muchas veces generaba que las políticas de selección estuvieran en una sintonía totalmente diferente de las demandas e intereses de los recientes lectores. Esto era muy visible en el caso de las bibliotecas populares que se encontraban bajo la órbita de la Comisión Protectora, donde las decisiones se tomaban en lejanas oficinas ubicadas en Buenos Aires:

En vez de servirles la lectura popular más solicitada, los diarios, las revistas, las ilustraciones, los almanaques, con buenas ó sabrosas misceláneas de información y de estadística, amén de viajes pintorescos, de las obras más fáciles, casi escolares, de la vulgarización científica y de las inevitables novelas, les despachaban más bien lectura de estudio, pesados tratados, inútiles diccionarios y colecciones clásicas, inaccesibles á la ignorancia reinante, todo, distribuido según un criterio regional, tanteado á bulto. Como el Rosario era un puerto, se suponía que los concurrentes de sus bibliotecas populares habrían

¹⁵³ Joaquín V. González, *La biblioteca...* Op. Cit.

¹⁵⁴ Adolfo Prieto, Op. Cit., p.47/8.

de sentir predilección por las obras de economía política y los manuales de técnica industrial.

¹⁵⁵

El mismo Sarmiento reconocía que uno de los motivos fundamentales del desmoronamiento de las bibliotecas populares impulsadas por la ley había sido el envío de materiales no adecuados al gusto de los lectores.¹⁵⁶ La postura de Sarmiento en este sentido era contraria al resto de sus pares intelectuales de la década del '80 y en varias oportunidades había planteado la defensa de la lectura recreativa y la utilidad de los folletines, en contra del “fracaso” de la biblioteca pública, elitista y destinada a los eruditos.¹⁵⁷

Entonces, ¿hacia dónde apuntaba el eje temático de la colección que se estaba formando en la flamante Biblioteca Argentina? ¿Cuál era el lector al que se aspiraba convocar? ¿Se consideraba a la literatura como una mala –o mediocre- opción? En el proyecto original redactado por Juan Álvarez la aspiración era la de crear “una buena biblioteca enciclopédica”.¹⁵⁸ También en el proyecto de ordenanza hay referencias a “una biblioteca exclusivamente argentina en la que sean cuidadosamente conservadas todas las obras escritas por autores nacionales (y) todas las que sobre el país hayan escrito autores extranjeros”. La Ordenanza que finalmente se aprobó incluyó “una sección de autores extranjeros, aun cuando sus obras no versen sobre asuntos relacionados con nuestra nacionalidad.” Con el cambio de escala que significó la construcción de un edificio propio, las restricciones sobre la colección se diluyeron y –suponemos- hubo más libertad para la elección del material. No hemos encontrado textos programáticos sobre el tipo de material a incorporar y debemos sacar las conclusiones de los hechos mismos, esto es, de las listas de libros ingresados. Y allí nos encontramos con un conjunto heterogéneo que incluye derecho, literatura, historia y medicina, muchos atlas, muchos boletines institucionales y publicaciones oficiales, algún que otro manual de oficio y libros en francés e italiano, con un claro predominio de las letras y las humanidades, pero nada muy distinto de lo que podríamos

¹⁵⁵ Amador Lucero, Op. Cit., p.87

¹⁵⁶ Graciela Batticuore, “Libros, bibliotecas y lectores en la encrucijada del progreso”, en *Historia crítica de la literatura argentina: el brote de los géneros*, Dir. Alejandra Laera, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp.413-440.

¹⁵⁷ Explica Batticuore que el contexto de estas afirmaciones estaba dado por su enfrentamiento con Ernesto Quesada y la publicación de su libro *Las bibliotecas de Europa y algunas de América Latina* en 1877. Sarmiento no acordaba con el modelo europeo, defendía el modelo norteamericano, se identificaba con Franklin y la defensa de la biblioteca popular. Este sistema además propiciaba el préstamo a domicilio y con ello la lectura individual.

¹⁵⁸ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.9.

encontrar en cualquier biblioteca de la época. Pero esta heterogeneidad estaba planteada en una escala mucho mayor que la habitual –la capacidad estaba calculada en 50.000 volúmenes- y era la cantidad y la posibilidad de ofrecer más libros a más público lo que constituía su sello distintivo: la Biblioteca aspiraba a que todo el que se acercara encontrara el libro de su interés y que también se acercara aquél al que no le interesaba ningún libro, un anhelo ambicioso y difícil de cumplir. En el capítulo siguiente veremos cuál fue la respuesta del público, cuáles fueron sus preferencias y cómo evaluaba Lovell estos datos.

-Un universo de lectores

En 1912, los estudiosos observaron por primera vez que disponían de un cómodo y amplio local para ilustrarse. Álvarez, que conocía bien a su pueblo, lo supo atraer. En toda la prensa local dio a conocer la Biblioteca; por todo el Rosario apareció el cartel que anunciaba a los más necesitados, a los obreros, que existía. No acostumbrados los ciudadanos a concurrir a salas de lectura, hubo que atraerlos por medio de la propaganda, dándoles comodidades y servirles, incluso, a media tarde, una tacita de té, durante los dos primeros meses, Junio y Julio de 1912.¹⁵⁹

Este párrafo es muy interesante y condensa una serie de ideas, representaciones y expectativas mutuas, las de quienes encabezaban el proyecto y las de aquellos a quien estaba dirigido. De acuerdo a la descripción de Lovell, había distintas categorías, por un lado estaban los “estudiosos”, que era un público habituado a la lectura pero que hasta ese momento no había contado con un espacio específico, y por otro lado el “pueblo”, integrado por “los más necesitados” –que en este caso serían los obreros- a quienes era necesario informar no sólo de la existencia de la biblioteca sino de los servicios que prestaba. Éste era precisamente el público que Juan Álvarez se había propuesto atraer: el no habituado a la lectura ni a las bibliotecas. Y a ellos interpelló directamente en la campaña gráfica que menciona Lovell -si bien en una estrategia demasiado directa o ingenua- convocándolos a asistir. El espacio era nuevo y probablemente muchos no se sintieran llamados a conocerlo, precisamente porque nunca habían sido interpellados en clave de “lectores” aunque contaran con las herramientas y la instrucción suficiente para ejercer esa práctica. Las bibliotecas, como vimos, habían tenido un desarrollo previo en la ciudad y había varios ejemplos tanto en el centro como en los barrios, así como en los establecimientos educativos más grandes; con esto queremos decir que las bibliotecas eran parte del paisaje urbano en Rosario y había una idea general

¹⁵⁹ Ibidem, p.75.

sobre lo que ofrecían y en qué consistían. Pero evidentemente su sola existencia no hacía que el público se acercara

A LOS OBREROS

EN LA BIBLIOTECA ARGENTINA



Situada frente á la
plaza Pringles

(Córdoba entre Paraguay é
Independencia) pueden

consultarse gratis
cuantos libros y

revistas se deseen. La Biblioteca está
abierta al público todos los días de tra-
bajo desde la UNA hasta las SEIS de la
tarde, y además los Martes, Jueves y Sá-
bados desde las OCHO hasta las DIEZ
de la noche.

Salvo casos excepcionales, la Biblio-
teca adquiere cualquier libro que pidan
los interesados.

espontáneamente, y también nos referimos aquí a las bibliotecas que estaban por fuera de los centros educativos y aspiraban a atraer al público general, para lo cual organizaban actividades y veladas destinadas a los vecinos¹⁶⁰ Pensemos por un momento en lo imponente del edificio recién construido en pleno centro de la ciudad, con una sala de lectura de las dimensiones de un templo, y los miles de libros ordenados alrededor en altísimas estanterías a las que sólo se accedía por pasarelas. Esta puesta, tan majestuosa, tenía el objetivo probablemente de otorgarle a la lectura y al conocimiento el homenaje que sus mentores sentían que merecía, pero probablemente esta misma escenografía actuaba como algo intimidante y ajeno para aquel que quería empezar a conocer de qué se trataba una biblioteca.

En estas descripciones Lovell descubre algunos mecanismos que nos permiten entrever las prioridades que guiaban el proyecto:

Siempre se observó la norma -si la caja de la Biblioteca lo permitía- de adquirir cuanto libro útil se solicitara, sin exigir el por ciento citado. Más aún: reiteradas veces y desde 1914 se solicitó a los establecimientos docentes nóminas clasificadas por materias de los diversos libros de texto usados por los alumnos, así como de los que al criterio de los profesores pudieran servirles como obras de consulta. También en 1922 se solicitó una nómina análoga a los Decanos de las Facultades de la Universidad del Litoral. Ello era debido a que si bien los establecimientos de segunda enseñanza especial y normal disponían de bibliotecas y en sus puestos figuraban bibliotecarios, no prestaban eficiente servicio, porque permanecían abierta únicamente a las horas de clase, durante las cuales los alumnos no podían utilizarlas. Creada la Universidad del Litoral, sus distintas facultades organizaron sus bibliotecas, descongestionando la Biblioteca Argentina, la que debido a su eterna crisis económica y a no renovar sus obras, vióse poco a poco abandonada por los estudiantes universitarios que encontraron en su universidad mejores y más abundantes fuentes de consulta.¹⁶¹

La biblioteca se había planteado mejorar el servicio bibliotecario en todos los aspectos, esto es, el espacio ofrecido a los lectores, el horario, su ubicación céntrica y fundamentalmente una colección lo suficientemente variada. Pero lo cierto es que en este aspecto es donde más difícil se le hacía, teniendo en cuenta los problemas financieros que más adelante detallaremos. Otro tema que se abre aquí es su vínculo con la Universidad -que

¹⁶⁰ En muchas bibliotecas populares, la organización de eventos de “lectura pública” era un recurso muy utilizado para acercar a los vecinos de la localidad. Javier Planas, Op. Cit., pp.119 y ss.

¹⁶¹ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.76.

también trataremos más adelante – porque lo que puede advertirse es la centralidad de los estudiantes dentro del público esperado. Veamos otras reflexiones al respecto:

Los importantes servicios prestados por la Biblioteca, dedúcese del cuadro estadístico agregado al final de este capítulo y que contiene todo el movimiento habido desde el primer día hasta el 31 de diciembre de 1936. 1.354.827 personas han concurrido a sus salas de lectura. De esta cifra 739.004 solicitaron 927.842, dando un promedio de más de 140 libros entregados diariamente; cifra elevadísima y más si se tiene en cuenta que la Biblioteca al no renovar su caudal bibliográfico ha alejado al universitario principalmente, pues por excepción busca fuentes viejas para consultas y trabajos especiales. La estadística nos indica asimismo qué obras son las preferidas (literatura con un 29.76%) qué lectores conviene atraer y cuales atender con preferencia. Ella nos obliga a meditar: no concurren en la proporción debida los empleados, los obreros y los comerciantes por apatía, por carecer del horario asequible a ellos y quizás por no haberlos sabido atraer; los universitarios y los profesionales, porque necesitan bibliotecas especializadas más modernas, los estudiantes de enseñanza secundaria y primaria no disponen, en el día, de los libros modernos de texto que les exigen sus profesores. Para que la Biblioteca Argentina cumpla satisfactoriamente su cometido debe tener sus puertas abiertas sin interrupción desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche, incluso los días feriados; debe invertir cuantiosas sumas en libros y aumentar el personal técnico.¹⁶²

A continuación, Lovell ofrece un cuadro estadístico de elaboración propia donde se detalla, año por año entre 1912 y 1936 inclusive, la cantidad de asistentes, tanto a las actividades como a la sala de lectura, datos sobre los mismos, cantidad de obras prestadas, materia, etc. (Cuadro I) Detengámonos un poco más en este valioso documento.

Por un lado, podemos observar el movimiento de las actividades culturales organizadas en la biblioteca, que tuvieron años muy desparejos; oscilando entre un mínimo de 24 anuales a 138 en el año 1916 y 130 en 1917. En 1913 hubo 70 actividades -número alto dentro del promedio- para después bajar al año siguiente a 26. Sin duda, estos altibajos tienen una explicación vinculada con la demanda inicial: la sala de lectura era uno de los pocos, si no el único, espacio público para reuniones culturales. Probablemente la baja en el año siguiente se deba a que los pedidos empezaron a filtrarse un poco.¹⁶³

¹⁶² Ibidem, p. 77/8.

¹⁶³ En este registro, además, el número de asistentes es una sumatoria anual, independiente del número de reuniones.

BIBLIOTECA ARGENTINA ESTADÍSTICA

	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925	1926	1927	1928	1929	1930	1931	TOTALES	
Días hábiles	173	281	264	285	285	286	266	275	276	270	272	270	274	265	260	269	259	267	268	265	5,315	
Número de reuniones	55	70	26	55	158	150	29	40	28	50	29	28	50	56	45	24	55	51	82	92	1,027	
Asistentes a las reuniones	4720	11608	4767	8547	12,899	8,091	7,908	11,558	9,969	11,021	11,050	7,428	9,046	10,116	8,208	5,593	8,565	10,544	13,837	11,795	193,810	
Número de lecturas de publicaciones periódicas	3451	13,251	17,154	19,689	20,181	19,698	22,559	20,186	15,415	10,042	17,148	10,292	17,671	17,728	17,722	15,485	10,896	12,701	13,106	13,962	325,066	
Promedio diario	1994	4708	6490	6905	7131	6887	5398	7340	5584	5812	6322	6054	6440	6740	6687	5756	4558	4756	6735	5268	61,16	
Número de lecturas de obras	5515	9979	25,140	30,756	36,659	41,028	51,715	51,557	24,447	27,402	31,050	26,854	32,118	34,218	35,214	27,518	21,278	19,814	22,909	33,575	547,144	
Promedio diario	3071	3551	8765	10867	12953	14345	11925	11475	8857	9928	11636	9945	11721	15016	13288	10229	9902	7420	8548	12669	102,94	
Número total de concurrentes a la Biblioteca por días y conceptos	13,484	34,878	45,041	58,983	67,736	68,917	61,962	65,101	49,829	55,016	59,828	50,574	58,385	62,062	61,144	48,596	40,739	49,059	54,852	59,332	1,066,020	
Clasificación de los lectores de obras por edades y sexo	Adultos	1189	2428	4536	8751	17,107	15,766	10,374	7962	5541	7546	9622	8008	10,585	10,473	10,215	9605	7997	8553	11,536	17,770	186,423
	Mujeres	22	113	30	256	597	358	462	182	60	102	102	492	723	728	733	505	916	1567	2526	3,403	13,907
	Menores	3671	6823	17,452	20,210	18,151	23,826	19,284	20,402	17,205	17,452	18,874	14,500	16,541	18,566	19,799	14,437	10,476	8,178	7,850	9,940	505,890
	431	615	825	1359	804	1078	1595	2921	1551	2302	3052	3164	4269	4457	4467	2971	1889	1536	1017	2,363	42,864	
Clasificación de los lectores de obras por profesiones	Empleado	554	961	1742	2961	7259	8,980	3876	5825	4467	7025	8756	8044	9094	9884	9585	8054	6358	1718	1,868	5,279	115,385
	Profesionales	112	414	813	1450	3,894	1,181	1,188	1,519	872	1,265	1,256	1,425	2,100	2,151	2,220	1,616	1,771	1,215	2,148	4,440	32,824
	Estudiantes	4,082	7,479	18,510	21,817	19,020	24,769	20,169	22,275	17,762	17,250	17,707	14,017	16,816	19,536	21,120	16,327	10,846	16,006	18,169	21,724	345,177
	Comerciantes	95	277	505	1,867	2,604	2,097	915	469	156	164	365	493	590	516	505	462	518	140	210	667	13,621
	Obreros	284	297	870	1,383	2,282	3,935	3,571	1,971	1,190	1,722	3,567	2,877	2,618	2,149	1,772	995	1,222	656	420	1,176	35,327
Varios	186	551	900	878	1,650	66	—	—	—	—	—	—	—	—	2	12	64	65	75	94	289	4,810
Número de obras consultadas	6,057	13,171	26,538	35,544	42,582	47,351	55,122	41,957	31,094	36,995	45,346	42,061	51,529	55,555	48,051	37,999	25,435	25,984	31,948	38,949	712,226	
Promedio diario	3501	4687	10,165	12,559	15,040	16,549	13,205	18,257	11,265	13,403	15,936	15,911	18,006	20,279	18,152	12,661	10,462	9,231	11,920	14,697	13,400	
Clasificación Metodica de las Obras Consultadas	Bibliografía-Obras Generales	651	1,401	1,952	2,366	2,290	2,456	2,248	2,621	2,048	2,040	2,397	2,826	3,217	4,578	4,440	3,683	2,725	3,732	3,096	4,518	55,193
	Filosofía-Religión	155	318	685	902	1,562	1,514	1,248	1,127	904	1,132	1,271	1,180	1,579	1,321	974	552	595	553	1,037	1,094	19,321
	Educación	67	462	170	367	1,450	511	605	586	374	407	627	824	775	701	579	548	555	850	574	641	11,579
	Matemáticas	209	424	1,125	1,701	1,556	1,738	1,700	1,842	1,851	1,426	1,682	1,688	2,266	2,284	2,240	1,320	995	818	1,576	1,245	28,974
	Astronomía	12	25	69	218	279	200	122	147	167	185	266	288	415	412	505	218	122	104	347	327	4,226
	Mecánica-Obras Públicas	54	60	106	366	897	745	298	368	510	455	540	517	505	550	245	210	159	169	269	286	7,011
	Armas Militares	8	27	47	115	501	153	86	98	79	105	129	167	151	150	125	105	76	52	8	100	2,240
	Física-Química	116	437	573	1,325	1,092	1,284	1,356	2,248	1,505	2,100	2,022	2,054	3,556	3,342	2,969	1,604	1,542	1,508	1,590	1,840	54,245
	Ciencias Naturales	75	460	807	1,163	970	1,612	1,070	1,703	1,039	1,461	2,065	2,286	3,665	3,311	2,456	1,531	1,250	1,322	1,094	1,777	51,105
	Agricultura-Ganadería	8	48	183	351	836	615	403	414	267	398	551	595	726	706	565	282	312	318	208	627	8,470
	Industria-Oficios	15	16	167	471	592	320	325	309	184	494	619	428	418	451	374	209	226	255	118	359	6,308
	Ciencias Médicas	56	108	330	928	845	1,651	1,039	1,555	1,240	1,553	1,680	1,829	2,546	1,498	1,264	1,058	801	1,507	2,153	1,912	24,951
	Bellas Artes	57	59	298	585	518	619	545	526	451	445	478	541	711	626	374	287	218	224	474	473	8,509
	Literatura	2,240	4,860	9,275	10,987	13,025	18,346	12,519	12,164	10,709	15,526	15,460	11,805	13,192	15,005	14,946	13,315	9,271	6,104	7,256	9,395	223,584
	Periodismo	427	678	4,116	3,415	5,483	2,845	1,829	2,385	1,115	1,344	1,548	1,297	1,829	1,617	1,476	925	772	702	1,029	719	35,547
	Gramática-Lingüística	91	246	454	744	1,180	984	819	1,396	718	894	1,210	1,553	1,901	2,126	1,851	866	639	1,231	1,808	705	21,510
	Festejos-Deportes	9	25	60	125	104	149	103	290	160	193	181	220	254	301	302	154	159	50	40	85	2,944
	Historia	778	1,533	3,000	3,507	2,376	4,097	3,194	4,480	2,901	2,212	2,729	2,978	3,949	4,098	3,378	2,044	1,660	1,962	2,292	3,759	56,907
	Geografía	512	902	1,819	2,200	2,116	2,797	1,797	2,858	1,588	1,521	2,292	2,511	3,498	3,728	3,242	2,063	1,564	1,734	2,481	3,040	45,963
	Derecho-Jurisprudencia	258	474	624	1,628	1,405	1,240	1,470	1,995	1,729	1,551	1,914	2,304	2,137	2,639	2,448	1,272	1,115	1,308	3,023	3,738	54,250
	Legislación	158	172	420	512	1,033	803	832	1,027	837	1,065	1,261	1,097	1,121	1,087	979	681	398	377	344	640	14,864
	Administración Pública	25	18	26	161	696	273	227	481	274	570	570	907	773	697	657	247	213	286	258	305	7,664
	Estadística	12	16	82	292	742	653	382	290	316	527	423	1,050	1,054	771	397	346	220	253	435	509	8,710
Ciencias Políticas	78	385	354	952	1,115	1,443	849	1,249	878	1,389	1,358	1,633	1,679	1,541	1,344	646	443	775	1,058	835	20,004	
Varios	2	17	98	105	118	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	345	

Cuadro I: Estadística de lectores entre 1912 y 1931

Por ejemplo, el año en el que mayor cantidad de público asistió fue 1932, con más de 20.000 personas y unas 58 reuniones. El año de las 138 reuniones (1916) hubo una asistencia de 12.899 personas. El promedio del periodo oscila entre las 8.000 y las 12.000 personas por año.

Con respecto a los lectores, los datos resultan muy interesantes. Una primera división es entre los lectores de publicaciones periódicas y los de obras. En el primer año (hay que considerar que la apertura al público fue en el segundo semestre) hay un total de 3.459 y 5.313 respectivamente. En 1913 es el único año en el que los lectores de publicaciones periódicas superan a los lectores de obras (13.231 contra 9.979) A partir de allí, las cifras de lectores de obras siempre superan a los de diarios y revistas, quienes con oscilaciones anuales logran un promedio de 16.000 a 20.000 lectores anuales, logrando un pico en 1918 con 22.339 usuarios. A partir de 1930, año en el que se registran 18.106 lectores, el número comienza a declinar, para ubicarse en casi 9.000 en 1936. La suma de los totales es elocuente: 368.833 lectores de diarios y revistas y 739.004 lectores de libros a lo largo de todo el periodo.¹⁶⁴

El grupo de lectores de obras, por su parte, tiene una dinámica propia. Arranca con un promedio bajo, como dijimos, equiparable al de lectores de diarios y revistas, creciendo en el año siguiente a casi el doble (9.979 en 1913) para luego dispararse en 1914 a más de 23.000. Evidentemente, en esos pocos años la biblioteca empezó a ser considerada una opción más cotidiana.¹⁶⁵ Contamos también con una discriminación por edad, sexo y profesiones en este grupo. Es llamativa la proporción que se da entre adultos varones y adultos mujeres desde un principio: mientras la cantidad de varones parte de la base de 3.671 en el primer año y llega a un pico en 1917 de 23.826, el grupo de mujeres cuenta con 32 lectoras en el primer año y crece muy lentamente, con valores muy lejanos a los de los varones (en 1917 llega a 1.078) La desproporción se da a lo largo de todo el período, inclusive sumando a menores y mayores, llegando a los siguientes totales: 631.751 y 109.253, es decir

¹⁶⁴ Es necesario advertir acerca de los métodos de recolección de estas cifras. En general, se acostumbra a contabilizar el número de consultas y no de personas, esto es, una misma persona puede realizar cinco consultas en una mañana y luego ese dato se contabiliza como cinco lectores.

¹⁶⁵El crecimiento en los años siguientes es importante: en 1915, 30.756; en 1916, 36.659 y en 1917 41.028, alcanzando casi la cifra más alta del periodo. En los años siguientes las cantidades oscilan entre 19.000 y más de 41.500 (la cifra más alta, en 1933), lo que da un promedio de 159 lectores diarios en ese año.

casi seis veces más de varones que de mujeres, con predominio de los menores sobre los mayores en ambos casos.

Otra variable presentada por Lovell respecto de los lectores es la de la ocupación. El grupo más numeroso es, sin dudas, el de los estudiantes (498.052 en todo el período) dato que cruzado con los expresados más arriba hace pensar que en su mayoría se trataba de estudiantes secundarios. Le siguen los empleados (131.788) y los profesionales (46.965) Cerca de estos últimos están los obreros (39.319) Los comerciantes van bastante lejos con 15.727 consultas de libros en todo el período.

Con respecto al tipo de material consultado, los valores en principio no sorprenden: lo más visto son obras de literatura, le siguen las humanísticas (historia, geografía y derecho) y más lejos matemática y ciencias médicas, a pesar de tener una alta proporción de este material. Ya hemos comentado en párrafos anteriores la preferencia del público por la literatura y los datos de este registro lo ratifican. Por otro lado, tampoco sorprende el predominio de los estudiantes por sobre el resto de los lectores, porque como también hemos visto la orientación de la colección y el tipo de servicio que la biblioteca proponía brindar -o aspiraba- privilegiaba a este grupo.

Y hablamos de orientación de la colección porque hubo estrategias que fueron aplicadas para responder a la demanda de los estudiantes - ya sea consultando programas de estudio, contactándose con los docentes- que no fueron aplicadas para el resto de los lectores. Es cierto que no era sencillo -ni lo es actualmente- anticiparse al gusto de los lectores ocasionales y captar su interés, pero cabe preguntarse si es que hubo alguna estrategia para captar lectores nuevos más que la de hacerlos arrimar ofreciendo revistas para que luego fueran “elevando” el nivel de lecturas. La Biblioteca estaba posicionada en el delicado equilibrio entre la biblioteca pública y la biblioteca popular, porque aspiraba a reunir una colección variada y enciclopédica que aportara a la instrucción general, convocando a un amplio espectro de lectores, pero a la vez no contaba con el vínculo cercano que las pequeñas bibliotecas populares establecían con sus socios.

En este sentido, la biblioteca no estableció políticas de lectura activas más que la de poner a disposición de los lectores una variada gama de títulos de un modo accesible. Muchos de esos títulos eran los mismos que los libreros locales aseguraban que eran los más vendidos, de modo que la compra estaba bastante bien orientada en ese sentido. El punto es que, como

Lovell mismo reconoce, no concurría todo el espectro de público que se esperaba atraer, lo que probablemente se debía a una multiplicidad de factores; la progresiva complejización de los consumos culturales, el constante crecimiento del mercado editorial, la proliferación de bibliotecas barriales que cumplían simultáneamente con otras funciones, mientras la biblioteca mantenía un horario reducido, no podía incorporar personal ni actualizar su colección por falta de recursos.

-Las finanzas

En el apartado siguiente, Lovell se centra en el delicado tema del financiamiento de la biblioteca, lo que le lleva numerosas páginas en las que incluye gran cantidad de datos, cifras y años. Uno de los puntos cruciales, que Lovell se encargaba de mencionar cada vez que tenía oportunidad, era que desde la creación de la biblioteca su carácter autónomo era una prerrogativa que no se debía ser olvidada, y así lo expresa en sus memorias:

La primera preocupación del Intendente Quiroga y de su secretario, fue el de independizar económicamente a la Biblioteca y el de que constituyera una entidad autónoma, ajena por completo a las oscilaciones que necesariamente sufren los presupuestos de la administración. En atención a esta idea, el 10 de noviembre de 1910, dirigió al H. Concejo Deliberante un proyecto de ordenanza, cuyo artículo 1º decía: “A partir del 1º de enero de 1911, destínase a la Biblioteca Argentina con el carácter de rentas propias y permanentes de la institución, el seis por ciento de interés anual sobre todas las sumas con que la Municipalidad ha contribuido hasta hoy o contribuya en lo sucesivo para la formación del capital del Banco Municipal de Préstamos. Ese interés se entregará mensualmente por el Banco Municipal a la Dirección de la Biblioteca, desde la fecha indicada.”¹⁶⁶

Por lo que menciona Lovell más abajo, la iniciativa -así como otras en el mismo sentido- “no tuvieron el apoyo debido y fracasaron.”¹⁶⁷ Estas iniciativas eran las que Álvarez imaginaba como complementos a los ingresos, entusiasmado con la idea de poder contar con rentas crecientes independientes de los vaivenes de la economía municipal y de la negociación de los presupuestos. Por este motivo, al ir fracasando cada una de ellas, el principal sostén económico de la biblioteca consistió en lo que le había asignado la

¹⁶⁶ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.140

¹⁶⁷ Ibidem. Las otras iniciativas de Álvarez también estaban pensadas para generar recursos que fueran destinados a la biblioteca. Uno fue un Proyecto de Acuario -que mencionaremos más adelante- cuyo cobro de entradas sería destinado para tal fin y otro fue el de implementar un porcentaje de retención en el impuesto a las carreras de caballos.

Ordenanza 76 (1910), esto es, el compromiso de la Municipalidad de aportar la suma de 50.000 \$ pagaderos en cuotas anuales -entre 1911 y 1919- y por la Ordenanza 15 (1911) la suma de 500 \$ mensuales para la organización.¹⁶⁸ Los gastos fijos anuales habían sido calculados en 11.540 \$, e incluían los sueldos del personal y gastos menores.¹⁶⁹

Cómo y cuándo fue cobrado el capital propio y cómo y cuándo lo fueron las subvenciones municipales, lo detallo en las hojas agregadas al final de este capítulo. De ellas se deduce la irregularidad y las causas por las cuales desde un principio la Biblioteca no pudo ajustarse a un presupuesto determinado, por cuya razón pasaron los años sin que se presentaran nuevos proyectos; lo que unido al cobro, así mismo, irregular de las subvenciones y subsidios de los Gobiernos de la Provincia y de la Nación, algunos anulados o disminuidos, colocó más de una vez a la institución en situación verdaderamente crítica, obligándola a obtener créditos de los Bancos con el depósito en caución de su capital en Títulos del Consolidado municipal y de la Deuda interna de la Provincia, para evitar el cierre. (...) ¹⁷⁰

Los fondos disponibles eran más que ajustados, lo que sumado a la irregularidad de los pagos hacía muy difícil organizar el presupuesto anual y -como menciona Lovell- aspirar a la realización de nuevos proyectos. Muy decepcionado por las promesas incumplidas de la clase política, Lovell vislumbra además en esa indiferencia un rasgo mucho más preocupante, el de la falta de perspectivas futuras sobre la cultura de la ciudad:

Ante esta cifra se explicará el estancamiento de la Biblioteca. Cúlpese a los Poderes públicos que muy raras veces se interesaron por el progreso de la única Biblioteca que estaba en inmejorables condiciones de haber desempeñado un papel brillantísimo, si no superior, sí, igual al de la Biblioteca Nacional, en esta zona del litoral argentino.¹⁷¹

La falta de perspectiva de la clase política rosarina era algo que impresionaba fuertemente en Lovell, quien estaba al tanto de todas las gestiones y solicitudes que se habían llevado adelante desde la Dirección. Desfinanciar a tal punto a una institución tan reciente -

¹⁶⁸ El pago de los \$ 50.000 fue mayormente recibido en títulos (\$35.300) El resto, en efectivo. Relata Lovell acerca de las cuotas: "Con excepción de las dos primeras cuotas que fueron cobradas a su debido tiempo, las restantes, lo fueron muy irregularmente." Id., p.147

¹⁶⁹Entre los sueldos del personal, podemos anotar que el del mismo Lovell era el más oneroso: Director (ad honorem); Bibliotecario (300 al mes); Auxiliar (150 al mes); Escribiente (130 al mes); Tenedor de libros (25 al mes); Jardinero (5 al mes); 2 Ordenanzas (80 al mes cada uno). Los gastos corrientes consistían en carbón, luz, reparaciones y útiles. Id., p.140. Unas páginas más adelante hay un comparativo de los mismos gastos en 1937, y casi no hay diferencia (\$ 11.540 en 1912 y \$12.960 en 1937)

¹⁷⁰Id., p.140/1.

¹⁷¹ Id.

habiendo invertido grandes sumas en su fundación y que continuaba prestando servicios- representaba un despropósito incompresible.

Desde un principio, la Dirección de la Biblioteca -que fue quien presentó el primer presupuesto de gastos de la institución- gestionó de los Poderes públicos incluyeran en sus respectivos presupuestos para ella subvenciones mensuales y partidas especiales. En 1911, solicitó una de 10.000 pesos del Gobierno de la Provincia y otra de 20.000 \$ del de la Nación, obteniendo éxito en parte. Con posterioridad, reiteradas veces se solicitó partidas especiales para estanterías, adquisición de libros, reparaciones, etc., que fracasaron. En 1922 se dirigió a los Diputados provinciales para que apoyaran la gestión de su colega José Guillermo Bertotto, quien consiguió que se aumentara la subvención mensual, y cuatro años después lo propio con motivo del proyecto del diputado Ricardo Argonz, quien pidió para la Biblioteca una partida, por una sola vez, de 30.000 \$, que no se tuvo en cuenta.

La tan preciada autonomía no implicaba autonomía de los poderes públicos sino más bien del ejecutivo municipal. Por eso esta situación implicaba estar negociando subsidios permanentemente y para ello tanto Álvarez como Muniagurria apelaron a sus contactos. Sin embargo, los resultados fueron menos auspiciosos de lo que esperaban y hubo que inventar otras estrategias:

Llegó a ser tan crítica la situación económica de la institución que para salvarla, la Dirección hizo un llamamiento a las principales familias pudientes y asociaciones rosarinas. En Mayo de 1921 les dirigió una circular en la que exponía la grave situación por que atravesaba; las gestiones hechas para regularizarla y en vista de que no dieron resultado, solicitaba su apoyo efectivo “que debe ser considerado como absolutamente indispensable si se desea evitar su clausura”; y agregaba: “La alternativa es, pues, insalvable: o el público acude en ayuda de la institución proporcionándole recursos que no puede obtener de otra manera, o la institución cierra sus puertas”. “Por ello me permito hacer un llamamiento a los sentimientos altruistas de Vd., invocándolos como una relativa obligación. La Biblioteca es de la ciudad y para la ciudad, La ciudad misma será responsable de su clausura en caso de no tener éxito este pedido.”

Lovell ofrece un listado con los nombres de aquellos a quienes se les había dirigido este llamado desesperado. Entre ellos figuran bancos, clubes, sociedades y unos pocos nombres, Wiiliam Barnes (directivo de la firma Barnes & Gross, que también figura en la lista), Luis Delpino (empresario del café), Francisco Beristain (integrante de la Bolsa de Comercio), Odilo Estévez, Ramón Coll, Miguel Mugueta y Manuel Ordóñez, Ciro Echesortu, Enrique Astengo, Santiago Pinasco. En cuanto a las firmas comerciales, hay 14 bancos, 5

clubes, y empresas de capitales locales y extranjeros. Entre las asociaciones, se incluye a *El Círculo*.

Como puede observarse, los nombres propios son conocidos en la historia local y constituyen los apellidos que desde hacía años integraban la burguesía rosarina. A continuación de ese largo listado, Lovell se ocupa de contrastarlo con aquellos que respondieron a la petición, junto al monto aportado. Entotal, de las 96 solicitudes hubo 9 respuestas, y de los \$25.000 que se necesitaban reunir sólo se juntaron \$ 4.420.

También en diciembre de 1932 la Dirección invitó a los Decanos de las tres Facultades de la Universidad del Litoral con sede en Rosario, a los Directores de las escuelas de Comercio, Industrial y Normales, a los Rectores de los Colegios Nacionales, a los presidentes de El Círculo, Asociación Cultural Española, Colegio Médico, Círculo Médico, Museo Municipal de Bellas Artes, Colegio Libre de Estudios Superiores. Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres e Instituto Social a fin de cambiar ideas con respecto a la situación financiera y medios de arbitrar las medidas que se considerasen conducentes para evitar su clausura. El 6 del mismo mes se reunieron algunos de los invitados (muy pocos) , y acordaron dirigirse a la Comisión de Presupuesto de las Cámaras de Diputados y Senadores, solicitando se incluyera en el presupuesto un subsidio de 12.000 \$ anuales, como gozara anteriormente; y otra nota al Gobernador de la Provincia para que dejara sin efecto el Decreto de la Intervención Nacional del 25 de Octubre de 1930 por el que desconocía los créditos que el Gobierno de la Provincia adeudaba a la institución y que ascendía a 25.000 pesos. (...) Las gestiones citadas no dieron resultado.¹⁷²

Los números indican que la realidad de la institución era extremadamente delicada, y llama la atención la poca respuesta social y política ante las demandas. En los dos casos mencionados, entre los destinatarios de la convocatoria, había grupos, individuos e instituciones que regularmente solicitaban la sala de lectura para sus actividades, lo que implica que eran grupos que reconocían y valoraban la importancia social y cultural del proyecto y estaban al tanto de sus necesidades.

Respaldado por los números y registros de elaboración propia, Lovell se ocupa de dejar constancia de que el abandono estatal se manifestó bien pronto. Como vimos, la Municipalidad se había comprometido a suministrar dos tipos de sostén: un capital inicial de \$50.000 y un subsidio mensual de \$500, es decir, \$6.000 anuales. En el registro aparecen varias cuestiones; por un lado, el subsidio que se había fijado en 6.000 se redujo a la mitad a

¹⁷² Id., p.144.

partir de 1919.¹⁷³ Por otro lado, Lovell da cuenta de que la entrega de este efectivo era absolutamente irregular, pasando de un año a otro y atravesando meses sin cobrar nada, lo cual seguramente generaba situaciones angustiantes, ya que la mayor parte de los gastos corrientes incluían los sueldos del personal. Por último, si bien las sumas totales entre lo asignado y lo recibido no difieren tanto (\$114.125 contra \$105.625), Lovell aclara que más de un diez por ciento fue en títulos y no en efectivo.

Con respecto a los subsidios provinciales, también hubo atrasos. En 1912 se cobró la primera, de \$11.780 y a partir de 1913 hasta 1922, el monto baja a \$3.600.¹⁷⁴ La continuidad sólo se mantuvo entre 1913 y 1915, luego se empezaron a espaciar los pagos, que en algunas oportunidades no fueron en efectivo (1917 y 1918) A partir del Decreto de la Intervención Nacional de la Provincia de Santa Fe, el subsidio fue eliminado - como se mencionó en una cita más arriba- y aparentemente algunos pagos que habían sido salteados y estaban pendientes de cobro finalmente fueron anulados por este Decreto. Así al menos lo señala Lovell en el listado para los subsidios de 1922, 1924 y parte de la de 1929. Los años 1931, 1932 y 1933 directamente no recibieron asignación. En cuanto a los totales del periodo, puede observarse que entre la suma de las asignaciones y lo efectivamente cobrado hay una diferencia de un 25 % aproximadamente.¹⁷⁵

En cuanto a las subvenciones nacionales, fueron no sólo irregulares en la frecuencia, sino también en los montos, que oscilaron entre los \$ 1.110 y los \$ 12.000 a lo largo del período y que además era sometido a descuentos y reducciones dentro de un mismo año. Hubo un lento crecimiento entre 1917 y 1931 entre esos montos para caer abruptamente en 1932 -año en que directamente no figuró en el presupuesto- y a partir de 1933 verse reducida a la mitad. Los pagos incluían la condición de que una tercera parte se utilizara para la compra de libros. Lovell menciona además que se destinaron subsidios especiales “para renovación y mejora de instalaciones” en los años 1927, 1928, 1929 y 1934, de \$10.000 cada uno, pero sólo fueron efectivamente cobrados en dos oportunidades.

¹⁷³ La reducción del subsidio fue la consecuencia no deseada del conflicto que mantuvo la institución con el gremio de los gráficos a causa de los talleres que funcionaban en la biblioteca. Más adelante explicamos con más detalle el hecho.

¹⁷⁴ En 1923 asciende a \$6.000 y entre 1924 y 1937 baja abruptamente a \$2.200. Id., p.149.

¹⁷⁵La suma de asignaciones entre 1912 y 1936 da un total de \$102.780. El total de lo efectivamente cobrado fue \$75.880. Id., p.149.

En resumen, comparando año por año las asignaciones recibidas y obviando las demoras y atrasos en los pagos, podemos concluir que el ingreso más constante fue el de la Municipalidad, ya que el de la Provincia tuvo al menos un lustro sin aportar y las cifras fueron muy variadas. Lo mismo pasaba con el subsidio nacional, que si bien variaba mucho en sus totales y tenía fuertes retenciones, -lo que da como resultado para todo el período de un descuento del 32% aproximadamente- se interrumpió en 1932. Teniendo en cuenta los presupuestos de gastos mínimos que Lovell había planteado, los números indican que entre 1911 y 1936 la biblioteca estuvo casi la mitad del tiempo recibiendo subsidios por debajo de sus gastos, como vemos en el cuadro de la siguiente página. (Cuadro II)

Para poner un poco en contexto esta situación tan penosa en la que se combinaban desfinanciamiento e indiferencia política y social es preciso tener presente -como adelantamos en el primer capítulo- el caos administrativo y financiero que atravesaba la Municipalidad en esos años, producto de su inestabilidad política a lo largo de los 25 años que comprende este trabajo, periodo en el cual hubo más de 50 intendentes, o sea un promedio de dos por año. Esta situación tan anómala, obviamente no afectaba solamente a la biblioteca sino a toda la administración pública y al funcionamiento de la ciudad. Esto probablemente explica la poca respuesta recibida ante los pedidos de auxilio a los privados y a otras instituciones; muchas de las que figuran en el listado se encontraban en la misma situación preocupante e incierta. Por ejemplo, la Comisión Municipal de Bellas Artes, creada en 1917 a expensas del mismo grupo que había impulsado la creación de *El Círculo* -junto a algunos miembros más- atravesó todo el periodo en la misma situación de incertidumbre y desfinanciación.

El modelo de autonomía institucional que tan férreamente defendieron sus directores ponía a la Biblioteca en una situación de vulnerabilidad financiera permanente, porque seguía dependiendo de los subsidios de los tres niveles del estado como único ingreso. Álvarez había imaginado la autonomía como un beneficio en tanto preservaba a la biblioteca de los vaivenes políticos y presupuestarios, y le daba la libertad de negociar otros apoyos. Sin embargo, fracasados los intentos de generar ingresos anexos (talleres de imprenta y proyecto de Acuario, que veremos mas adelante) tampoco tuvo éxito la campaña

AÑOS	SUBSIDIO MUN.(\$)	SUBSIDIO PROV.(\$)	SUBSIDIO NAC.(\$)	TOTAL RECIBIDO(\$)
1911	4500	0	0	4500
1912	6000	11780	0	17780
1913	6000	3600	4800	14400
1914	6000	3600	4800	14400
1915	6000	3600	3600	13200
1916	6000	3600	1800	11400
1917	5000	3600	1800	10400
1918	6000	3600	1110	10710
1919	3500	3600	1110	8210
1920	3000	3600	2000	8600
1921	3000	3600	2000	8600
1922	3000	0	2000	5000
1923	3000	6000	4000	13000
1924	3000	6000	8000	11000
1925	3000	6000	8000	17000
1926	3000	6000	8000	17000
1927	3000	6000	8000	17000
1928	3000	6000	12000	21000
1929	3000	0	12000	15000
1930	3000	0	12000	15000
1931	3000	0	6000	9000
1932	5125	0	0	5125
1933	6000	0	6000	12000
1934	6000	2200	6000	14200
1935	2500	2400	6000	10900
1936	1000	1600	3960	4220

Cuadro II: Subsidios recibidos por la Biblioteca de parte del Estado Municipal, Provincial y Nacional.

para convocar mecenas, todo lo cual recortó mucho las posibilidades de ensayar nuevas fuentes de financiamiento.

-El personal y los Directores

El último capítulo de este primer tomo está dedicado al personal y los directores. Ilustran estas páginas un par de fotografías de los empleados junto a Lovell -suponemos en 1937- posando en la sala de lectura, frente a la réplica de la esfinge. Dos listados encabezan el apartado, con los nombres de los empleados de 1912 (cinco contando a Juan Álvarez y Lovell) y los de 1937 (siete contando a Lovell, que era director interino) En 1937 el único bibliotecario seguía siendo Lovell, y se habían incorporado dos ordenanzas y una portera para cubrir el trabajo que en 1912 hacía el “cuidador”.

La división de las tareas dentro de la institución era bastante sencilla; el escaso personal se ocupaba de las tareas administrativas y de mantenimiento bajo la supervisión de Lovell, quien a su vez estaba a cargo de todo aquello atinente a lo técnico y bibliotecológico, asistido por Francisco Scibona. Los salarios se debitaban de los subsidios que recibía la biblioteca tanto de la Municipalidad, la Provincia y la Nación, que como hemos visto eran muy irregulares. Por este motivo, y para no trasladar la irregularidad al pago al personal, se intentaron algunas alternativas, tales como solicitar a los bancos con los que se operaba que le permitieran contar con ese efectivo todos los meses y luego descontarlo de los subsidios depositados. Pero los bancos no accedieron, por lo que la única opción para pagar puntualmente los salarios fue recurrir a los créditos. Esta operación sólo cubría el pago de los sueldos, pero los empleados estaban en una situación de desamparo total porque la biblioteca, en su eterna penuria económica, no tenía estructura para abonar jubilaciones, enfermedades y licencias:

El personal de la Biblioteca Argentina no puede esperar nada de la institución, ni de los poderes públicos si por desgracia se invalidan. Dependen, única y exclusivamente de la Dirección, quien los nombra y remueve, y como carece de recursos, si se enferman o inutilizan nada o muy poco puede hacer en su favor.

Para remediar esto, se tomó contacto con la Caja Municipal de Jubilaciones y Pensiones para incorporar a los empleados a su régimen, haciendo el aporte correspondiente de cada parte, pero no hubo respuesta favorable.

El perfil de los empleados era, como se dijo, más bien administrativo y de mantenimiento. En este apartado, Lovell los agrupa en tres categorías: tenedores de libros (que incluye contadores), auxiliares o escribientes y ordenanzas.¹⁷⁶ Menciona a todos, los actuales y los ya retirados, dedicándoles unas breves palabras a cada uno. A ninguno menciona con alguna formación específica de tipo bibliotecológica; probablemente sus asistentes sólo se limitaban a recibir sus órdenes. El conocimiento bibliotecológico estaba muy poco desarrollado en Argentina, en general los que estaban a cargo en las bibliotecas realizaban algún curso breve, teniendo como base la formación docente.¹⁷⁷ Los bibliotecarios atravesaron gran parte del siglo XX sin que su capacitación se plasmara en una carrera formal con títulos habilitantes. Recién en 1952 encontramos que “sólo en estos últimos años la profesión bibliotecaria ha empezado a ser valorada en Argentina.”¹⁷⁸ Hasta ese momento, la formación consistía en cursos de contenido y duración variable dictados en distintas instituciones. Tampoco la bibliografía sobre el tema era muy abundante: desde los artículos publicados por Sarmiento en su campaña de defensa y estímulo de las bibliotecas populares, pasando por Quesada y llegando hasta Groussac, recién en las primeras décadas del siglo XX se empiezan a publicar textos técnicamente más específicos.¹⁷⁹ A lo largo de la primera mitad del siglo XX circularon múltiples pedidos y solicitudes de creación de la carrera, que incluyera un plan de estudios completo y una formación uniforme en todo el país. Desde 1934 funcionó durante años un curso de formación bibliotecaria en el Museo Social que luego se transformó en una Escuela de Bibliotecología, con una duración de dos años. Esta carrera funcionó simultáneamente con el dictado de cursos en otras instituciones, pero circunscriptos sólo a Buenos Aires. En Rosario, aparentemente la primera institución fue la que fundó Aldo Fuentes en 1943-luego Director de la Biblioteca Argentina- que si

¹⁷⁶En el caso del personal actual (1937) Lovell incluye los montos de los salarios. Id., p. 213/4.

¹⁷⁷Llama la atención que al momento de referirse a Francisco Scibona (quien sería luego uno de los destinatarios de un ejemplar de la “Historia de la biblioteca”) Lovell lo describe como “Tenedor de Libros Nacional”. En otro lugar hemos encontrado que en la Biblioteca Argentina fue “Escribiente, Auxiliar Bibliotecario y Bibliotecario Jefe” así como “Bibliotecario en la Escuela Superior Nacional de Comercio de Rosario y Director de la Biblioteca Estanislao Zeballos de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la UNL” entre otros cargos. Nicolás Matijevic, *Quién es quién en la bibliotecología argentina*, Bahía Blanca, Centro de Documentación Bibliotecológica, Universidad Nacional del Sur, 1965.

¹⁷⁸J. Frédéric Finó y Luis A. Hourcade, “Evolución de la Bibliotecología en la Argentina”, Biblioteca Virtual UNL, <http://hdl.handle.net/11185/3600>.

¹⁷⁹Federico Biraben y Juan Túmbarus son los autores de los primeros trabajos técnicos de 1904 y 1913, respectivamente. Entre las primeras adquisiciones de la biblioteca, se encuentra el libro de Santiago Amaral “Manual del bibliotecario”, de 1916.



Alfredo Lovell (al centro) junto al personal de la Biblioteca en marzo de 1937.

bien era de carácter privado, sus títulos fueron reconocidos por la Provincia. Funcionó hasta 1948.¹⁸⁰ Entre los años 1952 y 1955 Fuentes organizó una escuela que funcionó en la misma Biblioteca, esta vez de carácter municipal.¹⁸¹

Al despedir a Lovell a principios de 1947, la biblioteca se quedó sin bibliotecarios y fundamentalmente, sin el saber acerca de la colección que le otorgaba la experiencia; recién en 1949, como parte del proyecto de municipalización, comienza a platearse la necesidad de contar con un personal profesionalizado.¹⁸²

Continuando con las memorias de Lovell, bajo el subtítulo “Los dos directores”, encontramos un apartado dedicado a las figuras de Juan Álvarez y Camilo Muniagurria, que incluye un prolijo listado con sus recorridos académicos, escritos y cargos. A continuación, agregando su nota personal a estos datos, Lovell redacta unos sentidos párrafos a cada uno, en los que vuelca todo su reconocimiento y estima.

Efectivamente de los cargos desempeñados y de las obras, dedúcese la talla de los dos primeros Directores de la Biblioteca Argentina, jurisperito e historiador el primero; médico y literato el segundo, diplomático el uno, alma de Quijote el otro y ambos cerebros privilegiados, trabajadores incansables, caballeros y maestros.

Con el personal fueron buenos y tolerantes y humanos. Óptimos Directores, que altruistamente rigieron los destinos del primer centro cultural que poseyó el Rosario en los últimos cinco lustros, débese a ellos, en gran parte, el trueque de la urbe mercantil rosarina en uno de los principales centros culturales de la República.

En el caso de Juan Álvarez destaca su excepcionalidad, rasgo que hacía que se destacara ejerciendo tanto funciones ordinarias como extraordinarias a lo largo de su vida, inclusive en contextos algo turbulentos:

¹⁸⁰ Wladimir Mikielievich, *Diccionario de Rosario*, s/f, s/l, s/p.

¹⁸¹ Idem. En 1949 se creó el “Instituto de Profesiones Técnicas” que incluyó la carrera de bibliotecario, otorgando título oficial. Paralelamente, en 1952 se creó, como dijimos, el curso de bibliotecarios que se dictaba en la Biblioteca Argentina. En 1957, además, se crea la Escuela de Bibliotecología en la Universidad Popular, que era el departamento de extensión universitaria de la UNL. Más adelante, en 1968 esta escuela pasa a depender de la UNR, hasta 1981. A su vez, el Instituto de Profesiones Técnicas se transformó en la Escuela de Educación Técnica N° 698, que en 1982 va a llamarse ISET XVIII, donde actualmente se cursa la carrera, obteniendo un título terciario. Francisco Scibona, “Escuelas bibliotecológicas en Rosario”, en *Boletín de la ABPR*, Año I, Núm.1, pp.7-19, mayo de 1964 y María Cristina Passinato, *Origen de la Escuela de Bibliotecología en el Instituto de Profesiones técnicas de Rosario: fines de la década del '40, principios de los años '50*, Postítulo en Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, Mimeo, 2007

¹⁸² Alfredo Lovell, Op. Cit., Tomo II, p.302.

Desde muy joven dedicó sus actividades a la cátedra, a la judicatura y al cultivo de la historia, logrando alcanzar por méritos propios -cosa rara en este y en otros países- el alto cargo de Procurador General de la Nación. Estudioso en grado superlativo ha transmitido en múltiples artículos y obras, sus vastos conocimientos según se deduce de la incompletísima lista de los títulos insertos en esta pequeña monografía. Profesor de Historia del Colegio Nacional y de Economía Política (Curso de especialidades) de la Universidad Nacional del Litoral, fue el maestro siempre admirado y respetado por aquellos inquietos y subversivos estudiantes que más de una vez revolucionaron la Universidad exponiéndola al cierre.

No menos heroica es la figura de Camilo Muniagurria y el resumen de su gestión al frente de la institución:

Tocóle reñir verdaderas batallas para mantener abiertas las puertas de la institución. Otro hubiera fracasado, dado el ambiente imperante en los Poderes Públicos, en los últimos cinco lustros, en donde privó casi siempre la amistad personal o la conveniencia política partidista. ¿Cuántos, cuántos concejales, intendentes, diputados, senadores o ministros concurren a la Biblioteca y se informaron de sus necesidades, de sus progresos? Recuerdo a tan pocos que es preferible echar tierra al asunto. La Biblioteca Argentina subsiste merced a tan preclaro ciudadano.¹⁸³

Camilo Muniagurria nació en Goya (Corrientes) en 1876, y cursó la carrera de medicina en Buenos Aires. Se radicó en Rosario a principios de siglo, y en 1902 fue nombrado Jefe del Servicio de Clínica Médica del Hospital Rosario (futuro Hospital de Emergencias *Clemente Álvarez*). Desde el año anterior dirigía el Hospicio de Huérfanos y Expósitos. Toda su vida estuvo signada por la docencia y la pediatría, y una de sus principales preocupaciones fue la difusión de la puericultura en todos los niveles de la sociedad; su empeño estaba puesto en el ejercicio de la función pedagógica con el objetivo de brindar las herramientas para el cuidado de la primera infancia. Con este fin, escribió textos para ser utilizados como material de lectura obligatorio en las escuelas primarias de todo el país, y otros manuales de divulgación con consejos prácticos¹⁸⁴. Al momento de ser designado como Director de la Biblioteca Argentina, el Dr. Muniagurria también dirigía el Servicio de Lactantes del Hospicio de Huérfanos y Expósitos, y el Laboratorio de Vacuna Antirrábica de Rosario. En la Biblioteca ejerció su cargo ad-honorem durante 25 años, pero aparentemente

¹⁸³ Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 210.

¹⁸⁴ *Cómo cría Gertrudis a sus hijos. Preceptos de alimentación en los niños de la primera edad* (1908); *La enseñanza de la puericultura elemental en el ciclo superior de las Escuelas Primarias de Niñas de la República* (1921); *La flor humana* (1923)

su reconocimiento le era dado más por su profesión médica que por su actuación en la cultura local.¹⁸⁵ Es llamativo, sin embargo, que por esta misma profesión y habiendo establecido múltiples contactos y redes en la sociedad rosarina, no haya contado con el respaldo necesario en los momentos más críticos de la institución. Muniagurria compartía con Lovell esa mirada escéptica acerca de los poderes públicos y la política y por momentos se hace difícil diferenciar la prosa de uno y de otro. Lovell describía el esfuerzo, la abnegación y la falta de reconocimiento desde su propia experiencia, por haber estado presente en todas las gestiones y solicitudes, pero también porque dentro de ese proyecto transcurría su propia vida.

¹⁸⁵ Revista *Monos y Monadas*, “Banquete al Dr. Camilo Muniagurria (...) celebrando su actuación como Presidente del Congreso Médico recientemente celebrado”, Rosario, Año I, N° 19, 5 de octubre de 1934.

III- LA CONSTRUCCION DE UN ESPACIO CULTURAL

Como ya hemos mencionado en varias oportunidades, la misión que se proponían cumplir los directivos de la biblioteca desde los inicios era no sólo bibliotecológica sino también la de transformarse en un ateneo cultural, ofreciendo su espacio para la celebración de reuniones artísticas, musicales, conferencias, etc. Con el objetivo de ir cubriendo lentamente un espacio pedagógico en el que se combinaba el consumo cultural con la formación académica en estudios superiores, se apuntó a distintos tipos de público a través de una oferta que iba desde la formación elemental a los cursos de nivel universitario. Toda esta actividad se realizaba en el mismo recinto que en horas previas se utilizaba como sala de lectura y con el mismo personal.

La función dual de la biblioteca estuvo planteada desde los inicios porque se estimó que esa era la mejor estrategia para asegurar el éxito del proyecto. Veamos cómo lo explica Juan Álvarez con sus propias palabras:

Cuando acepté, AD-HONOREM, el cargo de Director de la Biblioteca en Diciembre de 1910, la hoy floreciente institución, era un simple proyecto acerca de cuya existencia se formulaban las más pesimistas previsiones. Los que, concediendo mucho, admitían que pudiese la Municipalidad construirle un edificio, anticipaban el vaticinio de que no habría lectores y que la casa serviría exclusivamente para mostrarla a los viajeros ilustres de paso por la Ciudad.

Álvarez reconocía que eran las condiciones existentes las que alimentaban este espíritu negativo, y fundamentalmente el antecedente de la modesta Biblioteca Popular, existente en la ciudad:

Precisamente este último precedente fue el que decidió la norma a seguir. Comenzar poco a poco esperando que mediante paulatinas mejoras la institución se desarrollara, iba a dar los mismos resultados negativos. Debía partirse del extremo opuesto y ofrecer desde el primer momento una gran biblioteca ya terminada. Pero, ¿cómo transformar a la modesta caballeriza en gran biblioteca, sin disponer de dinero? Tal era el problema que ha sido satisfactoriamente resuelto mediante una fórmula que podría llamarse de transacción (SIC): se ha construido un hermoso salón de fiestas y actos públicos, se le ha puesto gratis a disposición de cuantos pudieran necesitarlo -desde el Congreso Nacional del Comercio hasta los exámenes de fin de curso de los conservatorios municipales- y se ha reducido la Biblioteca propiamente dicha a los pocos millares de libros que las circunstancias permiten poner a disposición de los estudiantes.(...) Era preciso entonces mostrar que la nueva Biblioteca existía, y no a modo de pieza desmantelada con pilas de libros viejos y polvorientos, sino

como hermosísima sala bien decorada, dotada de calefacción, con excelente luz y cómodos sillones, con vistas a un jardín lleno de flores, y facilitar la demostración de que ese salón era de todos, que a él se entraba gratis en todos los momentos, y que en determinados días podía gozarse de agradables audiciones musicales gratuitas también, sin otra molestia que la de gestionar la invitación correspondiente. Con esto y con la decidida ayuda de la prensa se explicará V.D. por qué es hoy la Biblioteca Argentina lo que debió ser, y lo que no hubiera sido siguiendo el viejo sistema: un elevado centro de cultura y de sociabilidad que haría honor a cualquier ciudad civilizada.¹⁸⁶

De palabras de su mismo creador vemos la importancia fundamental y estratégica de la sala de lectura como espacio cultural porque había sido concebido en tándem con la biblioteca, y en conjunto se impulsaban mutuamente generando un ámbito totalmente nuevo en la ciudad, un modelo con potencialidades desconocidas. Y lo novedoso radicaba, justamente, en esa misma dualidad, que le posibilitaba satisfacer a un público heterogéneo y diverso, abriendo el juego.

En los párrafos que siguen repasaremos los datos registrados por Lovell en distintos apartados que dan cuenta de las múltiples relaciones iniciadas y mantenidas por la institución con un amplio espectro de grupos y asociaciones que proliferaban en la ciudad de Rosario entre 1912 y fines de los '30. Como primer registro, revisaremos el listado de actividades agrupadas bajo el título “Reuniones”. Allí encontramos conferencias, recitales, conciertos y proyecciones fílmicas, organizadas por entidades de extracción e importancia diversa, año por año, por lo que repasaremos algunas de estas asociaciones y grupos. En cuanto a las actividades organizadas por *El Círculo*, se analizarán por separado, por la trascendencia de su trayectoria –fueron las más destacadas de estas décadas- y por la significación de su desarrollo institucional posterior. Luego, bajo el título “Creaciones y proyectos”, repasamos lo que Lovell describe como emprendimientos que surgieron desde la propia dirección de la biblioteca y que se desarrollaron con suerte dispar. También trataremos la relación de la biblioteca con la naciente universidad local y los sucesivos intentos y proyectos que se fueron barajando en esos años iniciales. Finalmente, bajo el título “Padrinazgos y redes”, indagaremos acerca de los vínculos establecidos con diferentes grupos y asociaciones que, así como *El Círculo*, buscaron albergue en el local de la biblioteca.

¹⁸⁶ Juan Álvarez, Nota “Al Sr. Intendente...”, Op. Cit.

Queda para el final un apartado dedicado a lo que Lovell denomina “quejas e irregularidades” donde se recogen aquellas situaciones enojosas vividas por las autoridades de la Biblioteca, y que enfrentaron a la Dirección con individuos e instituciones en distintos reclamos.

-“Un hermoso salón de fiestas”

Aquellos que no conocen la biblioteca tal vez no tengan la dimensión de lo representa su sala de lectura, inclusive en la actualidad. De grandes dimensiones -12 por 20 metros e imponente altura – cuenta con una capacidad de más de 120 puestos de lectura y largas estanterías revisten sus paredes en una doble altura, generando un efecto acústico especial. La cúpula rodeada de ventanas y los lucernarios estratégicamente ubicados hacen casi innecesaria la luz artificial en las horas más luminosas, por lo que todo el conjunto crea un ambiente majestuoso a la vez que sobrio. En uno de los extremos del salón había una especie de tarima que servía de escenario donde pronto se instaló el piano. Este espacio, con esas dimensiones y características era único en su tipo en la ciudad, por fuera de los ámbitos privados tales como clubes y teatros; como mencionamos al principio, Rosario no contaba con instituciones culturales importantes y mucho menos públicas.

Por este motivo, apenas abierta la biblioteca los pedidos de la sala de lectura no hicieron más que aumentar. Es más, de acuerdo al cronograma, las actividades iniciaron incluso antes de que se hiciera la inauguración oficial y ya en 1911 se realizaron conferencias; por ejemplo, en octubre hubo cuatro reuniones sobre el tema de la mujer y el feminismo, que Lovell se toma el trabajo de aclarar que fueron organizados desde la Intendencia “y en ausencia del Director titular”.¹⁸⁷ En 1912 se llevó a cabo la inauguración oficial, el 24 de julio. Antes de esa fecha sólo hubo dos actividades, un concierto y una charla de Rodolfo Rivarola. Luego de la inauguración, la agenda cultural se llena. Vemos entonces el surgimiento y predominio de las reuniones musicales y el rápido surgimiento y afianzamiento de pequeñas asociaciones y ateneos que encontraron en este nuevo espacio la oportunidad de llevar adelante sus programas. Por caso, podemos mencionar el nacimiento de *El Círculo de*

¹⁸⁷ Una de las conferencias fue dada por Juan José Julio y Elizalde (aparentemente un clérigo inclinado al positivismo) titulada “La influencia de la mujer en el progreso universal” y las otras tres por Isabel G. de la Solana, bajo el nombre de “Feminismo”. Esta última era una escritora española que frecuentemente visitaba los países de América del Sur difundiendo su pensamiento.

la Biblioteca, y la fundación del Ateneo Popular del Rosario presidido por Julio Bello, que más adelante trataremos en detalle.¹⁸⁸

La cesión o denegación del local de la Biblioteca a los cientos de postulantes ha ocasionado serios disgustos a la Dirección, debido a que todos se creían con derecho a ocupar su tribuna y a obtener su local y en cuanto se les oponía alguna cortapisa, clamaban contra la misma.¹⁸⁹

Sin embargo, las múltiples solicitudes realizadas por distintas instituciones y asociaciones de la ciudad fatigaban al escaso personal y alteraban el orden habitual de la biblioteca. Según comenta Lovell, muchos conservatorios solicitaban el espacio para promocionarse, “lo que se oponía a los fines a que está destinada la biblioteca”, además de que era necesario que “las fiestas que en ella se verifiquen armonicen con su propia categoría e importancia.” La frecuencia de estas situaciones hizo que en 1921 se redactara un reglamento para evitar las circunstancias incómodas.¹⁹⁰ Sin embargo, Lovell admite que “es muy difícil cumplir estrictamente un Reglamento, múltiples causas han obligado a transgredirlo según puede comprobarse con la lectura de las reuniones (...)”

El listado de actividades culturales de la biblioteca que incluye Lovell brinda ocasión de analizar redes, propósitos, destinatarios y discursos. A lo largo de los años, las actividades y los grupos organizadores fueron variando y esos cambios sin duda hay que vincularlos con contextos más amplios, grandes movimientos de la cultura y la política nacional e internacional, que casi nunca son lineales y ofrecen combinaciones inesperadas.

Sigamos un poco más de cerca este listado cronológico. Ya en 1912 hubo numerosas actividades organizadas por y para las instituciones educativas más importantes de la ciudad

¹⁸⁸ Nicolás Amuchástegui recuerda en su discurso por el 25º Aniversario, lo variado de la oferta cultural de las actividades de la Biblioteca: “Pero, no son solo lectores los que acuden a “este templo del alma y santuario del espíritu”. Numerosas instituciones culturales y científicas que propenden al engrandecimiento intelectual de ROSARIO han tenido y tienen la sede de sus funciones en la BIBLIOTECA ARGENTINA que, cual madre prolífica, amplia y comprensiva, abre sus brazos para cobijar a todos.”, en Nicolás Amuchástegui, *La Biblioteca Argentina, Rosario, 1912-24 de julio-1937*, Buenos Aires, Casa Oucinde, 1937, p.41. (las mayúsculas en el original)

¹⁸⁹ Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 79.

¹⁹⁰En el reglamento se incluyeron artículos que intentaban acotar el universo temático y que exigían cierto prestigio a los oradores, a saber: 4º-*Las reuniones deberán tener fines científicos o artísticos y no de organización o propaganda*; 5º- *Los temas deberán ser tratados desde un punto de vista doctrinario*; 6º- *A fin de evitar el desprestigio de la tribuna de la institución, y de la institución misma, las personas a cuyo cargo esté el programa para el cual se solicita el local, deberán ser de competencia reconocida*. Hay otros puntos que aclaran que la cesión es totalmente gratuita y que así debe ser para el público. Por otro lado, también se hace referencia a que los organizadores deben garantizar un mínimo de público que justifique el evento. P. 80

(Colegio Nacional, Escuela Normal 1 y 2, Escuela Superior Nacional de Comercio) estableciendo un vínculo que en estos primeros años se mantendrá fuerte, lo cual se manifestaba en las numerosas funciones cinematográficas de carácter pedagógico utilizando el proyector recientemente adquirido. En el año siguiente (1913) el evento más importante - y más trascendente para el futuro cultural de la ciudad- fue la inauguración del Primer Salón de Bellas Artes de Rosario, al que asistió el Presidente de la República, Roque Sáenz Peña, y desarrolló entre el 30 de agosto y el 8 de septiembre. El resto del año estuvo cubierto por muchos eventos organizados por el Ateneo (creado el año anterior) y otros organizados por *El Círculo de la Biblioteca*, que a partir del 24 de noviembre cambió su nombre por *El Círculo*. Más adelante dedicamos un apartado al vínculo establecido con esta asociación.

En el año siguiente hubo numerosas proyecciones y ninguna reunión de *El Círculo*. Ya a partir de 1915 se retoma la agenda habitual de conciertos y conferencias, y además empieza a notarse el movimiento que crecía en la ciudad en torno al reclamo de una universidad local; en abril se reunieron distintas comisiones para elevar la solicitud al Ministro de Instrucción Pública, con la presencia de Joaquín V. González y Rodolfo Rivarola. González reforzó en junio con una charla “La Universidad Nacional”. También hubo reuniones de estudiantes para crear un centro universitario. Este movimiento provocó que al año siguiente se fundara la Universidad Libre, cuyas clases de Derecho Procesal a cargo de Nicolás Amuchástegui y de Derecho Civil, a cargo de Daniel Infante, se dictaron en la biblioteca. Otra actividad educativa la conformaron los cursos de francés a cargo de la Alianza Francesa. Estas reuniones no impidieron que la agenda de *El Círculo* siguiera siendo muy nutrida.

En su informe anual a la Intendencia Muniagurria hace referencia a la implementación de los cursos de extensión universitaria, destacándolos más que nada por el contexto de precariedad económica y el esfuerzo que representaban.¹⁹¹ Sin embargo, al año siguiente reconoce que la respuesta de los estudiantes -a quienes estaban destinados estos cursos- no había sido la esperada, motivo por el cual finalmente se discontinuaron.

¹⁹¹ Id., p. 260.

En 1917 la biblioteca incluyó una actividad propia, que fue la creación de una *Escuela para Adultos Analfabetos*, que Lovell se encarga de detallar que sostuvo “99 días de clase”. Más adelante nos detenemos un poco en este emprendimiento.

En octubre de 1918, los ecos de la Reforma hicieron que se retomaran las acciones en torno a la creación de una universidad en la ciudad y se celebraron conferencias así como una *Asamblea Pro Universidad Popular*, con charlas de Tomás Le Breton y Rafael Araya, llegando hasta la constitución de una Comisión Directiva. Al año siguiente también hubo una reunión convocada por estudiantes secundarios “para organizar un Centro Pro Funcionamiento de la Universidad Nacional del Litoral”.¹⁹²

Las primeras actividades de 1919 fueron dos conferencias; “*El movimiento sufragista*” a cargo de Paulina Luisi-reconocida militante de los derechos de la mujer- y “*La emancipación civil de la mujer*”, por Alicia Moreau. El mismo año, además de las funciones de *El Círculo*, hubo varias reuniones -8 en total entre junio y agosto- de la *Liga Patriótica*, sin dudas a expensas del Director de la institución, Camilo Muniagurria y de Juan Álvarez, ambos miembros conspicuos junto a otros intelectuales locales.¹⁹³

Entre 1920 y 1925 hubo pocas actividades por fuera de las organizadas por *El Círculo*, excepto algunas a cargo de la Institución Cultural Española (1920, 1921 y 1922). En 1921 puede mencionarse la conferencia de Sofía (Elvira?) Rawson de Dellepiane, “*El feminismo*”. Hubo algunas actividades organizadas desde la misma biblioteca, tales como una charla de Camilo Muniagurria sobre mortalidad infantil y la organización de un premio anual destinado a los conservatorios de la ciudad. A partir de 1926 la “Asociación Cultural de Conferencias” -fundada por el Dr. Alfredo Castellanos en el año anterior- organizó una serie de eventos con temática científica y de divulgación. También en ese año hubo muchas reuniones de los miembros del Círculo Médico, del que formaban parte el Director de la biblioteca y el Dr. Clemente Álvarez.

1927 fue un año de muchas actividades, organizadas por los mismos grupos que venimos viendo en los últimos años, a los que se agrega la Filial Rosario de la Alianza

¹⁹² Alfredo Lovell, Op. Cit., p.95.

¹⁹³ Al respecto dice Juan Álvarez: “Ha correspondido al rosarino Manuel Carlés la jefatura del espontáneo movimiento; de nuevo, uno de los hijos de la ciudad reputada fenicia, ofrece ejemplo de sanos ideales nacionalistas.”, en *Historia de Rosario...*, Op. Cit., p.471.

Continental, que continúa organizando actividades en los años subsiguientes.¹⁹⁴ En 1929 aparecen nuevos actores, tales como la Junta de Historia y Numismática -el acto inaugural de la filial Rosario- y los cursos de la Facultad Libre de Ciencias Jurídicas, organizados por la Asociación Occidente. Ambas instituciones tuvieron como sede de sus reuniones a la biblioteca.

En 1930 se agrega el Cine Club, con funciones en abril y mayo. En 1931, también se realizó el acto inaugural del Colegio Libre de Estudios Superiores¹⁹⁵, y se suma a la grilla de actividades el Instituto Social. En junio se abrieron los cursos de la Facultad Libre de Derecho. La misma rutina se repite en 1932, con gran profusión de eventos, lo que se traducía en 11 actividades en el mes de septiembre, por ejemplo.

El año 1933 resulta bastante ecléctico. En abril hubo tres reuniones de la Iglesia Evangélica Metodista; en julio dos conferencias de David Alfaro Siqueiros¹⁹⁶ -organizado por el Grupo Plástico Intelectual-, seis conferencias a cargo de Luce Fabbri y cuatro de Aníbal Ponce, organizadas por el Colegio Libre de Estudios Superiores. También hay reuniones organizadas por el Instituto Social para la creación de un “Instituto de Humanidades”. Hay circunstancias políticas que explican en parte esta diversidad: el gobierno provincial estaba a cargo del progresismo, con Luciano Molinas al frente, lo que propiciaba un clima de tolerancia y afinidad con las expresiones de izquierda. En 1934 continúan las múltiples actividades a cargo de las mismas instituciones, y en 1935 se agrega el Instituto Argentino-Brasileño y los eventos -a lo largo de todo el año- concernientes al Congreso Nacional de Medicina, instituciones que se mantienen en 1936.

Aquí termina el registro anual de las actividades culturales llevado adelante por Lovell; sigue un listado alfabético de “Conferenciantes, declamadores, lectores, etc.”, donde consta el nombre y la fecha de la participación, luego le sigue un listado de nombres de profesionales que dictaron cursos y por último un listado de los médicos que disertaron sobre

¹⁹⁴Nos referimos a *El Círculo*, la *Asociación Cultural de Conferencias*, *El Ateneo* y la Facultad de Medicina, que ocuparon la mayor parte de las fechas. Por su parte, la *Asociación de Estudiantes Universitarios* y *La Liga de los Derechos del Hombre* organizaron una actividad cada una; en este último caso el orador fue Daniel Infante.

¹⁹⁵En sus primeras actividades, el *Colegio* trae a Giorg Nicolai, que ya había sido invitado por la *Asociación Cultural de Conferencias*.

¹⁹⁶Recuerda Héctor Di Bitetti, protagonista de aquellas jornadas Citado por Guillermo Fantoni en *Berni entre el surrealismo y Siqueiros: figuras, itinerarios y experiencias de un artista entre dos décadas*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2014.

diversos temas, “con motivo de hallarse instalado el CIRCULO MEDICO en la Biblioteca” durante el año 1926.¹⁹⁷ A continuación, otro listado con nombres de concertistas y la fecha correspondiente.

El recorrido nos permite ver la amplia gama de actividades culturales que se realizaban anualmente en el salón. Esto indica que además de las veladas organizadas por *El Círculo* -que trataremos en el siguiente apartado- había una nutrida agenda de eventos que congregaban gran cantidad de público. Si vemos un poco más de cerca, puede advertirse la irrupción en el escenario local de nuevos grupos y asociaciones con intereses diversos. Y si bien todos compartían un objetivo pedagógico común, había algunas que se destacaban por su organización y por sus redes, que aspiraban a ocupar el espacio vacante que había dejado el frustrado intento de tener una universidad propia en la ciudad. Esta multiplicidad de actividades no era privativa del caso que analizamos, para el periodo y en los años subsiguientes, las bibliotecas populares ofrecían cursos y conferencias atendiendo a los variados intereses de sus socios y de los vecinos del barrio:

De este modo, las bibliotecas populares fueron agencias de actividades múltiples, en la que lo cultural se articulaba, por pasos sucesivos, con lo recreativo. Ambas cosas escaseaban en los barrios; por eso las conferencias -cualquiera fuera su tema- constituían un evento. Sus promotores eran los mismos que impulsaban y orientaban la lectura, de modo que libros, conferencistas y temas respondían a las mismas inquietudes. Más cotidianamente, las bibliotecas ofrecían cursos de capacitación, organizados a veces de manera sistemática, bajo la forma de «universidades populares».¹⁹⁸

El reglamento redactado en 1921 para la cesión del salón incluía en su articulado algunas pautas que intentaban restringir las presentaciones dentro de “fines científicos o artísticos y no de organización y propaganda”, solicitando que los oradores fueran “de competencia reconocida”, tratando los temas “desde un punto de vista doctrinario”. Otra aclaración importante era la gratuidad de las actividades para todos los concurrentes. Sin embargo -como mencionamos más arriba – el mismo Lovell reconoce que era muy difícil aplicarlo. Así, vemos una variada paleta de oradores y temas, algunos de los cuales no necesariamente estaban en la misma sintonía cultural que los directivos de la institución.

¹⁹⁷ Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 130. Las mayúsculas en el original.

¹⁹⁸ Luis Alberto Romero, “El Estado y las corporaciones”, en VVAA, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina (1776-1990)*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Edilab Editora, 2002, pp. 179-273.

Muniagurria afirmaba en uno de sus informes que la institución había “desplegado al máximo su doble función de biblioteca y centro cultural”, definiéndola como un “Ateneo de cultura general”.¹⁹⁹

Algunas instituciones tuvieron una presencia más importante que el resto, por diversos motivos, y una de esas fue el Ateneo Popular del Rosario fundado por Julio Bello. Bello era-entre otras cosas- Director de la Escuela Superior de Comercio y allí había fundado una biblioteca de la cual Lovell era encargado²⁰⁰. Fue uno de los grupos más activos en los primeros años de la biblioteca, organizando charlas y conferencias, desde su inauguración el 11 de agosto de 1912 en la Biblioteca. Las conferencias organizadas por este grupo eran de interés general y los oradores si bien no eran celebridades eran seleccionados entre especialistas. Las actividades fueron espaciándose con los años y transformándose en proyecciones cinematográficas sin oradores; en 1932 registramos su última charla.

A la inversa, las actividades de *El Círculo* no pararon de crecer desde 1915, y hasta 1925 tuvieron casi la exclusividad del uso del salón, con algunos eventos ocasionales llevados adelante por otros grupos. A partir de 1926 y en los años subsiguientes comienzan a aparecer otras entidades que van ganando espacio en la agenda: la Asociación Cultural de Conferencias, el Centro Filial Rosario de la Alianza Continental, y a partir de 1931 el Colegio Libre de Estudios Superiores. Veamos el caso de la Asociación Cultural de Conferencias: creada en 1925 por el Dr. Alfredo Castellanos “con el objeto de contribuir al desarrollo cultural científico de la ciudad de Rosario” mediante el desarrollo de “ciclos de conferencias científicas de carácter general”, organizaba este tipo de actividades no sólo en la Biblioteca sino también en otros ámbitos, como la Escuela Normal N°2 o el local de Federación Agraria.²⁰¹ El propósito era brindar charlas de divulgación sobre temas científicos y llegado el caso, organizar una “Extensión Universitaria Obrera”, destinado a la “elevación intelectual

¹⁹⁹ Alfredo Lovell, Op. Cit. p.278.

²⁰⁰ Con respecto a esta biblioteca, Miguel Ángel De Marco sostiene que el nivel de la bibliografía allí reunida revela que en realidad tanto Bello como Lovell y otros docentes esperaban que esa biblioteca fuera la base de la futura universidad. Bello era condiscípulo de Juan Álvarez y entre los dos presentaron un proyecto de creación de un Instituto de Ciencias Políticas para la formación de funcionarios en 1917 que no prosperó. Miguel Ángel De Marco, *Ciudad puerto. Universidad y desarrollo regional, Rosario, 1919-1968*, Rosario: CEHDRE, 2013, p.150.

²⁰¹ Asociación Cultural de Conferencias de Rosario, *Antecedentes, propósitos, labor, socios, etc.* Rosario, 1930, Imprenta Taborda, p.11 y ss. Alfredo Castellanos se había graduado en medicina, pero su interés estaba puesto en la antropología, la geología y la paleontología. Se radicó en Rosario en 1920, donde también fundó el Museo Florentino Ameghino.

científica del pueblo en general y del obrero en particular.”²⁰² Entre los miembros activos y contribuyentes, podemos encontrar a Clemente y Juan Álvarez, Ángel Guido, Dolores Dabat, Simón Neuschlosz, Cortes Pla, entre otros.²⁰³

Ya en los '30, este tipo de asociaciones se activaron en contra del fascismo; compartían un ideario común basado en la defensa de la cultura como patrimonio de la humanidad anclado en la tradición liberal y con elementos propios de la izquierda y el comunismo. Ricardo Pasolini define a esta “cultura antifascista” como una experiencia que proporcionaba una “sensibilidad ideológica” que, sin embargo, articulaba muchas tendencias, incluso contradictorias entre sí y que configuró una red de relaciones sociales e institucionales apoyada en centros culturales, ateneos y bibliotecas.²⁰⁴ En el caso específico del Colegio Libre de Estudios Superiores, fue fundado por Aníbal Ponce en 1930, como una institución privada, funcionando de modo paralelo a las instituciones académicas públicas en el dictado de clases bajo la modalidad de cátedras libres.

Como los teatros independientes, otras asociaciones culturales surgieron de la iniciativa de intelectuales «comprometidos», que asumían una misión cultural y a la vez política: educar al pueblo. Este movimiento, como se vio, surgió emparentado con la idea de la «extensión cultural», característica de la Reforma Universitaria, un movimiento que cobró gran fuerza luego de 1918 y animó, a la vez, el gremialismo y la militancia estudiantil. El origen de estas iniciativas culturales fue más variado y excedió lo universitario; todas ellas sin embargo pueden inscribirse en el gran arco del liberalismo progresista y el socialismo. La Sociedad Luz y el Colegio Libre de Estudios Superiores muestran dos modalidades de esta tendencia.²⁰⁵

Articulando principios de la izquierda combinados con liberalismo reformista, la propuesta en principio se centraba en desarrollar una red intelectual y cultural y muchos intelectuales locales formaron parte de esta experiencia. En su filial local, Sandra Fernández identifica tres grupos: la segunda o tercera generación del grupo original que había dominado la escena cultural de los '30 -Manuel Castagnino e Hilarión Hernández Larguía-, grupos de izquierda conformados por profesores y científicos exiliados, y en tercer lugar profesionales

²⁰² Idem, p.9.

²⁰³ Idem p.15 y ss.

²⁰⁴ Si bien Pasolini lo centra en esas dos ciudades (la *AIAPE* de Buenos Aires y el *Ateneo de Cultura Popular* de Tandil) pensamos que muchos de sus elementos pueden servir para el análisis del caso rosarino. Ricardo Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década del '30. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Pasolini%201.pdf>

²⁰⁵ Luis A. Romero, “El Estado...”, Op. Cit. p.204

y expertos que no descienden del grupo original (Olga Cossettini, Dolores Dabat, Ángel y Alfredo Guido).²⁰⁶

Como vemos, el escenario cultural local se había diversificado en torno a los '30 y eso se vio reflejado en la agenda de la biblioteca; por fuera de la continuidad de las actividades organizadas por *El Círculo*, empezaron a aparecer oradores y temas nuevos. En 1931, por ejemplo, hubo cinco conferencias dedicadas a “El problema del sexo” -dictadas por Juan T. Lewis- y en 1932 hubo una serie de charlas dedicadas a distintos aspectos de la realidad rusa.²⁰⁷ También desde 1929 se agregaron las reuniones organizadas por la flamante *Filial Rosario de la Junta de Historia y Numismática Americana* y desde 1930 se firma un consorcio con el Instituto Social, que trataremos más adelante.

Este proceso de diversificación no era privativo de Rosario, sino que a escala nacional -y también internacional, con matices propios de cada realidad- la década del '30 ofreció una marcada activación de la discusión política en todos los niveles de la sociedad incluyendo nuevas voces. Entre estas voces se encontraban la de los intelectuales y miembros del campo cultural, que se sintieron llamados a participar de los debates en torno a la realidad nacional e internacional y a la definición de su propio rol, manteniendo el diálogo -por el momento- entre las distintas posiciones.²⁰⁸ En este clima, proliferaron las conferencias y asociaciones dedicadas a organizarlas y -como apuntamos más arriba- las bibliotecas se constituyeron en un espacio privilegiado para estas actividades.

La ilusión de que mediante la aplicación del reglamento se acotaría el tono de las intervenciones para preservarlas por fuera de la política queda bien ilustrada con este ejemplo de uno de los partícipes de aquellas jornadas de 1933 en las que se presentó a Alfaro Siqueiros:

²⁰⁶ Seguimos en este tema el artículo de Sandra Fernández, (2019). Olga Cossettini y el Colegio Libre de Estudios Superiores en Rosario (Argentina), 1939-1940. *Historia y sociedad*, (36), 133-159. <https://doi.org/10.15446/hys.n36.69454>

²⁰⁷ Las conferencias fueron dictadas por Jorge F. Nicolai en 1932 entre agosto y septiembre. Fueron en total diez: “Rusia en la actualidad y en el futuro”; “Rusia desde el punto de vista de sus posibilidades”; “El papel del proletariado en las revoluciones. Lenin y el pueblo”; “Lenin y el pueblo”; “Rusia actual y futura. El sentimiento de la industrialización y la fuerza económica de Rusia”; “Rusia actual y futura”; “Rusia actual y futura, la ciencia y el experimento ruso”; “Rusia actual y futura. La vieja fe en Rusia”; “Rusia actual y futura. La nueva fe en Rusia”; “Rusia actual y futura. Las libertades en Rusia”. La actividad fue organizada por el C.L.E.S. Alfredo Lovell, Op. Cit. p. 117/8.

²⁰⁸ Alejandro Cattaruzza, “Actividades intelectuales, acciones políticas” en *Historia de la Argentina...* Op. Cit., pp. 69-90.

El momento estético era la mirada hacia México, porque había venido al país Siqueiros y entonces hizo algunos trabajos en Buenos Aires, retratos monumentales, decoró una habitación en la casa de Natalio Botana. Entonces lo trajimos a Rosario a dar una conferencia que se hizo en la Biblioteca Argentina, diciendo que era un plástico mexicano, pero naturalmente salió el gran político de izquierda que era Siqueiros y el director de la sala se agarraba la cabeza, porque pensaba que iba a hablar exclusivamente de arte y se encontró con un artista que hablaba de luchas sociales.²⁰⁹

Este testimonio nos da la pauta para reflexionar acerca de la acción cultural de la biblioteca y sus repercusiones; la importancia y el éxito que había adquirido el espacio para las múltiples convocatorias provocaba, a su vez, la imposibilidad de mantenerlo al margen de los debates políticos e intelectuales de la época; tanto la ciudad como la Biblioteca funcionaron como caja de resonancia de los acontecimientos políticos, sociales e ideológicos que transformaron al mundo de entreguerras.

-El Círculo o la educación del gusto

A pesar de la diversidad de la oferta, Lovell recuerda que el público seguía teniendo preferencia por las actividades musicales:

La Dirección tuvo algunas iniciativas loables, que si fracasaron se debió a la situación económica, a la apatía del público, al poco apego que la ciudad demostró tener, no concurriendo a las reuniones de carácter literario y científico. Comparando el número de concurrentes a las conferencias con el de asistentes a conciertos, nos hallamos con una desproporción enorme.²¹⁰

La asociación *El Círculo* fue esencial en el desarrollo cultural de la institución. Desde un principio, el éxito y las repercusiones de sus reuniones se tradujeron en que una parte sustancial de las actividades de la biblioteca estuvieran a su cargo. Ninguna otra asociación o grupo se mantuvo con esa permanencia, y *El Círculo* dispuso del espacio de manera ininterrumpida a lo largo de 41 años. Repasemos un poco sus inicios en palabras de Lovell:

La primera Memoria de la Biblioteca, de fecha 31 de mayo de 1912, enviada al Concejo Deliberante, entre las iniciativas a desarrollar por la Dirección, figuraba la de “transformar a la biblioteca en un centro de reunión de carácter artístico, sea facilitando el salón de lectura, con ese propósito, sea organizando conciertos y actos públicos.” La primera

²⁰⁹ Entrevista a Héctor Di Bitetti, Apud Guillermo Fantoni en *Berni entre el surrealismo...* Op. Cit., p.233.

²¹⁰ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.76.

oportunidad que se le presentó a tal efecto fue la cesión del salón para que el Fomento de Bellas Artes realizara en el local su primer concierto vocal e instrumental. Posteriormente, con motivo de la inauguración oficial de la Biblioteca, contrató y costeó de su peculio el Cuarteto Fontova, de Buenos Aires, para que amenizara el acto con números de música de cámara, que mereció los plácemes de las familias más representativas de la ciudad y que decidió al Dr. Rubén Vila Ortiz a lanzar la idea de repetirlo con alguna frecuencia.²¹¹

En agosto circuló una invitación “entre las principales familias rosarinas” para discutir sobre la creación de un centro artístico.²¹² En la reunión, con más de treinta concurrentes, Muniagurria, Vila Ortiz y Álvarez fueron los encargados de delinear los objetivos del proyecto y de tal modo se hizo.

1° Dar al centro el nombre de “*Círculo de la Biblioteca*”

2° Que el centro inicie su gestión organizando festivales musicales invitando a personas de talento y competencia reconocida a dar conferencias, o prestigiando o promoviendo la realización de exposiciones de arte.

3° Que el cumplimiento de este programa esté a cargo de una comisión reducida, compuesta de cuatro miembros: Presidente, Secretario-Tesorero y dos vocales.

Se decidió que se elegiría entre los presentes de la primera reunión a los miembros de la Comisión, resultando elegido presidente Juan Álvarez, secretario Luis Ortiz de Guinea y vocales Camilo Muniagurria y Rubén Vila Ortiz. Al respecto, Lovell comenta:

La designación recayó, como se ve, en el director de la Biblioteca Argentina, por entender que al favorecer al desarrollo de la naciente sociedad, se prestaba también un señalado servicio a la Biblioteca, pues los fines de ambas instituciones corrían paralelos y, aunque de acción independiente, convergían en un ideal común. Pudo subsistir el *Círculo de la Biblioteca* merced a la hospitalidad de la Biblioteca Argentina, que le permitió suprimir los numerosos gastos que absorben casi todos los recursos de los centros culturales.²¹³

De esta manera, quedó conformada la asociación *El Círculo de la Biblioteca* el 24 de septiembre de 1912, siendo sus participantes Julio Bello, Francisco E. Correa, Fermín Lejarza, Raúl Lagos, José Piattini López, Clemente Álvarez, Manuel Sugasti, Ricardo Foster, Cornelio Casablanca, Miguel Celaya, Camilo Muniagurria, Bartolomé S. Danieri, Enrique Fianza, Salvador Alzola Zabaleta, Artemio Zeno, Nicanor G. Pinto, Germán Cogorno, Juan

²¹¹ Ibidem, p.178.

²¹² Firman Camilo Muniagurria, Rubén Vila Ortiz, Rafael Araya, Juan B. Siburu, José Piattini López, Luis Ortiz de Guinea, Raúl Lagos, Julio Bello, Fernando Schleisinger, Tomás Arias y Juan Álvarez.

²¹³ Id., p.179.

Álvarez, Carlos L. Paganini, Emilio Ortiz Grognet, G. R. de la Riestra, Rubén Vila Ortiz, Miguel S. Llanos, Francisco Questa, Dermidio P. González, C. Erdfeher y Luis Ortiz de Guinea.²¹⁴

A partir del mes de octubre de ese año se iniciaron los conciertos con regularidad. A principios de 1913, Juan Álvarez se puso en contacto con el Ministro de Instrucción Pública para gestionar la posibilidad de que la Biblioteca fuera depositaria de las obras pertenecientes al Museo de Bellas Artes que no estaban colgadas y estaban guardadas en el depósito, a los fines de estimular “la educación estética de la ciudad”.²¹⁵ El 16 de enero recibió una carta de Manuel Gálvez (h):

Mi querido doctor Álvarez:

Su nota será pronto despachada. Pero no se alegre mucho: lo será despachada, pero negativamente. He hablado con Groussac y con Semprún, presidente este último de la Comisión de Bellas Artes. Semprún me dijo: nequaquam. Ya se imaginará usted las razones: bienes del estado, etc. Por esta vez, pues, los rosarinos deberán contentarse con los bellísimos cuadros naturales que les ofrece el Paraná y con las pintorescas escenas que promueve el no menos pintoresco doctor Infante.²¹⁶

Evidentemente, frente a esta negativa, su proyecto de iniciar alguna actividad vinculada con las artes plásticas hizo madurar la idea que finalmente se concretó el 13 de agosto de 1913, con la inauguración en la Biblioteca del Primer Salón de Bellas Artes de la ciudad. La actividad se había programado en sintonía con la visita del Presidente de la Nación a Rosario, como lo afirma Camilo Muniagurria en su informe anual:

A propósito de la visita a la ciudad efectuada por S.E., el señor Presidente de la Nación, Doctor Roque Sáenz Peña, esta Institución resolvió cooperar al programa de festejos con los cuales se rendía homenaje de cortesía al primer magistrado, organizando en sus salones y bajo sus auspicios, una Exposición de arte pictórico aprovechando para ello las colecciones privadas de algún mérito que existen en la ciudad.²¹⁷

El coleccionismo de arte era una práctica que existía entre las familias de la alta sociedad rosarina, pero no había habido oportunidad de reunir las obras en un espacio al que

²¹⁴ Id., p.179.

²¹⁵ Juan Álvarez, nota “Al Ministro de Instrucción Pública” datada “Rosario, diciembre de 1912”, en Libro Copiador, T.I, nº 429.

²¹⁶ Manuel Gálvez (h), esquila dirigida a Juan Álvarez, datada “Enero 16 de 1913”, en “*La Biblioteca Argentina...*”, Op. Cit., s/p.

²¹⁷ Camilo Muniagurria, “Tercera Memoria al Intendente Dr, Oscar Meyer”, elevada en 1914, en Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 249.

accediera tanto público, atraído tanto por la novedad de la convocatoria como por la visita presidencial y el recientemente inaugurado edificio:

(...) Expusimos todos los aficionados con que entonces contaba ROSARIO. Telas y esculturas de nuestra propiedad particular figuraron en el Catálogo (uno de cuyos ejemplares poseo en mi Archivo) como así también hubo en el Salón una sección especial dedicada a las obras del malogrado y eximio pintor rosarino, AUGUSTO J. OLIVE.²¹⁸

Entusiasmados con la repercusión, los miembros de la Asociación *El Círculo* se organizaron para crear pocos años después la primera Comisión de Bellas Artes de la ciudad.²¹⁹

Volviendo a 1913, *El Círculo de la Biblioteca* duró hasta noviembre. En abril, tanto Álvarez como Muniagurria renunciaron a sus cargos. Muniagurria renunciaba porque había sido nombrado Director de la Biblioteca, de modo que permanecía como socio prometiendo colaboración. El 31 de octubre se celebró la primera asamblea de la asociación, que había sido creada en septiembre de 1912 y todavía no contaba con estatutos y reglamentos que organizaran su acción. Veamos qué anota Lovell:

Leída la primera Memoria de la Asociación, el socio Dr. Camilo Muniagurria formuló cargos a la Secretaría por desatenciones recibidas en su carácter de Director de la Biblioteca Argentina y como un socio expresara que tales asuntos no debían ser llevados a la Asamblea, renunció de inmediato como socio, fundándola en el deseo de conservar si libertad de acción como Director de la Biblioteca en sus relaciones con el Círculo de la Biblioteca y agregando que el local bajo su dependencia quedaría siempre disponible a toda asociación cuyo fin fuera el de propender a la cultura artística del Rosario.²²⁰

Las relaciones entre *El Círculo de la Biblioteca* y la institución que lo albergaba incluían algunas fricciones, propias de los derechos y obligaciones -aparentemente no establecidos claramente- y del hecho de que los miembros superponían los cargos y tenían vínculos personales previos, lo cual dificultaba la imposición de límites. Abundan los ejemplos y comentarios sobre estas situaciones, que siempre giraban sobre la misma cuestión,

²¹⁸ Nicolás Amuchástegui, *La Biblioteca...* Op. Cit., p.42 (las mayúsculas en el original)

²¹⁹ La primera Comisión fue designada en 1916 por la Asociación *El Círculo*. Sus miembros eran Nicolás Amuchástegui (presidente) Luis Ortiz de Guinea (secretario) Fermín Lejarza (tesorero) Juan B. Castagnino, Emilio Ortiz Grognet y Julio Bello (vocales). Esta Comisión se oficializa en noviembre de 1917, pasando a ser la Comisión Municipal de Bellas Artes, en la que hubo pocos cambios; se agregan algunos nombres tales como Antonio Cafferata, Augusto Flondrois, Ricardo Caballero, Jorge Raúl Rodríguez y Magín Anglada.

²²⁰ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.180.

esto es, el carácter de las reuniones, el público al cual estaba destinado y si el ingreso era irrestricto o no. Veamos lo que afirma Muniagurria en su informe al Intendente:

Con fecha 3 de abril ppdo. la Dirección creyó oportuno dictar una resolución de orden general, por la cual la concurrencia de las personas a los actos de cualquier clase que se realizasen en la Biblioteca con el carácter de fiestas, fuera libre para todo el mundo sin más limitaciones que las exigidas por la cultura, el orden y la capacidad del local. Tal resolución que modificaba una costumbre establecida desde algún tiempo por la actuación de una de las Asociaciones nombradas ha podido parecer, tal vez, arbitraria para aquellos que en tal situación podían reportar a beneficio propio una limitación injusta. Pero puede estarse seguro que cualquier criterio imparcial justificaría una resolución que desvirtuaba un privilegio poco en armonía con el carácter de la institución.²²¹

Evidentemente había un choque de intereses y de programas entre ambas instituciones, y esa tensión hizo crujir a la primera formación. Como mencionamos, el grupo llegó a organizar la exposición de agosto, pero en noviembre de 1913, la Asociación pasó a llamarse *El Círculo*.

No faltó quien dijera, empecinadamente y con más malicia que justicia, que “unos cuantos locos habíamos inaugurado una exposición de marcos.” Como no faltó, tampoco, quien imputara al “CIRCULO DE LA BIBLIOTECA”, haber nacido cerrado, con contornos de aristócrata y destinado, solamente, para las clases elevadas de esta sociedad. (...) Cargo infundado, Señores, que cito para demostrar que en esos años, actuábamos en un medio ambiente falto de conocimientos superiores y pobre de aspiraciones espirituales.²²²

Es llamativo el breve espacio que dedica Lovell en sus memorias a narrar la actuación de esta asociación que determinó tanto el prestigio cultural de la biblioteca. En este breve espacio, además, no deja de mencionar el entredicho que informa Muniagurria, pero también agrega que esa disposición fue transitoria y se aplicó sólo por un año:

El Círculo, nacido el 24 de noviembre de 1913, tiene por fin PROPENDER A LA CULTURA INTELECTUAL Y ARTISTICA DEL ROSARIO, según sus estatutos. Ha recibido siempre el apoyo de la Biblioteca en cuyo local ha realizado hasta el presente casi todos sus festivales. Cabe, sin embargo mencionar que el 6 de abril de 1914, la Comisión

²²¹ Camilo Muniagurria, “Tercera Memoria...”, Op. Cit., p.150

²²² “(...) Las clases elevadas de toda sociedad no solo tienen los mismos derechos de las que no lo son para instruirse, ilustrarse y aprender en todos los órdenes del conocimiento humano, sino que precisamente por serlo, están en la obligación ineludible de proseguir su educación y de perseguir su perfeccionamiento, sin omitir medios ni economizar empeños, pues saben y saben bien que por lo general y en todo el mundo civilizado, es de ellas de donde surgen (SIC) los más capacitados para la ardua y delicada función directivo institucional en el dinamismo de los pueblos libres.” Nicolás Amuchástegui, *La Biblioteca...* Op. Cit., p.42/3.

Directiva de esta institución contratar el salón de fiestas del Savoy Hotel para sus reuniones en atención a la resolución de la Biblioteca Argentina de que las reuniones que se efectúen en su local fueran de carácter público, volviendo a la Biblioteca desde el 18 de abril de 1915, debido al ofrecimiento verbal del Director de que para *El Círculo* quedaba sin efecto la decisión tomada anteriormente.²²³

La decisión de dejar sin efecto la resolución probablemente haya respondido a la necesidad de recomponer relaciones con este grupo, dentro del cual Muniagurria sostenía vínculos personales previos en el contexto de la reducida y endogámica alta sociedad rosarina. Haber roto relaciones hubiera significado una dificultad muy grande para la supervivencia de la asociación -que no contaba con otro espacio para llevar adelante su programa- lo cual habría resultado en una enemistad declarada y permanente con este grupo. Recíprocamente, para la Biblioteca la programación de *El Círculo* era la más prestigiosa de su agenda, y la calidad de los oradores y concertistas era indudablemente superior.

Cabe señalar, además, que la Asociación tenía una actividad intensa, no sólo con la organización de los Salones de Otoño que se iniciaron en 1917-y a través de los cuales comenzó a generarse un espacio para las artes plásticas antes inexistente- sino a partir de 1919 con la edición de una revista que acompañaba todo el programa de educación estética que el grupo se había propuesto. La revista incluía entre sus páginas notas exclusivas sobre arte, crítica de libros y comentarios sobre exposiciones, pero además publicaba su agenda mensual complementando con artículos dedicados a los artistas y su trayectoria así como reseñas críticas de los espectáculos, lo que amplificaba la trascendencia de la reunión. También se transcribían casi enteras las conferencias. En 1919 una editorial reflexionaba sobre lo exitoso de su propia obra:

“*El Círculo*” celebrará en el corriente mes su centésima reunión artística.

Lo que esto significa para la ciudad de Rosario, solo pueden apreciarlo los allegados a la institución y los espíritus imparciales, propios o extraños, que han seguido su desenvolvimiento.

²²³ “La institución cedió a *El Círculo* una salita para que conservaran sus retratos, muebles y útiles y les ha guardado sus sillas hasta la fecha. A cambio de estos servicios ha retribuido a la Biblioteca en abril de 1918 con una contribución de 1.250 pesos (Presidencia Ortiz de Guinea), dedicados a la construcción de una sala; en agosto de 1921 (Presidencia de Juan Álvarez) con 1500 pesos destinados a pintar todo el edificio; y 26 de marzo de 1923, resolvió fijar una subvención anual de 600 pesos dedicados a la adquisición de libros, la que fue abonada en 1923, 1934 y 1935, suspendiéndolas a principios de 1926.”, Alfredo Lovell, Op. Cit., p.180 (las mayúsculas en el original)

Para ser ecuanímes en la manera de juzgar los frutos de la culta asociación, en su ya regular periodo de seis años, conviene recordar que antes de ella, el Rosario permanecía indiferente a todo lo que no respondiese a la materialidad de la vida. (...)

Por su tribuna bien conocida y respetada, han desfilado los conferencistas más caracterizados del país y del extranjero: filósofos, poetas, naturalistas, astrónomos, médicos, artistas, diplomáticos, literatos, historiadores.

Nuestro público que no conocía antes más música que la que oía en los malos conciertos de caridad o en los medianos conjuntos de ópera, ha escuchado en “*El Círculo*” las obras más famosas de los clásicos y de los modernos, ejecutados por los artistas de mayor renombre en el mundo.²²⁴

Dos veces por mes la Biblioteca habilitaba su salón para estos eventos y subían al escenario artistas e intelectuales reconocidos a nivel nacional e internacional, tales como Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, José Ortega y Gasset, José León Pagano, Arturo Rubinstein, Estanislao Zeballos, Claudio Sánchez Albornoz, Berta Singerman, Andrés Segovia, y concertistas de fama internacional. Inclusive en 1929 se creó un Cuarteto estable de la propia institución.²²⁵

Lovell ofrece su mirada sobre los acontecimientos, en la que percibe una disputa por el control del espacio que la Asociación llevaba adelante con la Biblioteca, y que se reeditaba periódicamente con malestar desde ambos lados:

En un principio y durante la presidencia del Dr. Juan Álvarez, la Biblioteca distribuía invitaciones a las autoridades y a las personas a quienes estaba obligada por atenciones recibidas, para que pudieran asistir a los conciertos y conferencias realizados en su local, auspiciados y costeados por *El Círculo*. Esta conducta lógica y natural no agradó a algunos presidentes de esa Institución. Puedo afirmar terminantemente que jamás abusó la Biblioteca de este derecho y sin embargo de ello, esa Asociación se posesionó totalmente del local de la Biblioteca durante las horas en que efectuaban sus reuniones, expulsó de su local hasta a un diputado a quien la Biblioteca debía múltiples atenciones y beneficios y desalojó de la puerta de entrada al personal de la casa, el que fue sustituido por el suyo. Esta conducta provocó más de un incidente y de una crítica en diarios locales.²²⁶

²²⁴ (Nota de Redacción) Revista de *El Círculo*, Año I, N° VI, Rosario, junio de 1919, p. 113/4

²²⁵ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.109.

²²⁶ Ibidem, p.201. Como ejemplo, podemos mencionar que en la prensa local se informa sobre la disertación de José Vasconcelos “en el Círculo”, sin mencionar a la Biblioteca Argentina. Revista *Monos y Monadas*, 15 de junio de 1934, Año I, N° 3, p.16.

En 1927 hubo otro episodio, relacionado con venta de entradas, ante lo cual la Dirección de la Biblioteca llamó la atención, por constituir una grave infracción a su reglamento de cesión del salón, a lo que *El Círculo* respondió que se estaba sujetando a su propio reglamento.²²⁷

La trayectoria de *El Círculo* ha sido trabajada por la historiadora Sandra Fernández.²²⁸ Su planteo sostiene que sus mentores -y puntualmente Juan Álvarez – impulsaron este tipo de asociaciones buscando el rédito simbólico -en términos de capital cultural-, apoyados en redes familiares y de amistad preexistentes que le permitían hacer uso de los bienes públicos para beneficio privado. Por su parte, la revista es entendida como una estrategia cultural que opera en tanto didáctica del arte para un público selecto, aspirando avanzar hacia otros segmentos. A la vez funcionaba como órgano de difusión del trabajo de artistas e intelectuales locales, apostando al arte como valor que “rescata” a la ciudad mercantil.

Nuestra mirada sobre el rol de esta asociación difiere fundamentalmente en lo que respecta al vínculo con la Biblioteca. Como hemos mencionado, lo que originalmente fue *El Círculo de la Biblioteca* fue disuelto a poco de andar, con lo que se fundó la Asociación *El Círculo*. Como hemos visto, tanto Álvarez como Muniagurria vivieron situaciones tensas por ser parte de la Asociación y a la vez representar a la Biblioteca, porque los intereses no siempre coincidían, así como tampoco el programa y los objetivos. La exclusividad que pretendía *El Círculo* chocaba con los principios de la institución abierta para todo público. Por otra parte, este vínculo podría pensarse como de mutua conveniencia: por un lado la Asociación se beneficiaba del hecho de contar con un local céntrico aportando pequeñas sumas eventuales para su mantenimiento; por otro, la Biblioteca podía ofrecer un programa de excelencia con figuras que de otro modo no podría haber convocado. La Asociación *El Círculo* le permitió a la Biblioteca cumplir su programa de acción cultural de un modo mucho más exitoso, transformando ese espacio en un ámbito especial que hacía la diferencia con el resto de las bibliotecas conocidas hasta el momento.

²²⁷ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.201.

²²⁸ “La negación del ocio. El negocio cultural en la ciudad de Rosario a través de la asociación El Círculo (1912-1920)”, en *Andes*, núm. 14, 2003, Universidad Nacional de Salta; “La revista como colección. Imágenes, arte y cultura en una revista cultural ilustrada” en Sandra Fernández y Oscar Videla, *Ciudad oblicua...* Op. Cit.; *La Revista El Círculo o el arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2010.

-Creaciones y proyectos: la Biblioteca propone

En las páginas siguientes, Lovell se dedica a enumerar distintas iniciativas que fueron surgiendo desde la misma Dirección o de instituciones anexas, para ser llevadas adelante desde la biblioteca, en sintonía con el propósito de trascender su rol meramente bibliotecológico. Los proyectos descriptos fueron elegidos por ser “los más importantes”; veamos su selección y qué podemos inferir de ésta.

En primer lugar, ubica el proyecto denominado “Biblioteca de la Biblioteca”, que consistió en la idea de publicar algunas de las conferencias dadas en la institución “que merecieran ser defendidas de un olvido injusto y perjudicial”, planeando más adelante incluir una selección de obras que ‘no lleguen generalmente a la mayoría de los lectores.’ La iniciativa duró poco tiempo y resultó, cuanto menos, bastante autorreferencial; en 1915 se imprimió en los talleres propios el discurso que diera Joaquín V. González en la inauguración. En el mismo año, dos publicaciones de Camilo Muniagurria: una disertación sobre *El Quijote* y en 1919, un ensayo.²²⁹ Aparentemente, había intenciones de publicar otros títulos pero los autores se negaron a ceder los permisos para editar; Lovell concluye que “la simpática y útil iniciativa fracasó por falta de recursos.”

En el marco de iniciativas pedagógicas alternativas que buscaban complementar el insuficiente sistema escolar, la Biblioteca puso en marcha la “Escuela de adultos analfabetos”. A principios de siglo hubo en la ciudad algunas experiencias de educación informal por fuera de las instituciones, que buscaban llegar a aquellos que no accedían al sistema oficial. Uno de estos ejemplos lo constituyó la “Escuela al Aire Libre” que desde 1916 se había instalado en el Hipódromo del Parque Independencia y nucleaba a niños no escolarizados de los márgenes de la ciudad.²³⁰

²²⁹“La Biblioteca y la cultura pública”, “Cervantes y el Quijote” de María Luisa Rezzoagli y “La percepción de la belleza”, respectivamente. *Ibidem*, p.151.

²³⁰La Escuela al Aire Libre era una propuesta innovadora, y fue llevada adelante por la Asociación de Ex Alumnas del Normal N° 2. Sobre esta experiencia, ver Carolina Zoppi “Las maestras se organizan: Asociación de Ex Alumnas “Ana María Benito”, Rosario 1927” XIII Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VII Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, “Horizontes revolucionarios. Voces y cuerpos en conflicto”, UBA, 24 al 27 de julio de 2017. Otro ejemplo lo constituye la creación de la Universidad Popular en 1918, que también funcionaba en el edificio de la Escuela Normal N°2. Fue creada por Agustín Araya “mientras se discutía la ley de creación de la Universidad local (...) Posteriormente la Universidad Popular pasó a depender del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, cumpliendo con su finalidad de difusión cultural. En 1937 tuvo 2.670 alumnos (...) Desde la creación de la Universidad Nacional de Rosario, la Universidad Popular de Rosario pasó a formar parte de la misma. Wladimir Mikielievich, “La instrucción pública en Rosario”, en *Historia de las Instituciones...Op. Cit.*, p.231/2. También puede verse Elsie Laurino

La idea fue de Camilo Muniagurria, para lo que se contrataron dos maestras de nivel primario para dar clases todos los días entre las 18.30 y las 19.30. La convocatoria era para adultos de ambos sexos, mayores de 18 para los varones y 15 para las mujeres, repartidos en días distintos.²³¹ El 30 de julio de 1917 iniciaron las clases en la sala de lectura.

Obreros, en su totalidad, no tenían noción de la disciplina escolar por lo que la tarea consistió, en un principio, en disciplinarlos, luchando con caracteres rebeldes, habituados a la chacota, riéndose o discutiendo por la más leve causa. El desaseo era notorio, pues pasaban del taller a la escuela todos desgñados y sucios. Muchos asistían por mera curiosidad; pero la maestra valiéndose de continuadas observaciones dadas con suma delicadeza a fin de no herir susceptibilidades, hicieron comprender la forma en que debían presentarse y la conducta a observar, lo que no tardó en dar buenos resultados, y atrajo a otros alumnos, algunos de más de 40 años.

La enseñanza impartida era de nivel elemental, "...se les planteaba problemitas sencillos al principio, relacionados con la vida práctica (...) redactar documentos sencillos, vales, recibos, pagarés, cartas comerciales y familiares." El horario de clase muchas veces se extendía media hora o más por el entusiasmo de los alumnos.

La escuela funcionó durante tres años lectivos, y la cantidad de alumnos aumentaba año a año. Finalmente, en febrero de 1920, "la Dirección resolvió, por razones de orden interno, suspender el funcionamiento de la Escuela." Lovell no agrega nada más. Probablemente los motivos "de orden interno" hayan tenido que ver con el aumento de los inscriptos, la poca disponibilidad de docentes y personal para quedarse fuera de horario y fundamentalmente el hecho de ocupar el salón diariamente dejando de lado otras actividades culturales.

Sigamos. Un par de años más tarde se implementó otro proyecto, el "Premio Anual de la Biblioteca Argentina", que consistía en organizar un concurso para que participaran todos los conservatorios de música de la ciudad con un alumno de canto, otro de piano y otro de violín.²³² El premio estipulado para los seleccionados en la primera instancia era más bien de carácter simbólico, una medalla de oro y un diploma. Más interesante era la posibilidad de acceder a una beca de estudio por un año en Europa, que se disputaría entre los 3 primeros.

(Dir.) *Pasado y presente de la Escuela Normal N° 2: Recorridos de una experiencia de extensión universitaria*, Rosario, Laborde Libros, 2017.

²³¹La asistencia fue de 11 varones argentinos y 7 extranjeros y 6 mujeres argentinas y 4 extranjeras.

²³² Alfredo Lovell, Op. Cit., p.153.

El 15 de marzo de 1924 se llevó adelante el concurso con siete participantes, pero hubo derivaciones inesperadas: el concurso terminó en una gran polémica y finalmente se suspendió.²³³

Otro proyecto, el Acuario. Este proyecto fue elaborado por Juan Álvarez, cuando era Director en 1912, “con el propósito de arbitrar recursos de carácter permanente para el mantenimiento y desarrollo de la Biblioteca Argentina” que argumenta en los siguientes términos frente al Intendente Julio Bello:

El Rosario que ha vivido y vive de su excepcional situación sobre el río Paraná, por una extraña aberración se ha acostumbrado a considerar ese hermosísimo elemento de paisaje como una simple fuente de recursos desprovista de todo valor estético. (...) En tales condiciones, he pensado que sería obra buena mostrar a los Rosarinos en un edificio artístico y apropiado las especies más hermosas y menos conocidas de peces, crustáceos y moluscos que el río alberga en su seno. Es notorio que en muchas ciudades del extranjero se considera al aquarium como un complemento y un adorno de los jardines públicos, y será, sin duda, un honor para Rosario construir el primero que exista en la República Argentina.

El proyecto estaba pensado para ser construido en el Parque Independencia; Álvarez incluyó entre los argumentos una progresión de cálculos relativos a las ganancias anuales del Banco Municipal que demostraba la viabilidad económica del proyecto.²³⁴

El interés por los parques y paseos urbanos eran un tópico frecuente desde fines de siglo XIX, cuestión que en Rosario se reeditó en las décadas del '20 y '30 con motivo de la inauguración de los museos.²³⁵ Puntualmente, el objetivo apuntaba al embellecimiento de la ciudad al que sumaba un fin pedagógico; el parque como motivo higiénico se transformó en el nuevo artefacto urbano del reformismo.²³⁶

²³³ Aparentemente, el concursante seleccionado para el primer premio fue denunciado por haber ocultado tener título de profesor, lo cual lo excluía del certamen. Hubo notas, expedientes, testigos y resoluciones. Agrega Lovell por último: “Las polémicas y los dimes y diretes que se sucedieron en el transcurso y con posterioridad al certamen, obligaron a desistir en el futuro.” *Ibidem*, p.155.

²³⁴ El texto completo del proyecto, el plano y notas de los involucrados se encuentran dentro de la compilación documental ya mencionada. En la obra de Juan Álvarez el río es determinante en la historia de la ciudad, y su vínculo con él (río cerrado o río abierto) constituye la diferencia entre los dos grandes periodos en que se divide la historia de la ciudad. Mario Glück, *La nación...* Op. Cit., p.280.

²³⁵ Este punto lo hemos desarrollado en otra oportunidad, Valeria Príncipe, “El museo antes del museo: la colección histórica del Dr. Antonio Cafferata”, en Patricia Artundo y Carina Frid (Eds.), *El coleccionismo de arte en Rosario: colecciones, mercado y exhibiciones, 1880-1970*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2008, p.92 y ss.

²³⁶ Adrián Gorelik trabaja el tema desde la perspectiva de los debates urbanísticos de principios del siglo XX en *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.

La misión de los paseos públicos no se reduce a exhibir arboledas y dar sombra a los transeúntes. Hay que unir al árbol la estatua, el lago, el paisaje, el espectáculo artístico, para que la armonía del conjunto ejerza su influencia benéfica y serena sobre el espíritu, y actúe como una enseñanza estética.²³⁷

El Intendente Julio Bello apoyaba el proyecto de Álvarez y lo presentó a la consideración del Consejo, agregando en la fundamentación que “no damos al río el valor que tiene como elemento de adorno” ni tampoco como fuente de recursos económicos. Al mes siguiente envió una esquila a Álvarez comunicándole que “habrá que dejarlo para mejor oportunidad”.²³⁸ Finalmente, el proyecto fue rechazado en una comunicación firmada por un secretario, Nicolás Pinto que informa que tal proyecto no era posible “dado el actual estado de las finanzas municipales”.²³⁹

Siguiendo con los proyectos, Lovell menciona “Impresión de obras agotadas” y “Proyecto de acuerdo con la Biblioteca Popular”. En el primer caso, se narra el caso de que habiendo solicitado autorización a la provincia para reimprimir el Código de Procedimientos la respuesta fue negativa, motivo por el cual la iniciativa perdió fuerza. En el segundo, se proponía establecer un vínculo con la Biblioteca Popular para complementar servicios, ya que ésta hacía préstamos a domicilio y consulta de diarios y revistas en sala, y la Biblioteca Argentina recién estaba iniciando sus servicios. La respuesta de la institución no fue muy entusiasta, y la propuesta “quedó en la nada”.

En 1925 la Biblioteca encabezó una nueva propuesta, esta vez de creación de una “Institución Mixta”. Ese año, luego de una serie de debates políticos y académicos, se decidió celebrar el Segundo Centenario de la Ciudad, motivo por el cual se conformó una Junta Ejecutiva Pro Festejos. A esta se dirigió la Dirección de la Biblioteca para ofrecer su espacio para crear allí una institución mixta que albergara un Museo de Bellas Artes entre otras secciones. Veamos el proyecto:

²³⁷ Intendente Julio Bello, “Nota al Honorable Concejo Deliberante”, datada “Rosario, octubre 28 de 1912”, en *La Biblioteca...* Op. Cit., s/p.

²³⁸ La nota dice: *Mi estimado Álvarez: por razones que conocerá mañana, conviene que vd. guarde el magnífico proyecto de “Aquarium” que no pudimos realizar. Habrá que dejarlo para mejor oportunidad. Lo saluda su amigo, Julio Bello.* Anotado en lápiz con letra de Juan Álvarez abajo aclara las “razones”: *Renuncia del cargo.*

²³⁹ Intendente Julio Bello, “Nota al Señor Director de la Biblioteca Argentina, Dr. Juan Álvarez”, datada “Rosario, Noviembre 30 de 1912”. Agrega al final “dándose las más expresivas gracias a los iniciadores por el indudable buen propósito que los ha guiado en la concepción y rapidísima tramitación de esta idea.”

Crear con la base de la Biblioteca Argentina en estado de perfecta organización actual, una institución mixta por sus elementos, unificada en su tendencia exclusivamente cultural, con los perfiles generales de un Ateneo y dentro de la cual se organizarían las siguientes secciones o dependencias:

1° Biblioteca Pública, tal cual existe actualmente.

2° Museo de Bellas Artes, especialmente de pinturas.

3° Academia de Bellas Artes, anexa al Museo.

4° Secciones de Museos que diera realización al proyecto perteneciente a la Comisión de Festejos y dados a conocer por la prensa.

5° Ateneo, tomando como núcleo de su organización a la Asociación “El Círculo”, cuya adhesión podría ser gestionada y la cual podría seguir desarrollando su obra proficua y eficiente en forma más cómoda, gracias al salón especial de Conferencias.

6° Instituto de Extensión Universitaria, anexo a la Universidad del Litoral, que tendería a vincular ambas instituciones, dando esta última una tribuna por intermedio de la cual se podría en contacto directo con el medio colectivo cuyas necesidades culturales y prácticas está directamente encargado de servir. La creación de este instituto de extensión universitaria es motivo de un proyecto que presentará al Consejo Superior en su calidad de delegado por la Facultad de Medicina el actual Director de la Biblioteca Argentina, aprovechando la aceptación unánime que los conceptos relativos tienen ahora en el seno del Consejo, con motivo de la reforma de sus estatutos. (...) ²⁴⁰

La propuesta venía a sumar un nuevo problema a un debate que de por sí estaba bastante trabado por diversas circunstancias. Al momento de crearse la Junta Pro Festejos, entre los números centrales de la celebración se había incluido la creación de un “Museo de carácter artístico y científico” cuya locación quedaba a determinar. Este proyecto inmediatamente provocó la protesta de la Comisión Municipal de Bellas Artes, que desde 1920 venía gestionando políticamente y con mucha dificultad la búsqueda de un edificio propio para su museo que sirviera como espacio específico para poner en valor su colección. Por este motivo, la presentación del proyecto de la Junta donde se planeaba la superposición

²⁴⁰*Para organizar este Instituto, cuyo gobierno podría ser entregado a una Comisión mixta en la cual estuvieran representadas sus diversas secciones, podría contarse con la base del local de que dispone la Biblioteca Argentina, fácilmente ampliable por la adquisición expropiatoria del terreno contiguo por el lado este y de los otros, vecinos, que convinieran a los medios disponibles y a las exigencias surgidas en la realización del proyecto total. Sus actuales dependencias podrían ser ampliadas con la construcción de un edificio en la parte frontal de los terrenos mencionados, dándoles el estilo exigido por el destino y la magnífica ubicación que éstos tienen en una parte central de la ciudad, frente a una plaza silenciosa, propicia al ambiente en que debe desarrollarse las actividades de la inteligencia.* Alfredo Lovell, Op. Cit., p. 169.

de colecciones e institutos de distintas especialidades fue rechazada de plano y esto explica que la propuesta de la Biblioteca no haya tenido cabida en este contexto.

Otro proyecto y el último de esta selección de recuerdos se refiere al destino de la biblioteca del Dr. Estanislao Zeballos.²⁴¹ En 1926, tres años después de la muerte de tan eminente personaje, Camilo Muniagurria publicó una nota en el diario *La Capital* referido a la pertinencia de que esa colección se destinara a la Biblioteca Argentina, vertiendo conceptos que aparentemente tuvieron cierta repercusión:

Existe, en efecto, el concepto preciso para todos los bibliófilos que es preferible tener en una ciudad una biblioteca bien organizada y rica que muchas deficientes y precarias y esto aparece, tanto más como verdadero cuando se piensa lo que cuesta en tiempo y dinero la organización de una biblioteca que pueda ser de utilidad para una ciudad como la nuestra en la cual debe satisfacerse las necesidades intelectuales, no solo de gremios aislados, sino también de todos los tipos de cultura: obreros, estudiantes, universitarios, etc.

Ninguna otra institución, siquiera sea esa una cualquiera de las Facultades de nuestra Universidad, puede pretender monopolizar para sus concurrentes, reducidos en la gran mayoría de los casos a los que le están vinculados directamente, el aprovechamiento de tan valiosa colección.

Debe recordarse por otra parte que es necesario, una vez por todas, evitar las resoluciones aparatosas de espléndidas realizaciones en el momento inicial pero que fracasan después lamentablemente por la falta de una ayuda suficientemente continuada. No es lógico pretender crear nuevas bibliotecas cuando la única verdaderamente importante que tenemos en la ciudad y que es factor y pregón de nuestra cultura, es olvidada casi completamente por los poderes públicos obligados a sostenerla, manteniendo una vida casi latente entre las estrecheces de un presupuesto misérrimo.²⁴²

El destino de la biblioteca de Zeballos generó un pequeño revuelo entre las instituciones locales, que se atribuían el derecho a gestionarla o proponían la creación de nuevas instituciones con esa base. Llamativamente, la propuesta de Muniagurria no contó con ningún apoyo, inclusive entre destacados personajes bastante cercanos y miembros de instituciones amigas.²⁴³ Ricardo Foster, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la

²⁴¹ Cabe aclarar que Lovell incluye entre los “Proyectos y creaciones” la anexión a la Universidad, que en este trabajo tratamos aparte.

²⁴² Alfredo Lovell, Op. Cit., p.170/1

UNL propuso que la biblioteca pasara a formar parte de esta unidad académica; Francisco Santillán, del Círculo de la Prensa, propuso que sobre la base de esa biblioteca debía fundarse un Ateneo, “una especie de Universidad Popular”, que sería gestionado por el Círculo de la Prensa y *El Círculo*, para lo cual mantuvieron entrevistas con el Ministro de Instrucción Pública. *El Círculo*, por su parte, también estaba de acuerdo en la fundación de un nuevo instituto de cultura. Emilio Ortiz Grognet, miembro conspicuo de esta asociación, refutó el planteo de Muniagurria y apoyó el de crear una nueva institución, “especie de Ateneo o de Universidad Popular, tipo *yanqui* (SIC)”, agrega Lovell. Hubo incluso quienes sostuvieron que no era necesario trasladarla, y acordaban que quedara en Buenos Aires. Rodolfo Rivarola también se pronunció sobre el tema, proponiendo que la ciudadanía de Rosario hiciera una subscripción pública para juntar fondos para adquirirla a sus herederos. Es curiosa la frase con la que Lovell cierra este apartado:

Conclusión: los rosarinos no quisieron desprenderse ni de un centavo y la Biblioteca de Zeballos fue vendida en pública subasta.²⁴⁴

La propuesta de Muniagurria basaba su argumentación en el tipo de servicio que brindaba la Biblioteca Argentina y en su *expertise* para gestionar colecciones, además de garantizar el acceso para un público más amplio. Sin embargo, las propuestas que se barajaban estaban orientadas más bien a aprovechar la donación para iniciar instituciones de educación superior, tema pendiente en la ciudad, resuelto en parte con la creación de la UNL; como veremos en el apartado siguiente, para esa fecha la Biblioteca ya había quedado fuera de esa posibilidad.

Ya casi cerrando el apartado, Lovell deja planteada una propuesta para la creación de una hemeroteca, que queda abierta al futuro, ante la imposibilidad de poder llevarla a cabo en el existente edificio de la biblioteca. Haciendo una proyección de lo que ocuparía solamente la colección del diario *La Capital* desde sus inicios (unos 37 metros lineales) Lovell asume que es necesario contar con un local aparte.

La Prensa, por ser uno de los principales guías del pueblo, el mejor propagandista de las ideas del día, la que expone los múltiples hechos de la humana especie, apenas acontecidos, por estar al alcance de todas las fortunas, merece que se le dedique un templo especial. No se concibe que ciudades como Rosario, que han producido tantos periódicos

²⁴⁴ Ibidem, p.171.

haya permitido la destrucción de muchos de sus viejos diarios, cuando no su desaparición total. Hora es de reaccionar. La hemeroteca ejercería verdadera influencia moral en el público; dignificaría la profesión porque su lectura comparativa daría a conocer al verdadero escritor, el pensador, guía de la sociedad, como debe ser el periodista. (...)

A continuación agrega una sugerencia de sentido práctico -pero de pésimo sentido historiográfico-, que es la de recortar las noticias que se consideren más importantes y descartar el resto –incluso las publicidades- para así lograr reducir el volumen de páginas de cada diario.

Cierra Lovell este apartado de 20 páginas sobre *Creaciones y Proyectos* con la descripción de uno propio, de su autoría: la construcción de un depósito de libros en un cuarto interno, donde antes funcionaba la imprenta. Lovell desarrolla todos los cálculos y estima que serviría para 50.000 volúmenes, es decir, la capacidad existente de la sala de lectura. El objetivo final, según expresa, era retirar las estanterías de la sala, porque la superposición de las dos funciones hacía que la búsqueda de libros distrajera al lector. Finalmente, los presupuestos resultaron demasiado elevados para las finanzas de la biblioteca, motivo por el cual –un ejemplo más- no se llevó a cabo.

-El anhelo universitario

Desde el momento de su creación la biblioteca fue proyectada como una institución con fines pedagógicos y fundamentalmente como una plataforma sobre la que la futura universidad -que muchos veían cercana- hiciera pie. Ya en el discurso inaugural Joaquín V. González hizo varias menciones a este anhelo; comienza definiendo a la biblioteca como el “alma de la universidad”, pero no de la universidad existente - a la que define como “restrictiva y excluyente”- sino como “embrión de una universidad moderna y libre” e imaginando a la biblioteca transformada en el futuro en un “magno instituto docente”.²⁴⁵

Juan Álvarez compartía con González la preocupación por los temas educativos y aspiraba a que el rol de la biblioteca en este desarrollo fuera activo y central. En 1913 elaboró un proyecto de ley para la creación de la Universidad Nacional de Rosario en el que incluía una “anexión de la persona jurídica ‘Biblioteca Argentina’ con todos sus bienes y

²⁴⁵ Joaquín V. González, *La biblioteca...* Op.Cit.

servicios.”²⁴⁶ El proyecto fue presentado por el senador nacional Joaquín V. González, proponiendo que la Biblioteca Argentina se transformara en la biblioteca de la futura universidad conservando su carácter público. Luego de esa intervención -que no tuvo el éxito esperado- González fue invitado a la biblioteca a disertar sobre el tema en 1914 y en 1915, con gran respuesta del público.

Puede afirmarse que desde la iniciación de sus actividades, la Biblioteca Argentina propendió, por todos los medios a su alcance, a extender su influencia en el progreso cultural del medio colectivo que le fue destinado a servir, evitando en lo posible el estatismo propio de las instituciones de su índole. Es así como merced a esa orientación fundamental, la Biblioteca dejó de ser meramente la sala de lectura para los millares de personas que concurrían a ella y representó en la ciudad un verdadero Ateneo en cuya tribuna se expusieron y discutieron los temas de arte y de ciencia que interesaron a nuestra Cosmópolis.

Antes de la Reforma de 1918, en el país existían sólo tres universidades nacionales, la de Córdoba, la de Buenos Aires y la de La Plata. En Tucumán y en Santa Fe había universidades, pero los títulos que otorgaban no tenían validez nacional.²⁴⁷ La ciudad de Rosario venía discutiendo el tema desde el Centenario a partir de la idea de celebrar la fecha con la fundación de un hospital público, que además incluía una escuela de medicina.

El movimiento pro universidad no sólo se desarrollaba en Rosario sino que había ido creciendo desde principios de la década en toda la provincia, y tenía como objetivo la creación de una universidad nacional regional que integrara las provincias de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos. Este grupo estaba integrado por intelectuales reformistas, dirigentes políticos cercanos al radicalismo y estudiantes.²⁴⁸ Obviamente, los miembros rosarinos

²⁴⁶ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.161.

²⁴⁷ Desde 1890 existía en Santa Fe una universidad fundada por los gobernadores conservadores, destinada a formar cuadros para la gestión pública y la burocracia provincial que estaba en manos de las familias dominantes incluso durante la primera mitad del siglo XX. Esta universidad estaba distante de las aspiraciones educativas de la clase dirigente rosarina, que apuntaba a una formación más vinculada al desarrollo industrial y del comercio. El objetivo de las clases dominantes santafesinas era consolidar esta casa de estudios transformándola en universidad nacional, pero en el escenario se presentaban otras variables que bloqueaban esta aspiración, tales como el crecimiento de las reivindicaciones regionales del sur provincial, la pérdida de poder de los círculos gubernamentales con la llegada de la UCR a la gobernación en 1912, el nacimiento del movimiento estudiantil liberal y reformista, y la mencionada movilización de las instituciones rosarinas solicitando una universidad propia. Miguel Ángel De Marco, *Ciudad puerto...* Op. Cit., p.154 y ss.

²⁴⁸ Un pormenorizado análisis del proceso y de los actores involucrados fueron realizados por Natacha Bacolla en “Reformismo, elites y “cuestión universitaria”: la creación de la Universidad Nacional del Litoral”, en *Universidad, élites y política. De las reformas borbónicas al reformismo de 1918*, Rosario, Editorial de la Facultad de Humanidades y Artes, 2018, pp. 231-264. También Alicia Megías, “La Facultad de Ciencias Económicas, Sociales y Políticas” en Alicia Megías *et al*, *Facultad de Ciencia Política y Relaciones*

pugnaban por la posibilidad de que Rosario fuera sede. Paralelamente, grupos conservadores y tradicionales de la sociedad santafesina sostenían el proyecto de nacionalizar la universidad de Santa Fe que -como se dijo- era de alcance provincial.

La Biblioteca Argentina tuvo una intensa participación propiciando las reuniones de estudiantes y se planeaba que junto con otras bibliotecas se integraran como futura sección de la extensión universitaria.²⁴⁹El 23 de febrero de 1915 se hizo circular una nota:

Hace algún tiempo surgió entre un grupo de personas, noble y desinteresadamente inspiradas, la idea de trabajar por el establecimiento de un Instituto Universitario en nuestra ciudad. Aquella iniciativa, todavía indecisa, no era en realidad más que la tentativa de sintetizar en una acción real y efectiva la vaga aspiración ya existente en nuestro medio intelectual. (...)

La Biblioteca Argentina, que tengo el honor de dirigir, ha podido sentir también por sus afinidades directas con los problemas de este orden el deseo de contribuir con su esfuerzo y su prestigio sirviendo, si le fuera posible, de núcleo alrededor del cual se plasmaran tan nobles aspiraciones (...)

La nota, dirigida a las instituciones “más destacadas de la ciudad”, y firmada por Camilo Muniagurria, aclaraba que J. V. González había sido designado para llevar adelante las gestiones ante los poderes públicos, ya que era “sin duda alguna la persona indicada para iniciar el movimiento decisivo de creación de la Universidad en Rosario”. Lovell narra las febriles gestiones:

Posteriormente, en 29 de abril de 1915 varias comisiones reunidas en el local de la Biblioteca Argentina aprovecharon la visita del Ministro de Instrucción Pública de la Nación,

Internacionales 40º Aniversario, Rosario, UNR Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2013, pp. 6-53.

²⁴⁹ Las bibliotecas participaron como sedes de reunión en varias oportunidades, pero en el caso de la Biblioteca Argentina también fueron consideradas como parte del proyecto: “En setiembre de 1915, se realizó un congreso de estudiantes en la Biblioteca Popular de Paraná, con la asistencia de delegados de dicha ciudad, de Santa Fe, Buenos, Rosario, San Nicolás, Salta, Tucumán y Catamarca. Bajo el lema “patria, ciencia, trabajo y libertad”, el congreso declaró que la creación de una universidad nacional era una necesidad impostergable. Los gobiernos de Santa Fe y Entre Ríos apoyaron la creación de la nueva universidad y el periódico *El Diario de Paraná* difundía las ideas del movimiento estudiantil. El proyecto sostenía la necesidad de una universidad con institutos en Santa Fe, Paraná y Rosario, con sede central en la primera. Establecía también que la orientación de la nueva institución debía seguir los lineamientos de las universidades modernas como las de La Plata y Tucumán en Argentina, Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña. Los estudiantes destacaban, además, “la conveniencia de integrar la nueva universidad litoralense con las bibliotecas Cosmopolita de Santa Fe, Argentina de Rosario y Popular de Paraná, como centros indicados para la extensión universitaria”. Eliana Bertero y José Larker “El movimiento estudiantil santafesino y sus estrategias de intervención colectiva en tiempos de lucha por la reforma universitaria y la creación de la Universidad Nacional del Litoral (1918 y 1919) *Revista Páginas*, vol. 10, nº 23, 2018.

Dr. Tomás R. Cullen, del Embajador de los Estados Unidos y de los Dres. Rodolfo Rivarola y Joaquín V. González, para insistir acerca de la creación de la Universidad.

Sin dudas, el objetivo de hacer conocer y encaminar el proyecto hizo que se apelara a todos los contactos influyentes. En 1916 el radicalismo incluyó el proyecto de una universidad nacional para la provincia de Santa Fe en su plataforma partidaria. En este sentido, en 1917 Jorge Raúl Rodríguez, diputado nacional, impulsó un proyecto para la creación de la Universidad Nacional de Santa Fe, coincidiendo con J.V. González en la necesidad de formación técnica y profesional para impulsar el desarrollo económico.²⁵⁰ Este proyecto incluía la petición de que Rosario fuera sede; al mismo tiempo, varias instituciones de la ciudad -*El Círculo*, el Círculo Médico, el Colegio de Abogados, junto a la Biblioteca Argentina- enviaron peticiones al Congreso en este sentido. El proyecto de Rodríguez contemplaba la autonomía universitaria e incluía mecanismos democráticos para su gobierno, por lo que puede denominarse como un proyecto *avant la lettre*, con planteos que luego retomará la Reforma.²⁵¹ Según reseña Lovell, “en 10 de septiembre de 1917 la Biblioteca se dirigió al Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación solicitando la aprobación del proyecto relativo a la Universidad” de Jorge Raúl Rodríguez y otra vez, en junio de 1919 para exigir una sesión especial para el tratamiento del dictamen de la Comisión de Instrucción Pública.

La cuestión universitaria estaba cada vez más presente en la agenda de los círculos intelectuales y profesionales de la ciudad. La necesidad de contar con algún formato académico superior hizo que en 1916 se implementara el dictado de cursos bajo el formato de la denominada “Universidad Libre” en la Biblioteca. Así lo recordaba uno de sus protagonistas:

El 19 de mayo de 1916 ocupaba yo esta misma tribuna, y en el discurso correspondiente, pronunciado en mi calidad de profesor, hice la apología del suceso y destacué la importancia trascendental que, para Rosario, tendría la implantación de un centro de estudios superiores. La UNIVERSIDAD LIBRE fue, años más tarde, públicamente reconocida como el protoplasma de la UNIVERSIDAD DEL LITORAL.²⁵²

²⁵⁰ Miguel Ángel De Marco, *Ciudad puerto...* Op. Cit. pp. 76 y 77

²⁵¹ *Ibidem*, p. 82.

²⁵² Nicolás Amuchástegui, *La Biblioteca Argentina...* Op. Cit., p.23 (Las mayúsculas en el original) Como lo explica Luis Alberto Romero, “su propósito era «difundir en el pueblo las nociones y los métodos de las ciencias». Educar al pueblo constituía una preocupación común a muchas otras asociaciones: grupos culturales anarquistas, las Ligas de Educación Laica o de Educación Racionalista, ateneos de conferencias

Los cursos versaban sobre Derecho Civil y Procesal y se efectivizaron “merced a la ayuda de distinguidos abogados de la ciudad”, cumpliendo unas 35 conferencias. Aparentemente, la repercusión no fue la esperada y los cursos no se ampliaron al año siguiente como estaba previsto ya que “los alumnos de las Facultades Nacionales para quienes se abrieron, no respondieron con el número y la puntualidad que se esperaba.”²⁵³

Camilo Muniagurria era un ferviente defensor de la creación de una universidad en la ciudad porque estaba convencido de que constituiría una transformación positiva para Rosario y le daría ese plus que la elevaría como polo cultural regional. En un artículo de 1919 de la Revista de *El Círculo*, Muniagurria responde a los argumentos adversos, que se oponían a la posibilidad de que creciera un “proletariado intelectual” que restara fuerza a la producción y a los que sostenían que la creación de la universidad no era prioritaria si antes no se resolvía el problema del analfabetismo. La opinión de Muniagurria en este aspecto revela la idea “utilitarista” que tenía sobre las ventajas de la formación superior, a la que imaginaba imbricada con el progreso material de la ciudad:

(...) La universidad, no debe de buscar la cultura por la cultura misma erigiéndose en un fin último i sin más objeto que el atribuido a las meras especulaciones. La cultura universitaria, sobre todo entre nosotros, debe ser más que un fin, un medio de elaboración i de perfeccionamiento capaz de contribuir en forma eficiente y directiva en el esfuerzo común en pro de nuestra civilización y de nuestro progreso. (...) Ahora bien, en tales condiciones, los universitarios pueden i deben ser considerados como los obreros i no los parásitos del progreso colectivo, i esto, cualquiera que sea el orden en que se haya encauzado el esfuerzo de sus actividades en relación a los institutos productores.²⁵⁴

Las sucesivas gestiones realizadas por la Dirección para activar su anexión a la nueva Universidad son resumidas por Lovell en unos pocos párrafos en los que no aparecen ni los sucesos de la Reforma Estudiantil ni tampoco la creación –finalmente- de la Universidad Nacional del Litoral en octubre de 1919. Su registro da cuenta de notas dirigidas a los protagonistas del proceso en las que se insistía en la necesidad de incorporar a la Biblioteca

populares y «universidades populares» de diverso tipo, una fórmula laxa que se difundió para dar articulación y consistencia a la oferta de cursos.” Luis Alberto Romero, Op. Cit., p.204.

²⁵³ Camilo Muniagurria, “Sexta Memoria”, en Alfredo Lovell, Op. Cit., p.263.

²⁵⁴ Camilo Muniagurria, “La Universidad”, en *Revista de El Círculo*, Año I, Núm. VII, julio de 1919, p. 141.

a la Universidad, manifestando apoyo, ofreciendo el espacio, etc. En mayo de 1920 se presentó ante el Ministro de Instrucción Pública un proyecto detallado:

Entre el Gobierno de la Nación y la Biblioteca Argentina del Rosario de Santa Fe, se conviene en lo siguiente:

- I- La Biblioteca Argentina se incorpora a las Facultades de la Universidad Nacional del Litoral, que funciona en el Rosario, con el nombre de Biblioteca de la Universidad.
- II- Los bienes, obligaciones y derechos que en la fecha de la ratificación de este convenio pertenecieran a la Biblioteca Argentina, pasan a ser de la Universidad.
- III- La Biblioteca Argentina deberá ser siempre una biblioteca pública.
- IV- Las actuales bibliotecas de las instituciones que forman parte de la Universidad serán agregadas a la Biblioteca de la Universidad.
- V- La Biblioteca Argentina será dirigida por una Comisión compuesta por un representante de cada una de las facultades que funcionen en Rosario, los cuales elegirán un presidente que tendrá el título de Director de la Biblioteca de la Universidad.
- VI- Esta Comisión dictará el reglamento interno de la Institución y durará en sus funciones el mismo tiempo que los Decanos de las Facultades.
- VII- El Director de la Biblioteca tendrá voz y voto, equivalente a la de los Decanos.
- VIII- El presupuesto de la Biblioteca será atendido con los recursos generales de la Universidad y no podrá ser nunca menor del que actualmente rige.
- IX- En el caso de que por cualquier circunstancia dejara de funcionar la Universidad Nacional del Litoral, la Biblioteca Argentina recobrará la autonomía de su situación actual, debiendo el Gobierno de la Nación dejarla en el pie de organización administrativa y financiera que actualmente goza.
- X- Este convenio es AD REFERENDUM a la decisión del H. Concejo Deliberante de la Municipalidad del Rosario.

El ministro devolvió el documento con algunas modificaciones que Lovell evaluó insalvables: por un lado, suprimió el Art. IV, donde se hacía referencia a la incorporación de todas las bibliotecas universitarias bajo la órbita de la Biblioteca Argentina; con la supresión de ese artículo el organigrama se modificaba ya que seguirían existiendo y la Biblioteca sólo

se agregaría a ellas. Esta modificación es reprobada por Lovell, argumentando un problema de organización burocrática:

La denegación propuesta referente al primer punto quitaba a la nueva institución la importancia que pudiera tener en la Universidad desde un punto de vista práctico, pues habría que organizar administraciones distintas no coordinadas y por consecuencia menos eficientes y más costosas al presupuesto de la Universidad.

Una administración única, en la cual tuvieran intervención las diversas Facultades por intermedio de los representantes propuestos, podría prever y solucionar las necesidades bibliográficas particulares a cada una de ellas, para lo que sería suficiente organizar en la institución las secciones necesarias.

La idea del proyecto era centralizar todo el material bibliográfico de las distintas carreras en un solo espacio, pero lo cierto es que la biblioteca estaba empezando a tener sus propios problemas de almacenamiento. A su vez, si bien su objetivo era ser incorporada, era con la condición de mantener un rol de coordinación hacia el resto de las bibliotecas de cada facultad y aspirando a concentrar un prestigio mayor en el futuro espacio académico. El otro punto que suprimió el Ministro fue la elevación a la categoría de Decano del Director de la Biblioteca modificándolo por el derecho (“voz y voto”) equiparable con los otros miembros de la Comisión. Esto para Lovell directamente significaba que “...la Biblioteca Argentina pasaría a ser una simple oficina de la Universidad, perdiendo por consecuencia la importancia que su valor material y su prestigio en la cultura de la ciudad le han conferido.”²⁵⁵

Las modificaciones realizadas al proyecto y la turbulencia y complejidad de aquellos años hicieron que el acuerdo quedara postergado para mejores circunstancias. Una década más tarde -y en un contexto diferente- se retomaron las negociaciones. Dice Lovell al respecto:

Fracasadas las gestiones de la Biblioteca en 1920, por cuanto era inconveniente el convenio propuesto por el Ministro Salinas, volvió a reanudarlas con motivo de la intervención nacional a la Universidad en 1931, pero desde otro punto de vista mucho más conveniente, si se tiene en cuenta el estado de anarquía imperante en la Universidad del Litoral desde su organización.

Lovell celebraba que la Biblioteca se hubiera mantenido al margen de tales conflictos, ya que consideraba que la habrían perjudicado seriamente y modificado su delicado y sobrio

²⁵⁵ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.165.

mecanismo. Para mantener este espacio más resguardado, en 1931 se propuso la formación de un consorcio entre la Biblioteca y otras dos instituciones de carácter universitario para formar un Instituto que no dependiera de la Universidad sino del Ministerio de Instrucción Pública:

Con la designación de Instituto Social de Rosario se constituirá una institución formada por el consorcio de la Universidad Popular, la Biblioteca Argentina y las dependencias del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, que actualmente funcionan en Rosario.

La nueva institución no formará parte de la Universidad Nacional del Litoral, dependiendo directamente del Ministerio de Instrucción Pública.

La Universidad Popular y la Biblioteca Argentina mantendrán dentro del Instituto su propia autonomía, con todos los derechos, obligaciones y garantías que les otorgan la personería jurídica de que están dotadas, considerándose que el objeto del consorcio es simplemente el de una colaboración amplia y eficiente en pro de los intereses culturales que le son comunes.

La dirección del Instituto estará a cargo de una Comisión formada por un presidente nombrado por el Poder Ejecutivo de la Nación, por el Director de la Universidad Popular y por el Director de la Biblioteca Argentina, que figurarán como vocales. Los estatutos proyectados por la Comisión inicial serán aprobados por el P.E. (...) ²⁵⁶

El Instituto Social de la UNL constituía un área de extensión que se ocupaba de organizar cursos y talleres para la comunidad y estaba presidido por Juan Álvarez. El convenio se firmó el 18 de julio de 1931 y estuvo vigente por tres años. En el mismo se detallaba el uso de las instalaciones de la Biblioteca por parte del Instituto, lo que sería retribuido con montos destinados a su presupuesto. Sin embargo, en términos económicos el convenio no representó un gran beneficio para la Biblioteca: en 1931 -primer año del convenio – la Universidad destinó \$6.000, en el segundo año sólo se aportaron \$100 por mes y en 1933 la Biblioteca recibió \$900 en total. Luego de que el convenio fuera revocado el saldo de la deuda se reclamó, pero sin éxito. El sueño universitario de la Biblioteca finalmente se limitó a este convenio que tampoco terminó de la mejor manera, con deudas pendientes.

²⁵⁶ Ibidem, p.166

-Nuevas iniciativas al amparo de la Biblioteca

Así como fue con *El Círculo*, la Biblioteca contaba con otras “Asociaciones amparadas” a las que se cedió el espacio ya que no disponían de presupuesto o financiamiento suficiente para disponer de un local propio, “cumpliendo con lo que siempre ha conceptualizado como un deber”: operar como una especie de mecenas de la cultura local.²⁵⁷ En la enumeración aparece la Alianza Francesa, que dictó cursos en 1916 y organizó festivales culturales, la Asociación de Maestras Pro Vacaciones escolares –presidida por Camilo Muniagurria-, la Asociación Nacional Pro Patria –que luego derivaría en la brigada femenina de la Liga Patriótica Argentina- el Ateneo Popular del Rosario, la Filial Rosario de la Biblioteca del Concejo Nacional de Mujeres, el Centro de Ingenieros y la Comisión local del Tercer Censo Nacional (1913) a cuyo cargo estaba Juan Álvarez.

Continuando con el listado de asociaciones amparadas, Lovell las enumera en orden alfabético, con algún detalle anexo. Así, vemos pasar al Círculo Médico, el Círculo Odontológico, Círculo Pedagógico, Colegio de Abogados, Colegio Médico, y otros grupos más efímeros, tales como las comisiones pro monumentos varios, así como comisiones encargadas de organizar congresos y jornadas. Hablando de una exposición filatélica, Cabe mencionar que Lovell comenta como al pasar, , que el Círculo de la Biblioteca había organizado en su 13º reunión, el Primer Salón de Bellas Artes, en 1913, que contó con la presencia del Presidente de la Nación, Dr. Roque Sáenz Peña. Este hecho, tan perdido en la crónica, constituye un hito fundamental en el inicio de la institucionalización del arte en la ciudad.²⁵⁸

Sigue la lista: Instituto Argentino Brasileño (cuyo secretario era Francisco Cignoli, futuro Director de la Biblioteca en los años '50), la Junta de Historia y Numismática Americana, Filial Rosario y el Museo Social, las dos presididas por Juan Álvarez.

La Sociedad Pro Cultura al Ciego, a raíz de un ofrecimiento hecho por Juan Álvarez, dispuso de las dos piezas que se le habían cedido por convenio al Instituto Social, como vimos, para destinarlo al Club y Biblioteca para los ciegos. Permanecieron hasta mayo de

²⁵⁷ Alfredo Lovell, Op. Cit. p.176.

²⁵⁸ Valeria Príncipe, “Cómo fundar un museo. La construcción de un espacio institucional para el arte”, en Pablo Montini (y otros), *De la Comisión Municipal de Bellas Artes al Museo Castagnino: la institucionalización del arte en Rosario, 1917-1945*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2012.

1936 - mucho después de que el contrato con el Instituto Social se había rescindido- y luego se trasladaron a un local de calle San Juan. También el Círculo Médico y el Colegio de Médicos disponían de un espacio permanente dentro de la Biblioteca que hacía las veces de oficina, por algunos años.

Como vemos, de este breve listado -seleccionado por Lovell- gran parte de esas asociaciones estaban dirigidas por Muniagurria o Álvarez, o tenían alguna participación, de modo que el acceso a este beneficio estaba directamente relacionado con vínculos previos, propios de sus profesiones e intereses. Esta característica endogámica de la sociedad rosarina seguía funcionando en estas primeras décadas del siglo, y era capaz de activar solidaridades que se mantenían más allá de las redes políticas, vinculando a los individuos por sus profesiones y otras actividades extraprofesionales en asociaciones y grupos diversos.

En la huella de las preocupaciones que desde fines del siglo XIX integraban la agenda de las élites latinoamericanas, retomadas por reformismo liberal en Argentina, el fortalecimiento del tejido social a partir del asociacionismo se hizo presente en la gestión del proyecto de la Biblioteca y de otras agrupaciones con las cuales aquella tenía una relación compleja. En efecto, la consolidación de un espacio público no estatal que diera visibilidad a colectivos diferentes con intereses diversos y que funcionara a la vez como complemento y contrapeso del Estado fue uno de los objetivos propiciados en principio por las élites liberales argentinas –aunque con el paso del tiempo la proliferación de asociaciones desbordó las metas originarias.²⁵⁹ Los proyectos reformistas tenían la vista puesta en la sociedad civil como reserva de sentidos que permitiera definir la lógica, el funcionamiento y los alcances de la política estatal.

-Recuerdos no tan gratos

Háse visto la Biblioteca perturbada en su normal marcha más de una vez ante la creencia de que por tratarse de una institución de carácter público, sostenida por los Poderes Públicos con subvenciones, podría cualquiera ya hacer gala de oratoria, ora disponer de sus salones para una futilidad.²⁶⁰

²⁵⁹ Elías Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007, p. 233 y ss.

²⁶⁰ Alfredo Lovell, Op. Cit., p.186.

Los límites del uso del local por parte del público siempre fue un tema controversial para las autoridades de la Biblioteca, porque el prestigio de su tribuna atraía todo tipo de conferencistas y paneles de temas diversos. Como anticipamos en otros apartados, el espacio que ofrecía la biblioteca era único en la ciudad y con el crecimiento de su vida cultural y política, las demandas por el uso del salón eran permanentes. Lovell dedicó unos párrafos entre sus memorias a los momentos poco amables que no faltan en ninguna institución, y lo tituló “Quejas e irregularidades”, donde reunió varios episodios en los que queda de manifiesto el choque de intereses entre las demandas del público y las asociaciones por un lado y el funcionamiento de la biblioteca por el otro.

Para empezar, menciona una curiosa anécdota en la que se puede percibir su tono reprobatorio: Lovell estaba a cargo por ausencia de Juan Álvarez, y al parecer ese hecho le hizo conocer de un modo muy antipático algunos estilos de la política local, “por cuanto era recién llegado al país”.

Aún no había sido inaugurada y fue la autoridad municipal la primera en transgredir su reglamento: el Intendente, Coronel Felipe Goulu y su Secretario, Isaías N. Coronado, dirigió al Director interino Alfredo Lovell tres notas del tenor siguiente. (...)

Lovell vuelve a recordar los conflictos suscitados por la negativa de uso del salón. Tanto individuos como instituciones -se produce una situación tensa con el Ateneo Popular del Rosario por un discurso de Dermidio T. González, que no se autoriza- generan protestas, cruce de notas y hasta expedientes quejándose por el uso discrecional que la Dirección hace de la sala.

En defensa del Reglamento interno de la institución que determina tácitamente que las reuniones deberán ser exclusivamente culturales y no de propaganda y de discusión y polémica, tuvo la Dirección que intervenir. Así por ejemplo, el Centro filial Rosario de la Alianza Continental que en noviembre de 1927 utilizara el local para que el Dr. Lazcano desarrollara la conferencia anunciada de acuerdo al Reglamento, pues por el título de la misma parecía ser contradictorio, ya que iba involucrado en él un aspecto de política internacional cuyo debate implicaba la existencia de ideas contradictorias, capaces de provocar resistencias comprometiendo la imparcialidad de la Biblioteca y atribuyéndole responsabilidades con las cuales no debía cargar, dio motivo, pese a estas observaciones, a que posteriormente, en agosto de 1929 hubiera que llamar la atención de la Alianza Continental.²⁶¹

²⁶¹ Ibidem, p.190.

El motivo del enojo de Muniagurria fue -además de la aparición de un orador que no estaba anunciado-, que el eje de su conferencia consistió en una fuerte crítica a la política comercial norteamericana arengando a su expulsión, criticando la actuación de la Liga de las Naciones, y “todo esto unido a que en el local de la Biblioteca fue repartido un volante con acres censuras para los norteamericanos, la *Standard Oil*, la *Royal Dutch* y otras empresas”, en una actitud “contraria a las normas de neutralidad y respeto que una institución pública debe guardar a los países que mantienen con el nuestro relaciones generales”. Veamos otro ejemplo:

El Sr. Rosendo Alfonso solicitó el salón de actos públicos de la Biblioteca para dar una conferencia sobre ARMONIA Y SOCIABILIDAD ARGENTINO-BRASILEÑA, a lo que no accedió la Dirección por los motivos que más adelante se indica. Ante la denegación, el Sr. Alfonso elevó su protesta frente a la misma en quilométricos y retumbantes artículos que dieran origen al Expediente N° 19831- Letra A- 1912, del cual se dio vista al Dr. Álvarez quien en 13 de diciembre de 1912 informó al Intendente Dr. J. Daniel Infante, en los siguientes términos:

*El Sr. Rosendo Alfonso me imputa los siguientes abusos: proceder con desatentada e incorrecta conducta; haberle inferido gratuita y alevosamente una tan grave como inmerecida ofensa; actuar de una manera discrecional, arbitraria, oprobiosa y obrepticia; negar despóticamente a los unos, cual voluntarioso mandarín con el simbólico cetro de hierro (no obstante mi autoridad archipámpana e ilusoria) lo que a otros concedo omnímoda y autocráticamente. O mucho me engaño o todo esto junto quiere decir lisa y llanamente que el Sr. Alfonso desea dar una conferencia en la Biblioteca y yo me opongo.*²⁶²

Como hemos mencionado repetidamente, la consigna de mantener al margen de la política una tribuna tan concurrida como la de la Biblioteca era poco menos que imposible y más aún en las décadas de los '20 y '30, de creciente politización y radicalización de los discursos. La idea de que la Biblioteca permaneciera ajena a los conflictos sociales y políticos y continuara con su misión cultural sin dejarse arrastrar en las contiendas era sostenida y defendida personalmente por sus directivos:

Como buen paladín tuvo el Director de la Biblioteca que salir más de una vez a la palestra en defensa de la institución, a quien pretendían atropellar injustamente intendentes, concejales, obreros, mercaderes, periodistas.

²⁶² Id., p. 187 (las mayúsculas en el original)

Lovell agrega otras anécdotas menores para ilustrar los contratiempos o situaciones que generaron incomodidades y enojos, tales como el retiro de las publicaciones periódicas de la consulta del público en general –sólo podían acceder aquellos que figuraran en un listado de lectores educados y no sospechados de hurto y rotura de páginas- lo que generó la protesta de algunos; también rememora un episodio que hoy llamaríamos de acoso de un lector a una estudiante, y más propuestas estrafalarias de conferencias.

Pero hubo quejas que llegaron más lejos, como la que presentó un concejal por el horario reducido que mantenía la biblioteca, sólo vespertino (de 13 a 19 en invierno y de 14 a 20 en verano). Este concejal, según Lovell, “hombre de alguna edad, nunca concurrió a la biblioteca a leer o a estudiar, proponíase catequizar a los concejales para que se exigiera a la Biblioteca horario de mañana, tarde y noche”. Para dar cuenta de “la precipitación con que se sancionan proyectos en el seno del Concejo Deliberante que le conducen a cometer errores que redundan en su desprestigio, por cuanto evidencian falta de estudio y previsión.”²⁶³ La aparición de notas en la prensa sobre el tema, en abril de 1926, generó gran indignación en Lovell, quien además de transcribir la respuesta de Muniagurria, observa:

Los concejales que la votaron no conocían la forma como funcionaba la biblioteca, la obra cultural que realizaba y la falta de apoyo oficial para desenvolverse. Precisamente, en aquella época, la Municipalidad contribuía, tan solo, con 250 pesos al mes y éstos mal pagados, con cuya cantidad no se alcanzaba a pagar el sueldo de los dos ordenanzas indispensables para la limpieza y vigilancia del local.

En la respuesta al Departamento Ejecutivo, Muniagurria manifestó que estaba totalmente de acuerdo con ampliar el horario, para lo que sería necesario aumentar el subsidio a \$1500 para contratar nuevos empleados y aprovechó para hacer referencia al atraso de nueve meses del magro subsidio que se estaba recibiendo. No hubo ninguna respuesta a esta nota.

Hubo otro episodio muy enojoso al que Lovell le dedica muchas páginas, al que denominaremos la cuestión de los talleres de imprenta y encuadernación. En pocas palabras, este hecho consistió en un largo e intrincado conflicto generado a partir de los talleres existentes en la Biblioteca entre los años 1918 y 1920 que Lovell describe con mucho detalle.

²⁶³ Id., p.193.

El inicio de los talleres en 1911 fue idea de Juan Álvarez como un modo de abaratar costos para la encuadernación del material propio, para la impresión de boletas y papeles administrativos y llegado el caso, para la reimpresión de ejemplares agotados. Por tanto, se decidió ceder el espacio y la explotación a personas del oficio que correrían con los gastos y la contratación del personal especializado. Se fueron probando distintos sistemas, variando el tipo de vínculo con los responsables y los empleados, y finalmente entre 1915 y 1918 se cedió la explotación a cambio de un alquiler. A esa altura, los talleres realizaban trabajos por fuera del material de la biblioteca, ya que a principios de 1918 se había adquirido una nueva maquinaria. Según narra Lovell, las dificultades económicas eran tales que todo el tiempo se estaba pensando en modos de generar recursos propios y ésta era una buena opción. La mención a las dificultades económicas había estado presente en el relato en varias oportunidades como obstáculo para el desarrollo de proyectos o el impulso a ideas nuevas, pero en este caso se manifiesta de un modo mucho más rotundo, dejando en claro que la institución estaba al borde del cierre al final de la primera década.

En el mismo año 1918 se incorporó otra nueva imprenta procedente del Colegio Nacional. En esa ocasión, se envió una circular a distintas instituciones comunicando la disponibilidad de los talleres gráficos de la biblioteca para la realización de trabajos a pedido.²⁶⁴ El primer conflicto se suscitó a raíz de la intervención “del bibliotecario” (como Lovell elige llamarse a sí mismo en tercera persona) en la administración de los talleres, lo cual hizo evidente que los presupuestos que cobraba el inquilino del taller eran “totalmente inconvenientes”, por lo cual, se decidió reemplazar al encargado, que pronto rescindió el contrato. Los talleres siguieron, a cargo del bibliotecario, realizando trabajos por encargo y generando deudas con los proveedores mayoristas a causa de la falta de liquidez habitual. Hubo también otra modalidad de gestión, consistente en contratos a términos –que en general duraban poco tiempo- con personas que actuaban como encargadas, que además de cobrar un sueldo tenían participación en las ganancias. Así lo describe Lovell:

Desde un principio, la Biblioteca trató de evitar las luchas que existían en aquella época entre obreros y patronos. Por el contrario, procuró siempre demostrar que al fundar los talleres gráficos no perseguía un fin lucrativo y explotador de la mano de obra; y buena prueba de ello fue la COOPERATIVA ENTRE LA INSTITUCION Y SUS EMPLEADOS. El

²⁶⁴ Id., p. 44.

producto de sus talleres estaba destinado exclusivamente al fomento de la Biblioteca. Creó la cooperativa como medio de premiar y estimular el trabajo y la buena conducta de sus empleados y obreros resolviendo establecer una distribución equitativa de las ganancias (...)²⁶⁵

En enero de 1919 se iniciaron las huelgas y protestas de los obreros del ramo reclamando salarios mínimos. Aparentemente, los directivos de la Biblioteca fueron convocados a una reunión junto con otros dueños de talleres gráficos para hacer frente a esas demandas. Como la Biblioteca prefirió mantenerse al margen y no intervenir, se gestó una alianza en su contra, a través de la cual los empresarios gráficos iniciaron presiones para que los talleres dejen de funcionar. Esta presión tuvo alcance político, ya que hubo concejales que hicieron pedidos de informe y campañas en la prensa.²⁶⁶

En este punto, Lovell inserta fragmentos de la nota de respuesta a los concejales, redactadas por la Dirección -o por él mismo - en la que se refiere en durísimos términos al abandono al que se había dejado la suerte de la biblioteca:

Qué se puede pretender? Suprimir los talleres sería ir contra los fines que se tuvieron en cuenta al fundar la Biblioteca, conspirando al mismo tiempo contra la autonomía que se le ha reconocido. Por otra parte resultaría una gran contradicción el hacerlo cuando la Municipalidad ni siquiera ha cumplido con las obligaciones contraídas con la institución y establecidas en forma explícita por Ordenanza del mismo Concejo.

Se le debe a la Biblioteca \$14.000 por capital, otorgado por la Ordenanza n° 76 del 30 de noviembre de 1910, y \$ 7500 por las subvenciones mensuales correspondientes a todo el año 1918 y al primer trimestre del corriente año (1919).

Ya se ve, pues, teniendo en cuenta estos datos, que no solo es indispensable no hacer lugar a la solicitud presentada, sino por el contrario habilitar con la urgencia del caso los recursos necesarios para impedir que un buen día la Dirección de la Biblioteca se vea obligada a cerrar sus puertas por no tener con qué pagar a sus empleados, dando en esta forma el espectáculo más vergonzoso que pudiera presentar una ciudad como el Rosario, bajo el imperio de su desquicio administrativo.²⁶⁷

Con estas frases tan contundentes, el relato pone de manifiesto crudamente que las dificultades económicas de la biblioteca eran mucho más graves de lo que podría suponerse

²⁶⁵ Id., p. 46.

²⁶⁶ Según menciona Lovell, los concejales Ferreira y Rosenthal se presentaron a la institución a pedir información, que les fue negada. A partir de allí se publicaron artículos en el diario *Crónica*, haciendo referencia a las irregularidades en los talleres de la biblioteca. Id., p.47.

²⁶⁷ Id., p.48.

para una institución que todavía no cumplía la década. En las páginas siguientes Lovell transcribe una serie de notas cruzadas –de los empresarios gráficos pidiendo informes, del Director Muniagurria respondiendo a los concejales, del Consejo sugiriendo que los talleres limiten sus trabajos, de Muniagurria contestando al Director del diario *La Razón* y concejal Ferreira, etc.- documentando el proceso. El corolario de toda esta situación fue, según Lovell, que el subsidio que recibía la Biblioteca por parte de la Municipalidad se redujera a la mitad por decisión de los concejales: un verdadero castigo para una institución que sobrevivía a duras penas además de una violenta intromisión en sus derechos dada su condición de autonomía. Con respecto a la orden emitida por el Concejo para determinar el cierre de los talleres, Muniagurria se negó a obedecer por entender que no había justificativo para tal injerencia:

La Municipalidad no tiene derecho a intervenir en el manejo de bienes que no son de la exclusiva propiedad de la institución, que han sido por ésta administrados y son mantenidos en su calidad de entidad autónoma y de persona jurídica.

Por tal motivo, los talleres de imprenta y encuadernación seguirán funcionando y concurriendo con su producto al sostenimiento de una institución cuyos fines y cuyos prestigios deberían ponerla a cubierto de tales incidencias.²⁶⁸

Con el cambio de administración no mejoró la situación; por el contrario, el nuevo intendente, Natalio Ricardone, se dirigió al Director de la Biblioteca el 10 de noviembre de 1920 inquiriendo acerca del incumplimiento de la ordenanza emanada del Concejo relativa al cierre de los talleres. Muniagurria respondió con una lista de las notas dirigidas al Intendente anterior y le planteó la situación financiera de la institución, extremadamente delicada:

La Biblioteca ha extremado sus gestiones en todo sentido para solucionar tan insostenible situación y no puede dejar de manifestar su extrañeza y su contrariedad al encontrar en la Municipalidad, cuya vinculación material y moral con la institución es evidente los errores de información y de concepto que aumentan las dificultades sin

²⁶⁸ Id., p. 55. Nota dirigida al Intendente municipal, Tobías Arribillaga, en 2 de diciembre de 1919. En una nota anterior, (27 de octubre del mismo año) Muniagurria expresa los siguientes conceptos: “Los Gráficos” suponen que sus intereses son supremos, y al coincidir en esta opinión el H. Concejo Deliberante deja establecido que son más respetables que los de la cultura pública a cuyo beneficio exclusivo se explota los talleres de la institución. Parecería vano recordar si al mismo tiempo no fuera muy conveniente hacerlo, el rol que ha desempeñado la Biblioteca desde la época de su fundación como centro de cultura en cuyo contorno se han plasmado las mejores actividades intelectuales de la ciudad. No se está lejos de la verdad al afirmar que gracias al esfuerzo de todos los que han propiciado sus progresos con el estímulo de sus simpatías, de sus influencias, de su concurso directo, la Biblioteca Argentina es hoy el primer orgullo de la ciudad. (...)”.

solucionarlas. Es necesario dejar explícitamente determinado, que tal situación no podrá prolongarse y que será necesario clausurar la Biblioteca, temporaria o definitivamente si tal estado de cosas se prolonga por algún tiempo más. Ello representaría, Sr. Intendente, una verdadera afrenta dirigida a nuestra cultura colectiva y es deber de la Municipalidad evitarlo a toda costa cumpliendo para ello los compromisos que ha contraído con la institución al crearla y dotarla de autonomía. (,,) Esta Dirección hace un llamado al ilustrado criterio del Sr. Intendente y a su amor por las instituciones culturales de la ciudad, esperando de sus determinaciones la solución de un estado de cosas que se hace insostenible (,,) ²⁶⁹

En el medio del enfrentamiento entre obreros y empresarios, los talleres de la Biblioteca fueron parte de la dinámica del conflicto, lo cual generó despidos y las consecuentes protestas. Los diarios se hicieron eco de la situación y denunciaron a la biblioteca por ejercer “competencia desleal” con el resto de los empresarios del rubro, al pasar presupuestos más bajos mientras contaba con exenciones impositivas. El enfrentamiento con la prensa, la Intendencia y los concejales, así como el inicio de una nueva huelga en 1920 determinó finalmente el cierre de los talleres y la venta de todos los equipos.

Como decíamos al principio, este conflicto le insume a Lovell muchas páginas de sus memorias y están expuestas entre las primeras. Esto que a primera vista desordena el relato de su obra, tal vez pueda explicarse por las repercusiones públicas que tomó el asunto. En ese momento, la biblioteca era una institución joven dedicada a la cultura; este conflicto la empujó a ser partícipe de situaciones que escapaban de su control, a exponer su grave situación económica, a enfrentarse con los poderes públicos, el Intendente y el Concejo y la sometió a la crítica de la opinión pública, todos frentes de los que se pretendía preservar a la institución, como hemos apuntado.

También incluyó Lovell en esta sección extensos detalles sobre la relación de la Biblioteca con la Comisión Protectora de Bibliotecas y con la Asociación *El Círculo*. Por motivos de orden expositivo, gran parte de ese material lo hemos distribuido en otros capítulos, pero es importante señalar que en el documento original se encontraban en este apartado, con todo lo que ello implica. En ambos casos se trata de instituciones que han intentado imponer reglas al funcionamiento de la Biblioteca y que han intentado regular con otro ritmo su mecanismo, pero chocaron con la resistencia de sus directivos y el bibliotecario,

²⁶⁹ Id., p. 56.

a quienes no les gustaba que les cambien sus rutinas de trabajo, defendían su autonomía y vivían estas situaciones como un “atropello”.

REFLEXIONES FINALES

El 2 de enero de 1947 se presentaron en la Biblioteca los enviados del Intendente en nombre del futuro director, Etefredo Ferioli, que iba a tomar posesión del cargo tras la renuncia presentada por el Directorio en noviembre de 1946. Cuando lo increparon a Alfredo Lovell preguntándole quién era, no dudó en responder: “Soy el viejo bibliotecario: estoy en esta casa y en esta misma pieza desde marzo de 1911, pues aún no estaba terminado el edificio ni el piso del hall.”²⁷⁰ Por sus palabras, imaginamos que Lovell sentía que ya formaba parte de los cimientos de la institución, porque estaba allí desde “antes”, previamente a su misma existencia.

Tanto la figura de Lovell como la de Muniagurria no han trascendido el siglo en la historia de la biblioteca, pocos los vinculan a ella y muchos suponen -actualmente en Rosario- que la Biblioteca tuvo un solo Director, y que fue Juan Álvarez. En el caso de Lovell, ese anonimato fue una elección de su parte, la poca exposición le permitía hacer su trabajo silenciosamente, mimetizado con los libros y las estanterías. Su modo de presentarse era su obra, la de los libros registrados, catalogados y ordenados en el estante. Otro modo de presentarse y permanecer fue la escritura de estos tomos.

Como dijimos en la introducción, creemos que Lovell escribió esos “recuerdos deshilvanados” para documentar y dejar marcado un sendero de sentido en un momento en que palpitaba que ya nada sería igual. Utilizando documentación que ya había sido reunida tal vez por Juan Álvarez - porque hay anotaciones con su letra- armó el relato y brindó sus palabras para transformarlo en una historia de la institución que narrara el triunfo de una idea, pero con una mirada que nunca dejaba de estar un poco desilusionada de la indiferencia de los “poderes públicos” que no alcanzaban a valorar lo que representaba. Hemos seguido el hilo de ese relato para reconstruir este tramo de la historia de la biblioteca conscientes de que se trata de una biografía institucional donde se entremezclan los acontecimientos que acompañaron estos 25 años y sus percepciones, con toda la fuerza y la ambigüedad de la memoria. Justamente por sus características este relato nos resultó interesante, por esa actitud a la vez ajena y propia, orgullosa y amargada, que es el testimonio de la primera mitad del siglo de la Biblioteca más importante del interior.

²⁷⁰ Lovell, T. II. P.1

Las bibliotecas nacieron pensadas como reservorios del patrimonio archivístico y documental y progresivamente fueron readecuando sus funciones, abriendo sus colecciones y orientándose al público paralelamente al crecimiento de los estados, el avance de la alfabetización y el mercado editorial. En Argentina tuvieron un temprano desarrollo con la Ley de Bibliotecas Populares, y se diseminaron por todo el territorio tanto en las grandes ciudades como en pequeños poblados, incluso antes de que el estado nacional formalizara la escolarización.

Rosario también fue parte de este proceso, pero ya avanzada la primera década del siglo la ciudad había crecido tan vertiginosamente que quedaba desproporcionada frente a su modesto desarrollo cultural. La persistente imagen de una ciudad mercantilista, cuyas únicas inquietudes y desvelos eran los vaivenes del precio de los cereales, era un tópico frecuente y repetido en la prensa periódica, en la literatura, en las crónicas y en los discursos.

Juan Álvarez, advertido de esto y preocupado por las consecuencias futuras de este desfase, asume el desafío proyectando una gran biblioteca pública que encauzara esa energía en dirección de la cultura. La oportuna circunstancia de la celebración del Centenario fue propicia para el impulso de la propuesta que cumplía varios objetivos a la vez: una apuesta a la cultura, una herramienta social y un núcleo de distinción, donde se cruzara el artista, el estudioso, el mecenas, el lector ocasional, el espectador y el simple ciudadano de a pie en un ámbito en el que vibrara la herencia cultural de reminiscencias clásicas e intemporales.

La biblioteca abrió sus puertas con los pocos libros reunidos en unos meses - pero con grandes expectativas de reunir una gran colección- en un edificio majestuoso en el centro de la ciudad que rápidamente concitó el interés por su espacio para conciertos y muestras. Ese espacio fue la estrategia que pensó Álvarez para mantener a la Biblioteca a salvo del destino de las otras bibliotecas de la ciudad, y efectivamente fue lo que marcó la diferencia, porque se transformó en un espacio de sociabilidad de la elite económica e intelectual a partir del cual nacieron otras iniciativas culturales e institucionales tales como El Circulo, la Comisión Municipal de Bellas Artes y el Museo, la Junta de Historia y Numismática y cantidad de asociaciones profesionales y educativas.

Todos esos años de intensas actividades fueron llevados adelante por el Director Camilo Muniagurria y el bibliotecario Lovell que coordinaba no sólo todas las tareas técnicas sino también el exiguo pero eficiente personal disponible. Los recursos fueron escasos desde

el principio y la mayoría de los años transcurrieron con ingresos inferiores a los gastos, elevando informes a Intendentes que cambiaban sin cesar y que casi no llegaban a estar al tanto de los compromisos asumidos. La situación no era privativa de la biblioteca, en 1919 la Revista de *El Círculo* se quejaba de la eterna indiferencia de los gobiernos para con las manifestaciones del arte -y puntualmente hacia el Salón de Otoño²⁷¹-, en 1925 encontramos el mismo reclamo sobre la “falta de estímulo y ayuda de nuestros gobernantes” hacia las actividades artísticas.²⁷² En 1932 otro artículo periodístico denunciaba que la Biblioteca Argentina estaba al borde del cierre.²⁷³

Hemos intentado abordar este recorrido asumiendo a la biblioteca como una entidad compleja con múltiples capas de sentido superpuestas que es necesario abordar con distintos aportes, desde la historia de las bibliotecas, la sociología de la cultura, la historia de los intelectuales, diferentes facetas articuladas en la matriz de la historia sociocultural que nos permite, a la vez, inscribir las prácticas culturales en las coordenadas de la dinámica social y analizar las transformaciones de la sociedad en la confluencia de configuraciones simbólicas.

La biblioteca se proyectó como una institución pública ubicada en la frontera entre el estado y la sociedad civil y la defensa de su autonomía constituyó un principio inquebrantable que explica que Lovell lamenta su anexión a la Municipalidad. Quiso ser la expresión de una sociedad civil que manifestaba su voluntad de desarrollarse culturalmente, pero no supo instrumentar un sistema de aportes que la independizaran de los subsidios estatales, lo que provocó que la mayor parte del tiempo estuviera desfinanciada.

Hubo varias iniciativas para asociar a la biblioteca a otras instituciones, siempre con la mira puesta en compartir financiamientos, pero a la vez sus directivos no estaban dispuestos a resignar su rol dominante. Ni siquiera frente a la universidad, con la que se intentaron convenios que no contentaron porque la biblioteca quedaba desdibujada entre otras reparticiones universitarias. En sus inicios, la Biblioteca se imaginó como la base sobre la que se fundaría la nueva universidad, desde los dichos de JVG, que la pensaba como polo regional de la cultura y la educación.

²⁷¹ R. Vila Ortiz, “El Salón”, *Revista de El Círculo*, Año I, N° V, mayo de 1919, p.85.

²⁷² L.R.M., “VIII Salón Rosario”, en *Revista de El Círculo*, octubre de 1925, p.21/2

²⁷³ Juan Zocchi, “Los desterrados”, *Cinema para todos*, Año IV, n.174, Rosario, 24 de diciembre de 1932. Citado por Pablo Montini (comp.), *Los desterrados, artistas rosarinos en Cinema para todos: 1931-1933*, Rosario, Ivan Rosado, 2020.

¿Qué tan exitoso fue el proyecto? En la Memoria de 1943 se planteaba la necesidad de una “gran biblioteca pública” destinada a “estudiosos e investigadores”, porque las salas de la Biblioteca estaban siendo ocupados por los estudiantes secundarios, insumiendo tiempo y trabajo, y obligando a comprar “obras de escaso valor bibliográfico”. La Biblioteca confiaba en que su misión trascendía estos servicios, o en todo caso los incluía entre otros, pero no podía ser su función principal. Fue probablemente más exitosa en arrimar públicos nuevos: el número de obreros y comerciantes creció significativamente en el periodo. Y esto teniendo en cuenta que no hubo una política activa de promoción de la lectura, ya que se entendía que era suficiente con poner el material a disposición del público, difundiendo que el acceso era gratuito, es decir, sin generar las herramientas necesarias para decodificar ese capital simbólico, como diría Pierre Bourdieu. Sin embargo, la decisión de no tener una actitud prescriptiva con las lecturas -al menos no encontramos documentación donde se planteara explícitamente el rechazo a determinados géneros -fue en sí misma una política de lectura; en general la colección se fue formando con las demandas del público y -por supuesto- las donaciones.

A lo largo de estos 25 años, los consumos culturales mutaron al compás de las transformaciones sociales, económicas y políticas. La Biblioteca no pudo permanecer ajena a esos cambios, y lo que comenzó como un dispositivo educativo pensado en clave reformista, fue sumando a esta función una amplia gama de expresiones artísticas, culturales e intelectuales, muchas veces a pesar de sus mismos directivos, que creían poder mantenerla al margen de las manifestaciones sociales y políticas. Del circuito libro-lectores hasta las funciones de cine y los conciertos, pasando por conferencias de las temáticas más variadas – entre las que cabe destacar el lugar significativo que ocupó el feminismo, aunque no lo hayamos desarrollado en esta investigación por exceder sus objetivos-, la Biblioteca dio cuenta de una singular capacidad de captar las mutaciones en las inquietudes de un público creciente y en los consumos culturales sucedidas entre 1910 y 1937. Tal vez en esto radique la fuerza del vínculo que los rosarinos – o al menos una gran parte de los habitantes de la ciudad- forjaron con ella, apropiándose activamente, haciendo uso de sus servicios, exigiendo por su mantenimiento, nunca siendo indiferentes, lo que contribuyó a definir ese perfil a la vez clásico y moderno que aún la caracteriza.

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO, Hugo, “Biblioteca Nacional de la Argentina”, Boletín de la ANABAD, Tomo 42, N° 3-4, 1992, pp.13-37.

ACHA, Omar, “La renovación de la historia del libro: la propuesta de Roger Chartier” en *Información, cultura y sociedad*, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 3, 2000.

ADAMOVSKY, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

ALTAMIRANO, Carlos, “Ideas para un programa de Historia Intelectual”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, Año 3, N° 3, 1999

-----, *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, 2008, Katz Editores

ALVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, 2da Edición, Rosario, UNR Editora, 2009.

-----, *Historia de Rosario (1689-1939)*, Rosario, UNR Editora/Editorial Municipal de Rosario, 1998.

AMUCHASTEGUI, Nicolás, *La Biblioteca Argentina, Rosario, 1912-24 de julio-1937*, Buenos Aires, Casa Oucinde, 1937

BACOLLA, Natacha, “Reformismo, elites y "cuestión universitaria": la creación de la Universidad Nacional del Litoral”, en *Universidad, élites y política. De las reformas borbónicas al reformismo de 1918*, Rosario, Editorial de la Facultad de Humanidades y Artes, 2018, pp. 231-264.

BARBIER, Frédéric, *Historia de las bibliotecas: de Alejandría a las bibliotecas virtuales*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2015

BATTICUORE, Graciela, “Libros, bibliotecas y lectores en la encrucijada del progreso”, en *Historia crítica de la literatura argentina: el brote de los géneros*, Dir. Alejandra Laera, Buenos Aires, Emecé, 2010

BERGNIA de CORDOBA LUTGES, María A., “La cultura en Rosario” en *Historia de las instituciones de la Provincia de Santa Fe*, Tomo V, Primera parte, Comisión Redactora de la Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe, Santa Fe, 1972, pp. 239-375.

BERTERO, Eliana y LARKER, José, “El movimiento estudiantil santafesino y sus estrategias de intervención colectiva en tiempos de lucha por la reforma universitaria y la creación de la Universidad Nacional del Litoral (1918 y 1919) *Revista Páginas*, vol. 10, n° 23, 2018.

BERTONI, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001

BONAUDO, Marta (Dir.) *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930. Instituciones, conflictos e identidades: de lo nacional a lo local*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009.

BOURDIEU, Pierre, *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.

-----, *Las estrategias de la reproducción social*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011.

-----, *Sociología y cultura México*, Editorial Grijalbo, 1990.

BRAVO, Héctor Félix, *La idea de la educación pública en Joaquín V. González*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1973

BRUNO, Paula (Dir.), *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

BUONOCUORE, Domingo, *El mundo de los libros. Páginas sobre el libro, el escritor, la imprenta, la lectura, la biblioteca, el bibliotecario, el bibliófilo y el librero*, Santa Fe, Librería y Editorial Castellví, 1955.

CATTARUZZA, Alejandro (Dir.), *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

-----, *Historia de la Argentina 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009.

CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIAN, Alejandro, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2003.

CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (directores), *Historia de la lectura en el mundo Occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

CHARTIER, Anne Marie, HBERARD, J., *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Barcelona, Gedisa, 2005

CHARTIER, Roger, *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

DARNTON, Robert, “Historia de la lectura”, en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1996

DE MARCO (h), Miguel Ángel, “La Biblioteca de la Asociación del Consejo de Mujeres El legado de un empeño secular de educación popular” en *Revista de la Bolsa de Comercio de Rosario*, N°1520, 23 de septiembre de 2013, pp.46-52.

-----, *Ciudad puerto. Universidad y desarrollo regional, Rosario, 1919-1968*, Rosario: CEHDRE, 2013

DE MARCO, Miguel Ángel; ENSINCK, Oscar Luis, *Historia de Rosario* Ed. Colmegna, Santa Fe, 1979

DEVOTO, Fernando, “Los historiadores positivistas” en Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp.73-138.

ECHAGUE, Juan Pablo, *Libros y bibliotecas*, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Buenos Aires, 1939.

FALCON, Ricardo, *La Barcelona argentina: migrantes obreros y militantes en Rosario 1870-1942*, Rosario, Laborde Editor, 2005

FALCON, Ricardo; STANLEY, Myriam, *La historia de Rosario. Economía y sociedad*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2001.

FANTONI, Guillermo. *Berni entre el surrealismo y Siqueiros*, Beatriz Viterbo Editora – UNR, 2014

FERNANDEZ, Sandra, “La negación del ocio. El negocio cultural en la ciudad de Rosario a través de la asociación El Círculo (1912-1920)”, en *Andes*, núm. 14, 2003, Universidad Nacional de Salta.

-----, *La Revista El Circulo o el arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2010.

FERNANDEZ, Sandra y VIDELA, Oscar (compiladores). *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, La Quinta Pata & Camino Ediciones, Rosario, 2008

FERRARI, Gustavo; GALLO, Ezequiel, *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.

FINO, J. Frédéric y HOURCADE, Luis A., “Evolución de la Bibliotecología en la Argentina”, Biblioteca Virtual UNL, <http://hdl.handle.net/11185/3600>.

GARCIA CANCLINI, Néstor, “La sociología de Pierre Bourdieu”, en *Sociología y cultura*, México, Editorial Grijalbo, 1990

GARCIA, Germán, *La biblioteca pública*, La Plata, Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, 1957.

GEORGE, Joaquín, *La mar en coche. Historia cultural de la Biblioteca Vigil 1957-1977*, Buenos Aires, Driblin, 2018

GLUCK, Mario, *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez (1898-1954)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

GONZALEZ, Horacio, *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2010.

GORELIK, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998

GUTIERREZ, Leandro y ROMERO, Luis A., “Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945” en *Desarrollo Económico*, v. 29, N° 113 (abril-junio 1989) pp. 33-62.

HALPERIN DONGHI, Tulio, “Juan Álvarez historiador” en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por asalto, 1996

-----, “Una ciudad entra en el siglo XX”, en Gutman, Margarita; Reese, Thomas, *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital* Colección CEA, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1999, pp.55-66.

-----, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2017

HOBBSAWM, Eric; RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.

LAURINO, Elsie Susana, “Las Bibliotecas Populares como espacios de movilización política y social en la ciudad de Rosario, en las primeras décadas del siglo XX” Ponencia presentada en *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

LEVENE, Ricardo, *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, Prólogo de las “Obras Completas de Joaquín V. González” edición de la Universidad Nacional de la Plata, ordenada por el Congreso de la Nación Argentina

LOBATO, Mirta Zaida (Dir.), *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

LUCERO, Amador, *Nuestras bibliotecas desde 1810*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1910

MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.

MATIJEVIC, Nicolás, *Quién es quién en la bibliotecología argentina*, Bahía Blanca, Centro de Documentación Bibliotecológica, Universidad Nacional del Sur, 1965.

MAURO, Diego, *Reformismo liberal y política de masas. Demócratas progresistas y radicales en Santa Fe (1921 – 1937)*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2013

MEGIAS, Alicia (et al), *Rastrear memorias. Rosario, historia y representaciones sociales 1850/1950*, Rosario, UNR Editora, 2017.

MEGIAS, Alicia, “La Facultad de Ciencias Económicas, Sociales y Políticas” en Alicia Megías et al, *Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales 40°*

Aniversario, Rosario, UNR Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2013, pp. 6-53.

-----, *La formación de una élite de notables dirigentes. Rosario, 1860-1890* Ed. Biblos, Buenos Aires, 1996.

MIKIELIEVICH, Wladimir, *Diccionario de Rosario*

MONTINI, Pablo (comp.), *Los desterrados, artistas rosarinos en Cinema para todos: 1931-1933*, Rosario, Ivan Rosado, 2020.

PALTI, Elías, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

PARADA, Alejandro E., “La nueva historia del libro y las bibliotecas en la Argentina. Antecedentes, historia y periodización”, ponencia presentada en *Congreso Mundial de Bibliotecas e Información*, Buenos Aires, Agosto de 2004. Recuperado en <https://archive.ifla.org/IV/ifla70/papers/110e-s-papers.pdf>

-----, *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012

-----, *Historia de la edición y de la lectura desde los espacios públicos e institucionales. La participación de la ciudadanía en el ámbito de la cultura impresa en la Argentina*, Recuperado de: Proyecto UBACYT – Código 20020100200004 (01/K004) (Programación científica 2011-2014)

PASOLINI, Ricardo, “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945” en *Anuario IHES*, n°12, 1997, pp. 373-401

PASSINATO, María Cristina, *Origen de la Escuela de Bibliotecología en el Instituto de Profesiones técnicas de Rosario: fines de la década del '40, principios de los años '50*, Postítulo en Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, Mimeo, 2007

PETRUCCI, Armando, *La escritura. Ideología y representación*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2013.

PIAZZESI, Susana; BACOLLA, Natacha, *El reformismo entre dos siglos. Historias de la Universidad Nacional del Litoral*, Santa Fe, UNL Ediciones, 2015.

PLA, Alberto J. (Coord.), *Rosario en la historia (de 1930 hasta nuestros días)*, T.I., Rosario, UNR Editora, 2000.

PLANAS, Javier, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura: una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ampersand, 2017.

PRIETO, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

PRIETO, Agustina [et.al.]. *Ciudad de Rosario*, Rosario : Editorial Municipal de Rosario, 2010.

PRINCIPE, Valeria, “Cómo fundar un museo. La construcción de un espacio institucional para el arte”, en Pablo Montini (y otros), *De la Comisión Municipal de Bellas Artes al Museo Castagnino: la institucionalización del arte en Rosario, 1917-1945*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2012.

-----, “El museo antes del museo: la colección histórica del Dr. Antonio Cafferata”, en Patricia Artundo y Carina Frid (Eds.), *El coleccionismo de arte en Rosario: colecciones, mercado y exhibiciones, 1880-1970*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2008.

-----, *La política cotidiana. Los editoriales de los diarios La Capital y El Municipio, Rosario 1909-1910*, Tesis de Licenciatura, UNR, 2005.

ROLDAN, Darío, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, CEAL, 1993

ROLDAN, Diego F., *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (SigloXX)*, Prohistoria Ediciones – Diario La Capital, Rosario, 2006

-----, “Inventarios del deseo. Los censos municipales de Rosario, Argentina (1889-1910)” en *História* (São Paulo) [online]. 2013, v. 32, n. 1 [Accedido 26 Mayo 2021], pp. 327-353. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018>>. Epub 01 Jul 2013. ISSN 1980-4369. <https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018>

RUBI, Eduardo L., *Aportes para la Bibliografía de la Historia del Libro, las Bibliotecas, la Imprenta, el Periodismo y la Lectura en la Argentina*. Recuperado de http://eprints.rclis.org/17572/1/BG%20323-Rub%C3%AD_ABHLBIPL.pdf

SARLO, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988.

SARMIENTO, Nicanor, *Historia del libro y de las bibliotecas argentina*, Buenos Aires, Imprenta Luis Veggia, 1930,

SCIBONA, Francisco, “Escuelas bibliotecológicas en Rosario”, en *Boletín de la ABPR*, Año I, Núm.1, pp.7-19, mayo de 1964

SONZOGNI, Elida y DALLA CORTE, Gabriela (comps.) *Intelectuales rosarinos entre dos siglos, Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*. Prohistoria -Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000.

TERAN, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2008.

TESLER, Mario, *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2006.

TRIPALDI, Nicolás, “Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino” en *Librería: Correo de las bibliotecas*, 1 (1), 22-37.

U.N.L. *Biblioteca Pública Estanislao S. Zeballos 1910-30 de abril-1935*, Santa Fe, Imprenta de la Universidad, 1935

VALINOTTI, Beatriz Cecilia, “La edición de libros en Argentina a comienzos del siglo XX. Primeras aproximaciones”, *I Jornadas sobre la historia de las políticas editoriales en Argentina* / compilado por Antonio Dziembrowski; coordinación general de Florencia Ubertaini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2019

VIDELA, Oscar, “Un historiador argentino en viaje. Juan Álvarez, entre el intelectual y el turista”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*; Lugar: Paris; Año: 2010, pp. 1 – 14.

-----, *El siglo Veinte. Problemas sociales, políticas de Estado y economías regionales (1912-1976)*, Prohistoria Ediciones – Diario La Capital, Rosario, 2006.

VVAA, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina (1776-1990)*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Edilab Editora, 2002

ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

INDICE

INTRODUCCION	2
-La Biblioteca Argentina, un proyecto cultural de la élite rosarina del Centenario	2
-Estado de la cuestión	7
-Las memorias del primer bibliotecario: una caracterización de las fuentes	16
I- EL CLIMA INTELECTUAL, POLITICO E INSTITUCIONAL	24
-Rosario 1910-1937, de las celebraciones al fin de las certezas	24
-Juan Álvarez: reflexiones, reformismo y clima de ideas	31
II- UNA GRAN BIBLIOTECA PUBLICA.....	39
-Algunos antecedentes	39
-La ciudad fenicia	47
-Un proyecto ambicioso.....	50
-Libros y catálogos: la formación de la colección	61
-Un universo de lectores	75
-Las finanzas	83
-El personal y los Directores.....	90
III- LA CONSTRUCCION DE UN ESPACIO CULTURAL.....	96
-“Un hermoso salón de fiestas”	98
- <i>El Circulo</i> o la educación del gusto.....	107
-Creaciones y proyectos: la Biblioteca propone	115
-El anhelo universitario.....	122
-Nuevas iniciativas al amparo de la Biblioteca.....	130
-Recuerdos no tan gratos.....	131
REFLEXIONES FINALES	140
BIBLIOGRAFIA	144

